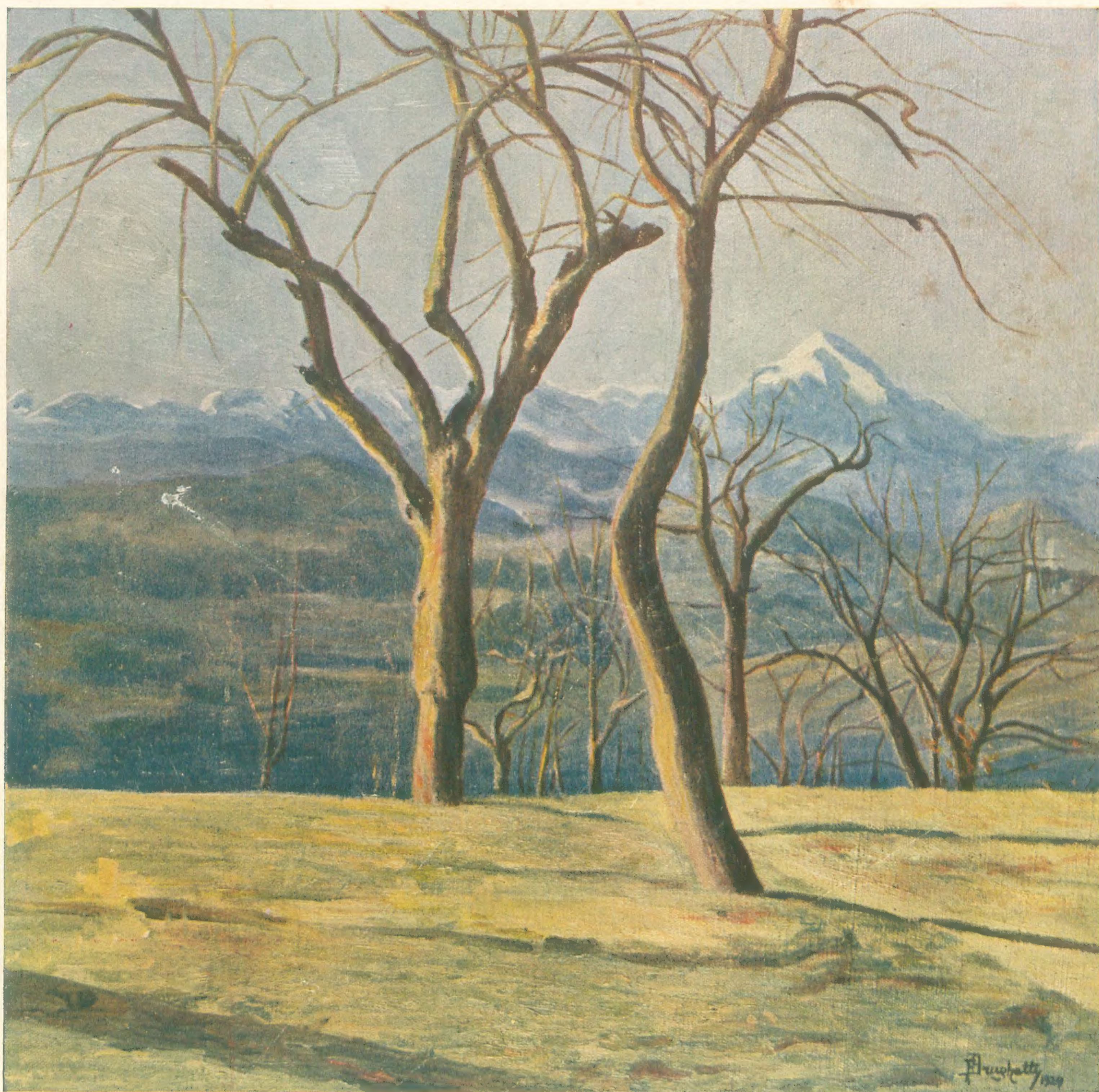
FRAY MOCHO



"SOL DE OTOÑO"

Oleo de Faustino Brughetti

Nº. 680



FRAY MOCHO



Año XIV | Buenos Aires, 5 de mayo de 1925 | Núm. 680

INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA

¡Biba la causa!

YRIGOYEN

CASA POBRE

INTERVENCION A BUENOS AIRES

ELPIDIO. — ¡Fuera de escena que va a empezar el espectáculo!
ALVEAR. — Parece que tenemos buen público.
GALLO. — ¡Sí, pero quién sabe cómo nos irá!

Dib. de Rojas.

La tragedia automovilística de Córdoba





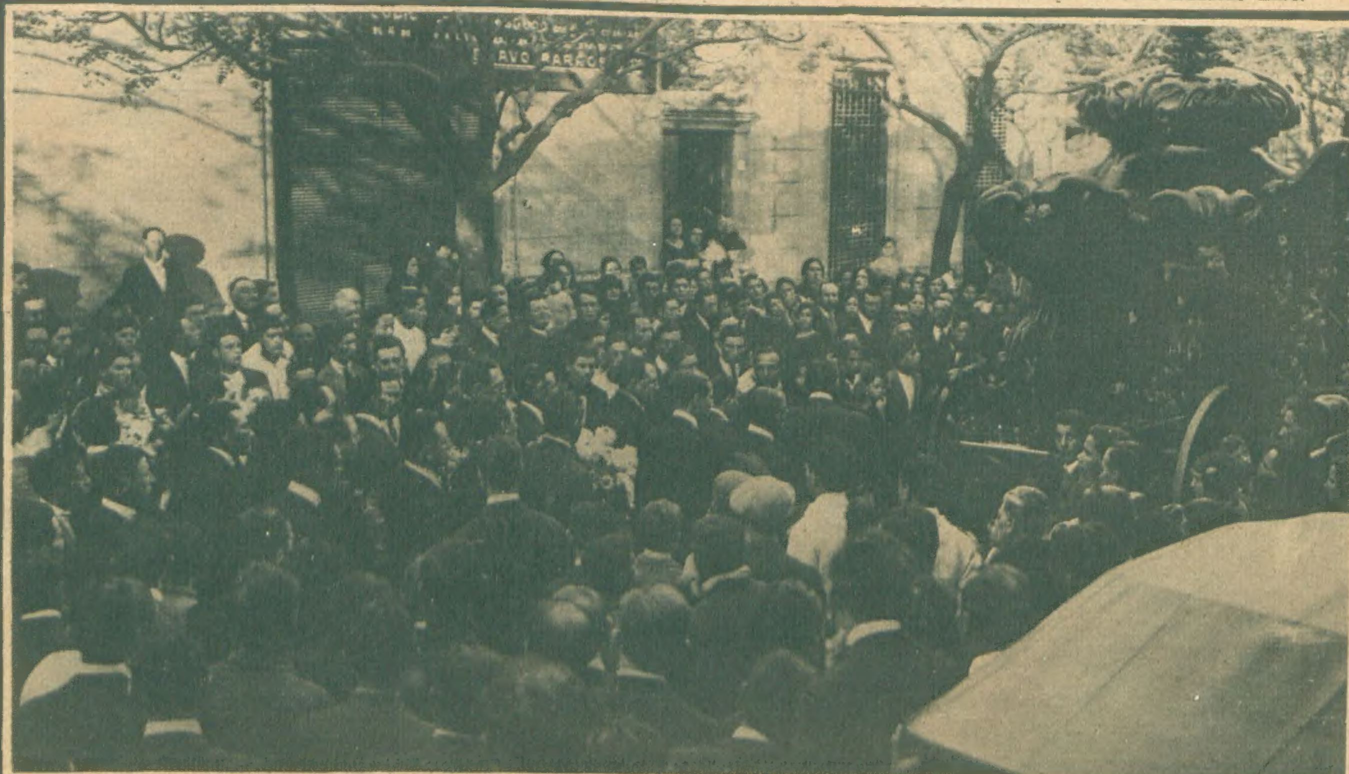
El sportsman Eduardo Luro (a la izquierda) y su acompañante, el mecánico Rodolfo F. Fígoli, que durante la reciente carrera automovilística donde se disputara el gran premio Córdoba, hallaron una trágica muerte, víctimas de un fatal accidente ocurrido al coche Stutz que aquel piloteara. Esta sensible desgracia ha sido hondamente lamentada en nuestros círculos deportivos.



La llegada de los restos del joven Eduardo Luro y del mecánico Fígoli a la estación Retiro C. C., donde eran esperados por los parientes de las víctimas y otras muchas personas.



Miembros de la familia del extinto y parte del numeroso público que acompañaron los despojos mortales, escuchando los discursos en el cementerio de la Recoleta; al dar sepultura al cadáver de Eduardo Luro.



Momentos en que es sacado el cadáver del mecánico Rodolfo F. Fígoli, de casa de su familia, para ser inhumado en el cementerio de la Chacarita.

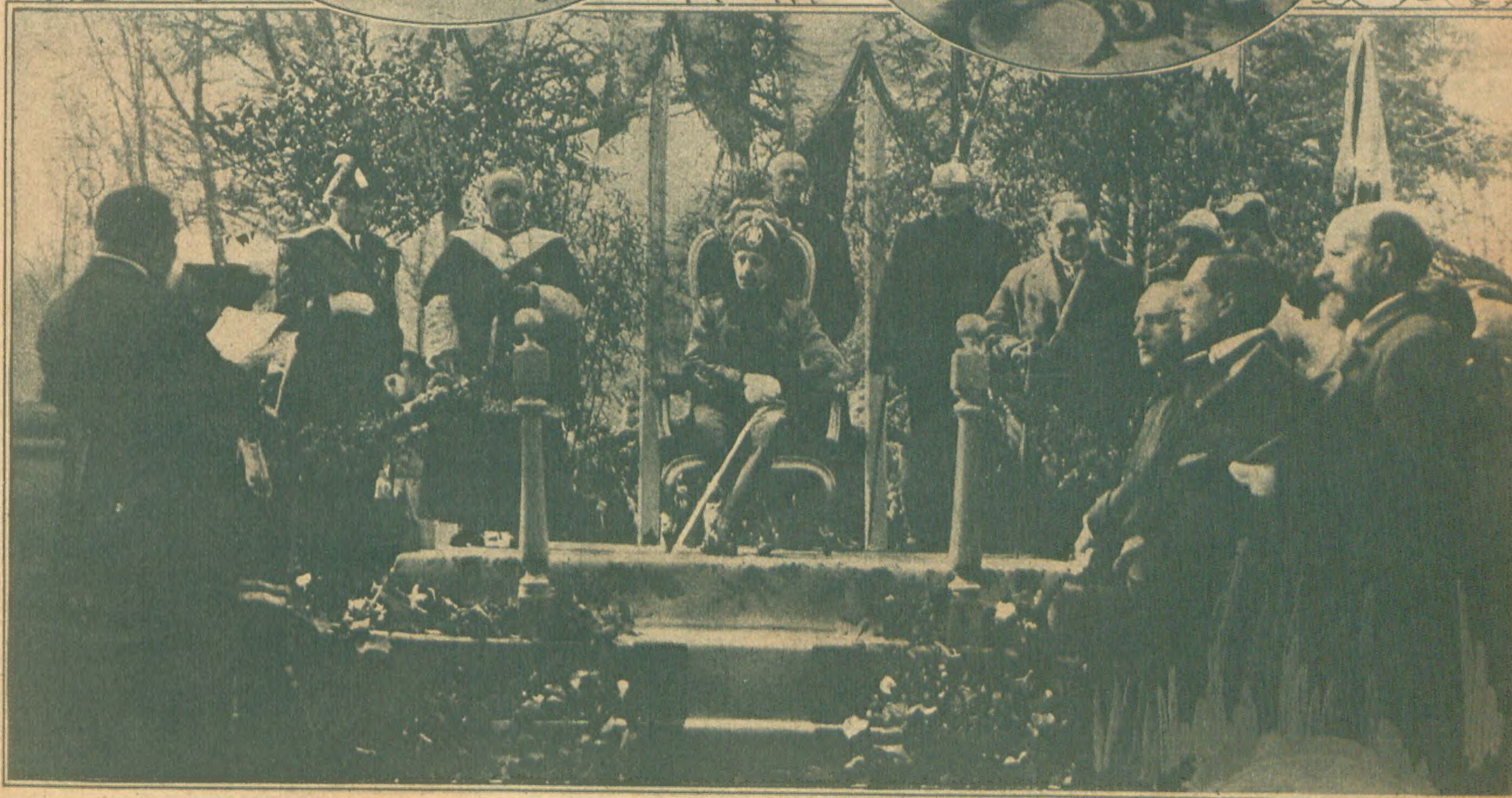


Alrededor del Mundo









1. — Filadelfia está en salvo en caso de guerra. El equipo de muchachas tiradoras de rifle del Instituto Drexel. Uno de los pocos equipos de los EE. UU. adiestrados por oficiales del ejército.
2. — En Texas, donde es gobernadora la señora Ferguson, las mujeres están en auge: una de las damas que desempeñan importantes funciones públicas, visitando, al frente de un pelotón, la escuela superior de Dallas.
3. — De vuelta a París de su refugio entre las dunas arenosas de la Vendée, Jorge Clemenceau, fuerte y optimista a los 83 años, trabaja activamente escribiendo sus memorias del tiempo de la guerra y posterior a ésta.
4. — El rey de España, escuchando un discurso pronunciado por el alcalde de Victoria en la ceremonia de la inauguración de un monumento a Eduardo Dato, el jefe del gabinete español que fué asesinado hace cuatro años.



VISITA DEL PRESIDENTE ALVEAR AL HOSPITAL RIVADAVIA



El primer magistrado, acompañado del director del hospital Rivadavia, doctor Caballero, recorriendo las instalaciones y dependencias del establecimiento.



El presidente rodeado de un grupo de médicos y practicantes que prestan sus servicios profesionales en el mencionado hospital.

NOTAS DE ARTE. EXPOSICION HANS PAAP



"Paisaje tropical de Santos".



"Mar y rocas".—Dos cuadros de Hans Paap.



El pintor alemán Hans Paap, que recientemente inauguró una exposición de paisajes del Brasil, en el salón Van Riel.

Comentarios

"Deutschland über alles"

Román Rodrigo de Vicente y Perojo, es un abundante y simpático ibérico de óptimo diente, que ve al peñón de Gibraltar en cada grano de arroz a la valenciana, y a la sombra del vencedor de Austerlitz en la ídem que proyecta cada yarda de churro destinado a ensoparse en la taza de chocolate.

—¡Esos tocineros de Londón, y esos modistos franchutes! Vamos: que cisco con ellos, ¡vive Dios!

Don Román Rodrigo y Etcétera, suele engolfarse en cierto restaurante alemán de la calle Corrientes, cuyo "choucroute" lo enanca en chuletas de marrano, o lo "contubernia" con morrones para dar mayor pisto a un par de lonjas de jamón crudo o cocido.

—Que buenos los tenga ustez, tío Federico.

—Puenos tías, senior Román Rotriko te Ficende und Beroko. ¿Cómo marcha ese apedido?...

—Con regularidaz. Y que voy a merendar, ¡recorcho! Seré frugal, y luego, apunte ustez. ¡Camarero!

—Hoy, no le abundo ni metio en su cuenta te almuerzos und comitas.

—¿A qué debo semejante amabilidaz?...

—¡Deutchland über alles! Hoy, fesdejo con el driunfo te von Hindenburg, la fuelta te los monárquicos al flede pinco tel copierno te mi país. ¡Deutschland über alles!

—¡Choque ustez, tío Federico! ¡Camarero!

Se le acercó un mozo, doliente y "callorda", menú en mano.

—¿Qué le draico, senior?...

—Cerdo, para empezar. Vamos: que una porción como para un tío fulano.

—¿Cosdilias o lomo?

—Media cabeza de marrano a la vinagreta. Y agregue ustez unos pepinillos.

—¿Qué fino?

—Marqués de Riscal, tinto.

—¿Metia potelia?

—¡Una, recorcho! Vamos: y rápido, que a las 14 debo encontrarme en la esquina de la iglesia de la Piedaz, en acecho de una tía masajista de nacionalidad sueca. ¡Oiga ustez, tío Federico!

—Foy, senior ton Román.

—Acerque ustez una silla.

—Con pasdande bero mucho cusdo.

—El despiporro, ¡cielos!

—¿Qué tice, que no le endiendo?...

—Que antes de seis meses, la monarquía en Alemania, y dentro de un año... ¡A París, a París!, como en 1870. Se acerca la hora de la revancha.

—Eso se cae te maturo.

—Vamos: qué papilla con Poincaré, Castelnau, Mangin, Foch, Millerand y Compañía. De nuevo en Alsacia y Lorena, y en las colonias que se merendaron los ingleses y japoneses, esos avechuchos de rapiña.

—¡Naduralmende, naduralmende!

—Se impone modificar el mapa de Europa.

—¿Folviendo a las fronderas te andes?

—¡Ca! Nuevos límites, como que serán los límites de las naciones de Europa a mediados del año entrante.

—Féamos, senior Román.

—Restauraremos el imperio austro-húngaro, poniendo al kronprinz en el trono.

—No me barece mal. ¿Qué más, senior?

—Anexaremos a Bélgica, y El Havre, será puerto de mar de Alemania.

—¡La cran flauda! ¡E Ingladerra, senior?...

—Pues cisco con ella, si no nos devuelve el peñón de Gibraltar y desmantela toda su escuadra.

—¡Bero senior!... ¿No le barece a usté temasiado petir?...

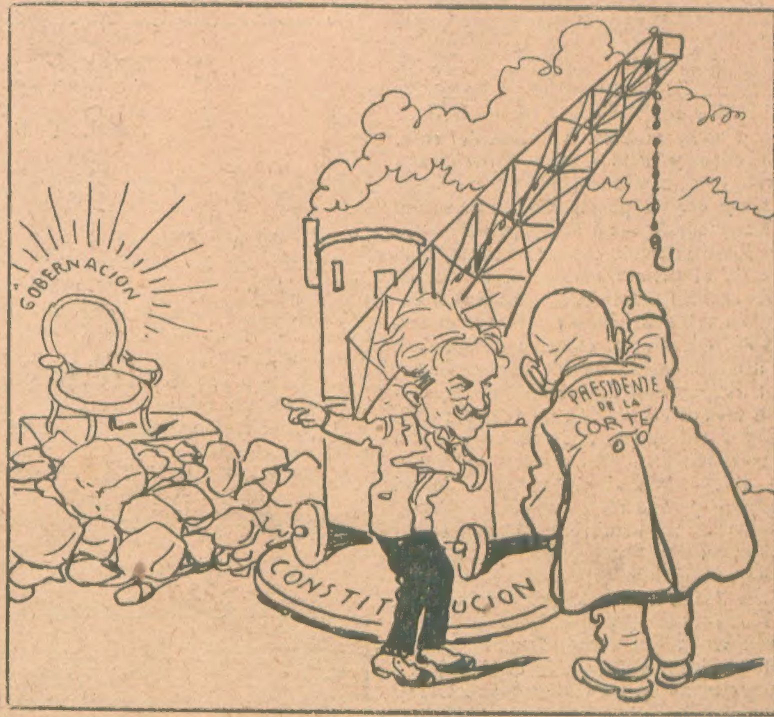
—¡Nada! Y que me quedo corto, ¿sabe ustez? ¡Camarero!

—Foy, senior.

—¿La media cabeza de cerdo a la vinagreta yace en la fiambrera o han ido por ella a los mataderos de Liniers?

Félix LIMA.

DEL TRAFICO CORDOBÉS



Cárcano. — Señor Presidente, no puedo pasar por ningún lado para ir a la gobernación.
Presidente de la Corte. — No se apure; yo lo pasaré.

El pabellón Venecia

Italia, siempre gentil con nosotros cedió uno de los mejores lugares del recinto de la Exposición Bienal de Venecia, para que la Argentina construyera un pequeño pabellón que se utilizara en exposiciones periódicas de arte nacional.

A pesar del tiempo transcurrido, no se ha pensado seriamente en la generosa propuesta de la comuna veneciana, al punto de que debiendo realizarse la próxima internacional en 1926, aún no fueron votados los fondos para tal objeto, a pesar del alto interés que esto representa para el arte argentino y su divulgación en el extranjero.

El plano está listo, según tenemos entendido, sólo falta que se voten los fondos y se ordene la iniciación inmediata de la obra. De lo contrario haremos un papelón como de costumbre.

Las víctimas

Los consejeros de educación han querido demostrar que existen, pero como siempre que hacen algo es para probar que están demás, y que lo que hacen valía más que no lo hicieran.

Esta vez hay motivos para caerles con todo el peso de nuestra censura, puesto que amparándose en su cargo han cometido una verdadera alcaldada con varios maestros cuya foja de servicios dice bien claro que son ellos los que debieran ocupar los puestos de consejeros, dados los méritos que se les reconocen.

El motivo que ha dado lugar a la suspensión de los maestros es ya conocido del público. Varios maestros han juzgado de mala manera el entrometimiento de la política en asuntos de educación, y como los consejeros que padecemos ahora no se ocupan más que de asuntos de comité, han tomado muy a mal que se les diga la verdad en letras de molde, y tan luego los maestros que deben aguantar todas las injusticias de los consejeros. Estos revistiéndose de toda su autoridad, y calumniando a sus subalternos los han denunciado como anarquistas y los han suspendido sin goce de sueldo. ¡Castigo terrible en estos tiempos!

Esperemos que el ministro de Instrucción Pública, que por suerte lo es también de Justicia, pondrá las cosas en su lugar y amparará en sus derechos a los exaltados e inocuos consejeros.

La racha de moral

Tanto han variado nuestras costumbres, y tanto se ha abusado de la libertad respecto a espectáculos, donde a pretexto de arte se hace exhibición del desnudo, que la justicia, así como la inspección de teatros se han visto en el caso de intervenir para contener esa racha de inmoralidad; pero a nuestro parecer se llega tarde. Son ya muchos los intereses en juego para que tantos desmanes se atenúen. El bataclanismo da dinero a los empresarios y esto continuará hasta que el público, que a veces suele ser veleidoso, le dé por aburrirse del género francés tan en boga; y ello ha de suceder, pues son tantas las compañías que existen en Buenos Aires dedicadas a ese espectáculo que sospechamos que no han de existir autores suficientes para surtir a las compañías de obras.

Mientras tanto la Municipalidad está empeñada en una campaña contra la literatura pornográfica, y a diario recoge de las librerías y quioscos centenares de libros y folletos que son atentados a la moral y al buen gusto.

Pero como tenemos la mala costumbre de hacerlo todo teatralmente, y el público se interesa por todo lo que es motivo de escándalo, esta es la hora en que casi todos los habitantes andan en procura de los libros prohibidos, dándose el caso de que muchos no se hubieran enterado de que existía una literatura tan escabrosa a no estar informados por las noticias de los diarios.

La política de ahora

Desde que el Parlamento se ha convertido en refugio de los más audaces, a nuestros parlamentarios no les interesan los asuntos que pueden beneficiar a la nación. Si ellos los tratan, siempre es a última hora y con un estudio deficiente. Este año según los entendidos en cuestiones legislativas, no alcanzará el período para dar abasto a las discusiones políticas. Se preparan varias interpelaciones que darán oportunidad a varios diputados a sus desahogos personales, y en cuanto a intervenciones la serie será larga. Buenos Aires y San Juan darán ocasión a los sectores de la Cámara de Diputados para que echen el resto.

Se dice que la sala de primeros auxilios que pensaba instalarse en el Congreso será una verdadera necesidad, pues habrá que utilizarla en más de una ocasión. Lo que traducido al romance vulgar quiere decir que se tirarán los trastos a la cabeza más de una vez nuestros padres de la patria, y que la campanilla de alarma tendrá que funcionar a cada momento.

Radiotelefonía

Los curiosos por saber lo que dicen diputados y senadores en el recinto de las leyes podrán satisfacer su necesidad sin exponerse. La instalación radiotelefónica es un hecho, y así cualquier ciudadano cómodamente, sin salir de su casa, lo que le evitará catarros y pulmonías, como también el que se vea expuesto a entreverarse con multitudes exaltadas, podrá darse cuenta del léxico que usan nuestros legisladores, así como de los nobles pensamientos en que inspirarán sus discusiones; es decir que sin sobresaltos ni apreturas, oirá toda la función, lo que le permitirá gozar en grande, puesto que lo oirá todo, hasta lo que no suelen publicar los diarios por pudor.

Horario inconveniente

Los padres de los alumnos del flamante Conservatorio de Música y Declamación, se han presentado en queja a la dirección del mismo porque el horario que se fijó cuando se llamó a examen de ingreso ha sido alterado. Este era de 16 a 18, y ahora, por no sabemos qué causas, es de 17 a 19. Los padres de las niñas han protestado y con razón. No son horas esas, y menos en invierno, para que las señoritas anden por la calle, ni tampoco es serio que un centro educacional haya elegido esas horas, que serán muy cómodas para que los profesores puedan dictar sus cátedras en otros conservatorios, pero nunca para que funcione un establecimiento educacional de la categoría del Conservatorio.

Porque de hacerse costumbre eso de que los centros culturales funcionen en horas cómodas para los profesores, se corre el riesgo de que éstos funcionen hasta altas horas de la noche, pues que la mayoría de los profesores del conservatorio son usufructuadores de varias cátedras.



EN EL CABARET

Por

J. LUQUE LOBOS

Vidrios multicolores, en el hall... Un groom, mulato, vestido de rojo, sonriente y servil, nos saluda, nos arrebata el sombrero, nos vuelve a saludar y nos da puerta franca al salón.

Remolcando a mi amigo, avanzo tapándome la nariz con el pañuelo, porque en el primer momento, la atmósfera es casi irrespirable. El vaho húmedo de las bebidas calientes, el humo del cigarro, el espíritu de alcohol, el aliento cálido de los concurrentes, la transpiración de los bailarines, forman una condensación de vapores densos y turbios, que ondulan en la sala, pesadamente...

—Oye—gime el sin ventura de mi amigo;—yo me ahogo.

—Aguanta, hombre...; si pareces un chiquillo.

El desdichado me mira, como debió mirar Jesús al que le pegó el lanzazo.

Nos sentamos por ahí, en la primer mesa vacía que encontramos.

Inmediatamente, acude el "garçón" (decir mozo en un cabaret, es incurrir en leso delito de mal gusto).

—¿Qué se sirve el señor?

—Champagne... Una botella.

Mi acompañante da un salto en el asiento y aferrándome de un brazo, me mira con ojos extraviados.

—¿Estás loco?... ¿Pediste champagne?...

—Cállate, hombre. Tú eres un cursi. ¿No sabes que es de mal tono pedir otra cosa?

—Pero si a mí no me gusta el champagne...

—A mí tampoco.

—Pero, entonces, infeliz... ¿para qué has pedido?...

—Para pagarlo... simplemente. Quien paga champagne en un cabaret, puede codearse—óyeme bien, gran zopenco,—puede codearse con la "creme" del malevaje aristocrático.

El ingenuo me mira, creo yo que con miedo...

Llega el mozo, descorcha ruidosamente una botella del rubio licor, y haciendo una perfecta inclinación de lacayo, se aleja dando saltitos.

Miramos en torno. Varias mesas paralelas a la nuestra. Junto a ellas, jóvenes bien vestidos, de rostros pálidos y de miradas febriles de alucinados o de enfermos, charlan con unas muchachas vestidas ni más ni menos, que nuestras virtuosas niñas en cualquier baile de sociedad... Media espalda desnuda y el resto del cuerpo por desnudarse... Igualito que en los salones porteños, "au dernier cri".

La mayoría, permanecen sentadas. Algunas, van de mesa en mesa, bebiendo, juiciosamente, sin alterar la armonía de buen tono que allí reina...

Allí se charla, se ríe, se baila...

Las muchachas, son jóvenes en su mayoría. Unas, bellas; las otras, feas sin remedio; algunas visten con gusto y riqueza; las más, cubren sus cuerpos con restos de lujosas toilettes que, sin duda alguna, adquirieron en una casa de "compra-venta".

Esa vida de crápula continua va dejando huellas imborrables en sus semblantes demacrados. Las pupilas enrojecidas por los prolongados insomnios o las frecuentes libaciones, miran vagamente... Si ríen, sus carcajadas suenan a hueco.

Entre los hombres, los hay de todas las edades. Jóvenes que parecen escapados del regazo materno; precoces canillitas, cuya vida comienza ahí y termina generalmente entre las rejas de una carcel o en la blanca cama de un hospital.

También hay hombres ya hechos y derechos, vestidos con elegancia, pero que en algunos detalles, dejan adivinar, tras su desenfado de "mozos piernas" o "muchachos ranas" al burócrata que tira en una noche de cabaret o en un domingo de carreras, lo que a duras penas gana, en un mes de trabajo o haraganería, tras el mostrador de un ministerio...

Algunos viejos verdes, pasean la mirada somnolienta por la sala, como diciendo a todos: aquí, donde nos veis, hemos sido la flor y nata de los "muchachos ranas" de nuestros tiempos.

Son gallos sin cresta ni espuelas, que de cuando en cuando, visitan los cabarets para aspirar unos instantes, la atmósfera viciosa en que asfixiaron sus juventudes... Luego desaparecen por largas temporadas o para siempre.

La orquesta típica, rompe de pronto con los primeros compases de un tango. Los rostros se animan, los jóvenes se levantan, las muchachas tuercen el gesto, los brazos se entrelazan, los cuerpos ondulan, la música vuelca su armonía melancólica; comienza a despertar el truhán del suburbio en cada bailarín y entre los quiebros lascivos del baile arrabalero, se advierte el compás forzado que llevan las mujeres hastiadas y somnolientas y el gesto canallesco de los hombres.

Termina el tango.

Las mujeres, se tiran sin miramientos sobre los sillones. Se estiran. Respiran jadeantes. Algunas tosen. Otras esputan en la alfombra. Son tísicas y de último grado. El germen mortífero que hay en sus labios, ha pasado ya quién sabe a cuántos hogares.

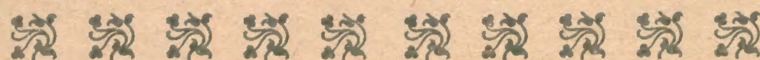
Suena un grito. Una mujer huye. Un hombre la sigue; retumba en el salón el estampido sonoro de una bofetada. La mujer cae volcando sangre. Los hombres miran. Nadie acude en defensa de esa mujer. ¿Para qué, si todos son tan miserables como el que la golpeara?... El gerente interviene. Arrastran entre dos mozos el cuerpo tembloroso y pálido de la infeliz. La sacan al patio. Su sangre roja y su cuerpo blanco tendido sobre la alfombra, son notas discordantes... Un sirviente, echa un poco de aserrín, en la roja mancha. El que pegó a la desdichada, ríe, golpea las manos, pide a gritos "champagne". El gerente hace una seña a la orquesta. Ondula en la atmósfera, sobre el quejido sollozante de la mujer lastimada, la nota quejumbrosa de un tango. Los rostros se animan. Las mujeres que quedan, tuercen el gesto. Los hombres se desperezan... Todos bailan...

Cuando la otra vuelva en sí, correrá hacia el que la golpeó y reirá invitándole más insinuante que nunca, a bailar un tango...

¿Es que no tiene corazón esa mujer?...

Sí... lo tiene, pero también en las madrugadas, cuando regresa a su piecita, tiene que darle a su hombre, el dinero que haya ganado. Y si no, él la golpea más brutalmente, que lo que la golpeara el malevo bien vestido del cabaret...

Y noche a noche, madrugada a madrugada, la miserable caravana pasa... renovándose en los rostros, pero siempre sucios por dentro y por fuera... Es la resaca...



Glosario del amor

LA HORA DEL ENSUEÑO

Es la hora pálida. Los objetos vuelven a tomar su natural color, libres ya del brochazo ígneo del Sol, cuyo tramonto acaba de presenciar la absorta naturaleza, desposeída de la más preciada joya que pueda encerrar su aljaba...

A lo lejos, al fin del sendero, recórtase altivo sobre el azul del cielo, el campanario de la aldea cuyas casitas albean en su redor acurrucadas como una bandada de palomas.

Por el sendero, hacia la aldea, camina una amante pareja. Oigamos su plática amorosa:

ANGEL.—*Sí, adorable criatura; tu amor es para mí dulce remanso de paz y bienestar en que mi ideal descansa de sus andanzas por el camino de la ilusión.*

ROSA.—*¡Por Dios, no digas tonterías; siempre soñando!*

ANGEL.—*Y qué he de hacerle si soñador nací. ¡Qué he de hacer sino soñar!*

ROSA.—*¿Ves aquellos dos jilgueros que se besan en el zarzal? ¡Ellos no sueñan, aman!*

ANGEL.—*Sí, los veo: Aman porque jamás conocieron la desdicha; porque juntos recibieron la primera caricia del Sol; porque juntos entonaron sus primeros trinos en la copa de un abeto; porque juntos bebieron de las aguas puras y cristalinas en la fontana del Amor; por eso aman y por eso no sueñan...*

ROSA.—*Y nosotros ¿por qué soñamos?*

ANGEL.—*¡Ay! no me lo preguntes.*

ROSA.—*¿Conociste tú, acaso, la desdicha?*

ANGEL.—*Sí, por cierto; siempre la tuve por fiel compañera. Ahora quiero ser feliz: por eso sueño.*

ROSA.—*¿Sufriste mucho, entonces?*

ANGEL.—*¡Más todavía! Ansias infinitas de amor he sentido; ansias de arte y de glorias; ansias y ensueños jamás realizados.*

ROSA.—*¡Ni aun el ensueño de tu amor!*

ANGEL.—*Mi único ensueño realizado en ti. Tu amor es asilo de mis esperanzas; abrevadero de mis ilusiones que el fracaso dejó sedientas; flor que brota en el páramo de mi vida marchita. ¡Santo amor al que sólo podré ofrendar una existencia hecha a desencantos!*

ROSA.—*Vida de desencantos reconfortada ahora por el soplo de la felicidad cercana...*

ANGEL.—*Así quiero creerlo; por eso sigo soñando.*

ROSA.—*¿Y sin soñar, crees?*

ANGEL.—*Creo en la verdadera felicidad soñando.*

ROSA.—*Nuestro amor, ¿no es real?; ¿acaso es sueño?*

ANGEL.—*¡Sueño es, bella Rosa, nuestro amor! ¡Sueño hermoso y pasajero es! ¡Soñemos ambos este momento de dicha que alienta la ilusión!*

ROSA *(apesadumbrada)*.—*Si todo es ilusión, ¿a qué soñar?*

ANGEL.—*Porque el soñar siempre fué bueno. El ensueño es la felicidad del alma. Cuando empezamos a ver la realidad, empezamos a ver el desencanto y el sufrir empieza.*

ROSA *(con amargura)*.—*¿Ni aun la realidad del amor es buena?...*

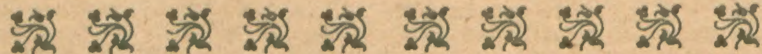
ANGEL *(con un dejo de dolor)*.—*¡Ni aun eso!*

ROSA *(decepcionada)*.—*Entonces, ¿a qué amar; a qué vivir?*

ANGEL.—*¡Rosa ingenua!, nuestra vida es ensueño igual que nuestro amor...*

ROSA *(con infinita tristeza)*. —*¡Infeliz de mí que no supe soñar y soñé demasiado!*

(El cristal de una lágrima furtiva titila en las sedeñas pestañas de la doncella. Mientras, los jilgueros del zarzal elevan en sus trinos jocundos la dulzura de un epitalamio hacia la intensidad del azul del cielo, cuya grandiosa majestad y quietud rompen las campanadas del ángelus que se desploman, lentas, sobre las casas de la aldea. En el inmenso plafón añil parpadea la primera estrella.)



Pensamientos

El deber y el derecho son hermanos; su madre es la libertad. Nacen el mismo día, y crecen, se desarrollan y mueren juntos.—**Víctor Cousin.**

El hombre justo no es el que no causa daño a nadie, sino el que, pudiendo dañar, reprime la voluntad de hacerlo.—**Pitágoras.**

El talento se forma en la soledad; el carácter, en la sociedad.—**Goethe.**

No siempre es bueno decir todo lo que se siente; pero hay que procurar no sentir sino aquello que puede decirse.—**P. Janet.**

El pensamiento sin poesía y la vida sin infinito son como un paisaje sin cielo.—**Ausiel.**

Si padecéis por causa de la injusticia de un hombre malo, perdonadle a fin de que no seáis dos hombres malos.—**San Agustín.**

Cuando la justicia desaparece, no queda nada que pueda dar valor a la vida de los hombres.—**Kant.**

La pereza anda tan despacio, que la pobreza no tarda en alcanzarla.—**Franklin.**

LA CASA BLANCA

Por Victorio SILVA

En la villa de La Rioja, en su casa, y con diez o doce invitados, estaba el general Quiroga.

Mientras los demás tomaban café, yo le cebaba a don Juan Facundo el mate, que no era de ''picadura'', como se acostumbra aquí, sino de hojas morenas que, por intermedio de Chile, no sé si venían del Perú o de Bolivia; lo cierto es que era una hierba distinta de la ''parnaguá'' que nos sirve de desayuno en este partido de Arrecifes y en este año de gracia de 1866.

Después de contar algunas aventuras, como la del ''Uturunco'', la del tigre, etc., con su voz aguda, continuó en estos términos:

—Yo era muy joven y andaba haciendo paredones en las cercanías de Buenos Aires...

—A propósito,—interrumpió Vilafañe,—se ha dicho que usted adoptó esa ocupación por el afán de procurarse la mayor suma de dinero posible para exponerla en el juego; ¿es verdad?

—No tanto por eso, sino porque me dejaba dueño de mis actos, sin depender de nadie, y porque no me exigía más gastos que una pala y dos tablones. Advierto a ustedes que en Buenos Aires no hice tapias, sino paredes de césped. No se pueden hacer tapias con aquellas tierras arenosas. El señor Cascallares me mandó llamar un día para que llevara una tropa de ochocientos novillos a los Corrales. Los tenía vendidos en cien onzas. Había empezado a escasear la hacienda con las guerreadas y por las últimas remesas se consiguieron precios fabulosos.

''Me recomendó que no recibiese oro, sino papeles de banco, y que el dinero, una vez en mis manos, lo llevara a su casa de Morón, donde escondía un tesoro en monedas y en barras de ese divino metal amarillo a quien llaman vil los envidiosos. Me dió cuatro onzas anticipadas como precio de mi trabajo, un lazo torcido de tres, un par de boleadoras de potro y un facón que cortaba un pelo en el aire, recomendándome que tuviera mucho cuidado con los ladrones.

''Salimos al día siguiente de mañana, y como al entrarse el sol entregué la tropa en los mataderos.

''Ya iba a montar a caballo para volver a Morón, con el dinero entre un bolso, sujeto a raíz de las carnes alrededor de la cintura, cuando Ardiles, uno de mis compañeros, me invitó a que fuésemos a probar fortuna en una casa de juego, yo con mis cuatro onzas, y él con los doce pesos de su jornal de aquel día. Acepté, preguntándole dónde quedaba esa casa.—En la calle de San Pablo entre las de San Cristóbal y Santa Bárbara, a pocas cuadras de aquí (me contestó). La llaman la Casa Blanca.—Pues vamos.—No es hora. Antes de las ocho no principian. — Entonces le esperaré en la fonda.—Tengo mucho que hacer por el centro y temería hacerle esperar. ¿Por qué no se va usted solo y me aguarda apostando al cuatro que no pierde nunca? Yo caeré como a las diez. Diga que va en mi nombre y será bien recibido.—¿La conoce usted?—El dueño de casa es compadre mío. Tiene una sobrina que vale un Perú. Ya verá usted. — Pues, hasta luego. — ¡Buena suerte!

''A pesar de que el individuo no me inspiraba confianza, resolví no echar en saco roto su invitación. Dejé mi caballo en la fonda, cené, y en cuanto dieron las ocho me eché a la calle.

''La casa justificaba su denominación pues era blanca como una paloma, mejor dicho, blanca como una gaviota, pues hay palomas de todos colores. Tenía dos ventanas de reja y su portalón de dos hojas que comunicaba con la sala. Llamé, invoqué el nombre de mi compañero, y la joven que salió a recibirme, cuya gracia y hermosura desdecían de semejante lugar, me hizo entrar en la sala, sin más muebles que cuatro sillas cojas, una mesa con un velón de cuatro mecheros y una cama matrimonial a la derecha. Supuse que la mesa de juego estaría en las habitaciones interiores, y acariciando las cuatro onzas que llevaba en el bolsillo del chaleco, sentéme junto a la puerta con la mayor confianza, esperando que el sonido del oro sobre la mesa o la voz del banquero me hicieran la señal de colarme por la puerta de la izquierda, cubierta con una cortina verde. Entretanto procuré entablar conversación con la muchacha. Me respondía con monosílabos, pero sus ojos tenían una elocuencia tan extraña que, sin saber por qué, mi perpetua desconfianza empezó a erguirse y a llenar todo mi cuerpo como el pan que leuda debajo de su caliente cobertura. A poco escuché el murmullo de una conversación que en el vecino cuarto trababan en voz baja. La conversación se fué animando y creciendo su tono hasta que mi oído atento consiguió sorprender las siguientes palabras inconexas:—Sí, señor... ¿Y Ardiles?... Allí está... No importa... Es indispensable... Pedirá auxilio... Lo tiene en la cintura... Está armado... Corre de nuestra cuenta... ¿qué hacemos con el cuerpo?...—Luego sentí unos pasos contenidos, callaron las voces, y en el silencio sepulcral que dominó en la casa, los ojos de la joven continuaban clavados en los míos. No sé qué efluvios me impulsaban de allí, a tiempo en que el corazón latía sordamente, opreso por la garra del instinto azorado. Rechinó la puerta interna, y dos hombres, atravesando el umbral, colocáronse en medio de la sala. Me incorporé algún tanto, marcando un saludo que no obtuvo contestación, como si fuera dirigido a dos estatuas. Toqueme con el codo el mando del arma que me cruzaba la cintura, y con mi manta sobre el brazo izquierdo esperé. Ambos de chiripá, llevaba uno de ellos blanco poncho pampa con guardas y primichones escarlatas. Con vincha los dos; y el de la derecha, que era alto y hercúleo, descansaba en sus hombros lacias guedejas negras y lustrosas. Entrambos ocultaban sus manos atrás.—¿Qué hacemos? (preguntó el primero).—Bueno, ¿qué hacemos? (dió por contestación el de la izquierda, especie de monstruo asapado y deforme). Y sobre estas palabras adelanta un paso, extiende la mano y me encañona una pistola; bajo instintivamente la cabeza, suena el tiro, entra la bala en la pared, chamuscándome el pelo, y entre la humareda y la confusión huye mi agresor; desenvaino, y antes de que el gigante me dispare el arma que brilló en su diestra, doile en la cara tan terrible cuchillada, abriendo su cabeza en dos, que mi hombre vacila, se me viene, retrocede, detiénose y va a caer de costado sobre la cama entre un surtidor de sangre. Abro la puerta del zaguán y en cuatro brincos me pongo en la calle. Entonces respiré.''

Nocturno

La vieja casa rústica y sencilla
de la sombra se duerme en el reposo,
y de la luna el círculo lechoso
en la alta noche soñoliento brilla.

Del regato que corre silencioso
las ranas alborotan en la orilla,
un desvelado can ladra furioso
y sobre un muro la lechuza chilla.

Lanza un gallo su toque mañanero
que se repite de bardal en charco
igual que el eco de hondonada en peña;

y un micifuz, entre medroso y fiero,
pisando suave y con el lomo en arco
llama a la ingrata que su afán desdeña.

Juan OSÉS.

Un buen ejemplo

Dijo un día Juno a Iris, su fiel sirviente: ''necesito tres mujeres perfectas para mí servicio, baja a la tierra y tráemelas''.

Al mismo tiempo decía Plutón a Mercurio: ''mis furias envejecen, tráeme otras nuevas.''

Partieron ambos emisarios llenos de buena voluntad y pasado unos días, se presentó Iris desolada, ante su ama que la recibió enfurecida: ¿Cómo es eso, dijo la diosa airada, vienes con las manos vacías? ¿se acabaron las mujeres buenas en la tierra''?

''Tres hallé, dechado de perfecciones''...

''¿Y por qué no las has traído?''

''Imposible: Mercurio acababa de llevárselas para Furias.''

Don Benito y su compañero

—Hola, compañero—dijo cierto literato a don Benito Pérez Galdós, saludándole.—Mañana estreno en Martín. Me gustaría que viniese usted. Me ha salido una cosa superior. ¡Cómo para chuparse los dedos!...

Galdós no ignoraba que aquel hombre le discutía como novelista y comediógrafo y no concedía a su labor formidable el respeto que siempre le dispensaron las grandes figuras de la literatura. Preguntó:

—¿Cómo se titula ''eso''?

—''¡A real el kilo de vergüenza!''

Suave e ingenioso, pregunta todavía Galdós:

—¿Y con cuántos kilos se ha quedado usted?

FRAGMENTO DEL PASADO

Por

Félix B. VISILLAC

Desde la ventana de su aposento, Juan Augusto Dantel, veía caer la lluvia, una lluvia sutil cuyas gotas como perlas líquidas diseñábanse en las hojas de los malvones de su patio y en los árboles altos de su calleja. ¡Cómo se ensanchaba su pensamiento, su alma ideal, en esa tarde de invierno gris y lluviosa, en que el agua acariciaba los surcos prometidos y las flores de su jardín!

La lluvia persistía, y esa tarde, como nunca, pajarillo invisible de su ensueño se había adormido en su corazón, para despertar su recuerdo, el recuerdo de su Isabel, que fué luz de esperanza por mucho tiempo para su existencia de batallador. Un año hacía que no miraba los ojos de ella, ni escuchaba su voz argentina; un año que la barrera de lo fatal había obstruído sus sendas de amor.

Sólo quedaba como testimonio de aquellos amores idolátricos, un libro amigo y fiel a quien el llamábale "Fragmento del pasado".

Esa tarde, desde la ventana repasaba su escritorio lleno de papeles, donde se levantaba un florero con flores de la estación y un artístico tintero con un busto de Salambó, y allí sobre el escritorio estaba el libro de un exquisito poeta tropical a quien Isabel amaba por la delicadeza de las estrofas, claras como una cinta de agua.

El pequeño volumen era un testimonio de sus amores muertos, de aquellas noches invernales que en reunión familiar, Isabel, con su gracia peculiar, recogía todo el fuego de las composiciones, que al recitarlas, encendían su música.

Ese libro fué como un puente para ellos; hojeándolos, juntos, muy juntos, pudieron decirse palabras dulces sin ser observados, y en sus páginas muchas veces fueron depositadas algunas violetas que antes habían dormido soñando con la voluptuosidad, sobre el pecho de ella.

¡Oh! la última vez que la vió fué en la salita de su sencilla mansión; una atmósfera cálida los envolvía y una hermana de Isabel ejecutaba en el piano una sonata de Mozart. Apartados, en un dulce coloquio, leían el libro favorito. Después de meditar algunos versos sutilísimos, bellos, gustábale verla con naturalidad dejar ese libro sobre su falda y enjugarse una lágrima; es que el alma de Isabel era pura como una flor, delicada y soñadora, y palpitaba ante la belleza del verso. Y ese libro, el último día en que un adiós los separó, ella, toda temerosa, como si fuera a herir su susceptibilidad, díjole: "tómelo, Juan Augusto, guárdelo usted para después" pensaba verlo más adelante, aun cuando el destino había empañado su encanto.

Y esa tarde de lluvia, en que un cielo cargado se observaba, él había intentado leer el libro fiel, pero sus deseos fueron estériles; teniendo entre sus manos el volumen, le parecía tocar la mano de ella; aspirar de esas páginas su aliento embriagador.

Su inquietud se prolongaba esa tarde en que el recuerdo asaltaba su corazón. El se resignaba a su destino que habíale trazado un camino sombrío. El invierno le era fatal, toda la melancolía de esas tardes se mezclaba a la suya: su espíritu delicado amaba la estación del calor, del pájaro que es música en el boscaje, y el sol manantial de luz.

Persistía la lluvia y Juan Augusto meditaba.

De vez en cuando dirigía sus ojos hacía el libro como si quisiera impedir se escapara el recuerdo dulce de su Isabel; y aquel conjunto de estrofas parecía decirle: "por qué no vas en su busca, tú necesitas de sus manos sedeñas".

La lluvia proseguía, y en su honda pena, desde la ventaña, por donde entraba la luz, Juan Augusto exclamaba: ¡Oh, compañero de mi mal, libro amigo, tú como yo fuiste su predilecto en buena hora; los dos estamos frente a frente; tú encarnas un recuerdo y algo me dices de la pasión de mi Isabel. Si toco vuestras páginas, siento el roce de sus dedos finos y delicados, y si leo tus versos, reparo la luz de sus ojos claros oculta en la urdimbre de la estrofa sutil; algo ha quedado de ella en ti, como también un átomo de su sensibilidad. ¡Eres tú, libro amigo, para mi inquietud honda, un fragmento del pasado!

La lluvia persistía y esa tarde, como nunca, el pajarito del ensueño revoloteaba en el corazón de Juan Augusto Dantel.

LOS DOS LOROS

Un loro de vistoso plumaje rojo, encontróse cierto día frente a frente con otro loro vestido de color verde chillón... Abrieron las alas y tendieron el pico como si fueran a atacarse; pero no hubo nada. Se reconocieron como de la familia... *a pesar del distinto color...*

El loro rojo tenía su repertorio; pero entre todas las tonterías que le habían enseñado y no comprendía, como es natural, se destacaba el estribillo: "¡Viva Trotzky!"...

El loro verde era menos locuaz; pero de vez en cuando lanzaba también como muletilla este grito: "¡Viva Mussolini!"...

Al cabo, los dos loros se miraron con simpatía: su plumaje era diferente, pero las garras y el pico—sobre todo—eran igualmente formidables. No era cosa de jugar con ellos y mucho menos con los patrones de los loros... que les habían enseñado un chiste *en que los dos pajarracos coincidían. Ambos gritaban:* "¡Viva la libertad, ja... ja... ja... ja...!"

Domingo Lasso

EL ROMANCE DE YSMALIA

(Traducción de Ricardo Gutiérrez)

Cuando Ysmalia enloqueció
quedó en la torre a soñar...
y vió una luna en el cielo
y vió una luna en el mar.

El sueño en que se perdía
la bañó en claror lunar...
quería subir al cielo,
quería allegarse al mar.

Comenzó en su desvarío
allá en la torre a cantar...
estaba cerca del cielo
estaba lejos del mar.

Y como un ángel que ensaya
las alas para volar,
quiso la luna del cielo
quiso la luna del mar.

Las alas que Dios le dió
se abrieron de par en par...
Su alma subió hasta el cielo,
su cuerpo cayó en el mar.

Alphonsus de GUIMARAENS.
(Brasileño).

LA ARAÑA

Al estudiar el sabio naturalista Mr. J. H. Fabre las costumbres de la araña que nosotros llamamos tarántula, observó que dicho animal lleva a cuesta durante siete meses a sus hijos, y que éstos no comen nada en todo el tiempo que van encima de su madre. El naturalista se explicaba el fenómeno diciendo que el calor y la luz solares reemplazaban al alimento en las arañitas, o dicho en otros términos, que "el calor motriz en los animales jóvenes, en vez de desprenderse de los alimentos, se utiliza directamente, lo mismo que un rayo de sol, foco de toda vida".

Sin embargo, no parece que el problema de las arañitas sea de tan difícil resolución.

Otro naturalista, Mr. Lecaillon, que ha conservado durante ocho meses arañas de cría lejos de la acción solar directa en invierno, ha comprobado que las reservas de tejido adiposo de estos animales bastaban para conservarles la vida durante mucho tiempo.

Aun durante las épocas favorables, las arañas permanecen meses enteros sin tomar alimento, por efecto de la escasez de presas que pueden hacer con la tela que tienden junto a su escondite, y además la poca extensión de su campo visual las impide cazar con frecuencia relativa.

Muy frecuentemente ocurre que, estando la hembra ocupada guardando su capullo de huevos o cuidando a su progenie, se pasa en ocasiones largo tiempo sin comer, hasta el punto de no fijarse en la presa que se le ofrece, antes de abandonar a sus hijos un instante. Pero si en tal ocasión se le quita el capullo, en seguida se ocupa de la presa que tiene a la vista.

Todo esto prueba que las arañas hembras están constituídas de modo que pueden pasarse largo tiempo sin tomar la menor partícula de comida.

La extraordinaria impresión de una película

UNA BATALLA CAMPAL POR CULPA DE LA CASTA SUSANA

A pesar de la penosa situación económica porque está atravesando Austria, y que tiene a sus habitantes de un humor poco dispuesto al regocijo, hoy todo Viena se retuerce de risa leyendo los detalles que publican los periódicos acerca de una película cinematográfica del más puro realismo, que para sí la quisieran los norteamericanos, aun ahora que les ha dado de golpe y porrazo por la moralidad escénica.

El suceso que se comenta y que ha provocado la general hilaridad tuvo por teatro un convento de frailes, o mejor dicho, el jardín del Monasterio de la Heilingenkreutz.

Hace varios días se presentó al prior de la Orden un caballero elegantemente vestido y solicitó su permiso para impresionar una película en el jardín del convento, por considerarlo el lugar más adecuado al cuadro que se proponía desarrollar.

El jardín del Monasterio es hermosísimo, y en su centro hay un estanque precioso rodeado de arbustos. Las arcadas del piso bajo y los ventanales son góticos y ofrecen un conjunto de soberbia grandeza.

El prior no tuvo inconveniente en acceder a los deseos del director de compañía que iba a impresionar la película, y, en consecuencia, pocos instantes después se presentaban en el Monasterio los artistas encargados de la interpretación de la obra.

Entre ellas figuraba una de las actrices más hermosas de los teatros de Viena, que debía personificar uno de los principales personajes.

Avisado el prior de la presencia de la compañía, tanto aquél como los demás monjes se retiraron a sus celdas o a las habitaciones donde tenían que trabajar.

Inmediatamente el director dió orden de prepararse para la representación, y los artistas se caracterizaron en la galería del piso bajo, mientras los operadores disponían sus máquinas en los lugares oportunos.

La obra que debía filmarse era "Susana en el baño". El personaje de Susana estaba a cargo de la famosa belleza vienesa.

Y comenzó la representación.

Cuando ésta se hallaba en el punto más interesante, es decir, cuando la casta Susana sale del baño, varios frailes, que desde las ventanas del piso principal atisbaban lo que ocurría en el jardín, vieron surgir del estanque una mujer casi desnuda, que ponía el pie entre los arbustos y pretendía ocultarse a las miradas de los demás artistas, que desempeñaban los papeles de perseguidores.

Los monjes quedaron asombrados, y lanzando gritos de indignación, corrieron en busca de su superior, a quien refirieron lo que habían presenciado.

En el acto los padres celebraron un breve consejo, y convinieron en que un lego saliera al punto a conferenciar con el director de la compañía para intimarle que sin pérdida de tiempo abandonaran aquel recinto.

El director contestó que lo harían en cuanto terminaran de impresionar la película.

Y ésta continuó desarrollándose.

Pocos momentos después, en lugar del lego, comparecieron en el jardín otros tres frailes, y con enérgicas palabras reiteraron a los artistas la orden de retirarse. El prior lo había mandado y había que obedecer sin más dilación.

El director trató de convercerlos de que su actitud iba a causar a todos un gran perjuicio; pero los padres se encogieron de hombros y manifestaron que si no se marchaban de grado se marcharían por fuerza.

Ante esta amenaza los cómicos replicaron que en tal caso esperarían a que cumplieran los frailes su anuncio de violencia.

Y siguió la película.

No habrían transcurrido cinco minutos desde el "ultimátum", cuando por el fondo aparecieron los monjes, capitaneados por el prior, y blandiendo sendas estacas.

El director de la compañía gritó a los operadores: "¡Seguid, seguid, que esto va a ser lo más interesante!"

En aquel momento los airados padres se lanzaron sobre los artistas, y entre todos se entabló una batalla formidable, que acabó con la derrota y huída de los peliculeros.

Estos dicen que tienen en su mano la venganza del vencimiento, pues proyectarán la película de "Susana en el baño" con el desenlace de la irrupción de los frailes armados con estacas y la batalla subsiguiente.

UN NUEVO LIBRO DE MANUEL UGARTE

"El crimen de las máscaras". Edit. Sempere; Valencia

Por Atilio GARCIA y MELLID

El culto escritor argentino Manuel Ugarte, radicado hace algunos años en Francia, ha dado a publicidad una novela de psicología ambiente, de crítica mordaz, llena de realidad trágica y cuotidiana, a la que puede señalarse como una de las obras más robustas que ha producido su inteligencia joven.

Agil, vivaz, llena de gracia y de burla, presenta una sátira admirable y cordial de la historia, de la política, de la sociedad, de la vida. Hace pensar en que aquella maravillosa novela de Anatole France que se llama "La isla de los pingüinos". Como en esas páginas, que ya pertenecen a la gloria, Ugarte consigue hacer filosofía y crítica de las instituciones sin siquiera quererlo, y ríe con una risa dolorosa hasta de las cosas más inútiles y pequeñas.

Bastará mejor definir este carácter de "El crimen de las máscaras", la transcripción de una breve escena en que los fantoches de esta bella farsa demuestran su concepto de la ley:

"—Queremos ver a los duelistas para impedir el "drama.

"—¡Imposible!

"—¿Por qué?

"—Porque el duelo está prohibido "por las leyes.

"—Nosotras venimos a evitarlo...

"—No puedo autorizarlas a intervenir en un delito.

"El agente ríe sin "perder su gravedad.

"—¡Vamos!—insiste airadamente "la señora.—Están "violando la ley!

"—¡La ley no se "queja!"



Manuel Ugarte.

La novela toda tiene una movilidad, una agilidad funambulesca propia de su decorado de Carnaval. Las figuras son desorbitadas, torpes, caricaturescas, con esa gracia de payaso que era la más apropiada a la representación humana que cada una de ellas quiere ejercer.

La trama es absurda, contradictoria, risueña a veces y a veces penosa, como la vida misma trasuntada así en una síntesis llena de colorido y de belleza.

La representación real de un argumento ajustado a tan confusos personajes, reside en la exaltación que Ugarte — romancesco por temperamento — hace del idealismo y la justicia encarnados en la figura de Pierrot. La cordura ambiente es puntualizada dentro de sus verdaderos límites de amoralidad y conveniencia, y he aquí un pequeño pasaje en que puede descubrirse en toda su eficacia la intención de Ugarte:

"—Y tú: ¿desde cuándo estás aquí?—pregunta Pierrot a un hombre que contempla beatíficamente el cielo.

"—Desde hace siglos...

"—¿Cuántos años tienes?

"—Seis mil. Soy el eterno iluso de todas las épocas. "Me persiguieron en las selvas, me apedrearon en las "calles de Alejandría, me torturó la Inquisición, me guillotinó la Democracia, y aquí me tienes... Los procedimientos son los mismos y el fin también... ¡Quieren "que deje de soñar!"

La vanidad, el orgullo, la soberbia de los poderosos, es criticada en este libro de una manera acerva y juguetona, con risas y con lágrimas, poniéndolas en el tablado de la farsa en la única forma que era posible: desnudas en sus torpes contorsiones que denuncian claramente su finalidad de muñecos. Todo ello ha sido conseguido con una ironía sangrienta y acaso piadosa, con una trágica realidad de dolor que se hace visible a pesar del espeso ambiente carnavalesco y burdo en que actúan.

El estilo en que el libro está escrito es apropiado a su tema: juguetón, movible, salpicado de hermosas comparaciones. Hay frases y descripciones de una poesía suave y armoniosa, de una música que se prende al corazón con sus blancas alas de pájaro. Hay en la prosa moderna una tendencia, que Ugarte sigue con verdadera y alta vocación, a matizar la aridez de los párrafos con metáforas incisivas, sintéticas, hermosas. En esta novela que comentamos hay ejemplos múltiples de ello; yo he podido señalar en sus páginas muchas expresiones que responden al enunciado anterior, y de ellas quiero dar algunas en este comentario:

"Los eternos árboles minúsculos recortados a tijera."

"Un agudo clarín de cuartel desgarra en volutas el aire."

"Su alma de mujer se arquea en lomo de gato."

"Cuando no pueda verte arrojaré mis ojos al mar."

"El aeroplano, que se repliega como un periódico."

"Los ahogados son la fiesta de los pájaros del mar."

"El llanto desgarrador de los niños que parecen adivinar la angustia de ser hombres."

Todas estas citas bastan a descubrir la aguda visión de artista que duerme en la pupila soñadora de Ugarte. Hay algunas ante las cuales es forzoso pensar que no hubiera podido provocarse de otra manera la sensación que da una cosa o un gesto. Viéndolas así, alineadas en tipos de imprenta, suelen parecer triviales; pero hallarlas cuando el artista eleva sus ojos para provocarlas, es siempre un acierto que lleva su propio premio en su seno esplendoroso y magnífico.

En "El crimen de las máscaras" la figura de Pierrot se destaca con un perfil armonioso al que ya señalamos como todo hecho de ideal y justicia. Pierrot es un símbolo del idealismo desinteresado, de esa armonía interior exacta y comprensiva que vive de sus propias emociones en medio de la mascarada general que gesticula, que abochorna y aplaude.

Hablando a su amada se define:

"Los odios, las limitaciones, los egoísmos, las venganzas, las avideces, la universal mentira, están fuera de "mi reino. De mis superioridades deriva precisamente "mi inferioridad. Yo solo soy el lírico soñador cuya ubicación se halla entre los dementes y los pobres de "espíritu. Como sin quererlo soy un reproche para todos, "todos desean mi pérdida. Defender la ilusión es atacar "cuanto existe. Como no tengo complicidades con lo que "impera, puedo decir que me he expatriado al desierto. "Mis únicos apoyos son: la juventud que aclama en mí "sus propias rebeldías, y el amor que es la promesa de "la felicidad..."

Su finalidad y su perspectiva es siempre honesta, lírica, sincera. Sus propósitos sólo pueden resentirse de hermosura, que vale decir de un título definitivo de consagración y de grandeza. Ugarte ha perfilado admirablemente esta figura joven en la que alienta el ideal y el ensueño de toda una generación ávida de nuevas realidades. Hablando a la juventud Pierrot aclara aún más su idiosincrasia y su ideología:

"Hay que seguir trabajando en el plano ideal de "Villaloca. Hay que multiplicar las perspectivas, los jardines y las torres. El mal no está en los hombres sino "en la sombra que los circunda. Sólo hemos de enaltecer "la vida encendiendo luces en todas partes. Hasta en "los corazones... Que el teatro sea un resplandor, aunque para alimentar las hogueras tengamos que arder "nosotros mismos..."

La profesión de fe que encierran estas palabras del bello libro de Ugarte, la total profesión de fe que importa esta novela, la hacen una obra que no pasará fácilmente, una obra meditada, sobria, sana, a cuyas fuentes la juventud no podrá llegar sin beneficio.

Para saludarle y aplaudirla, nada mejor que sumarse a su grito justo y bello:

"Que todo sea un resplandor, aunque para alimentar "las hogueras tengamos que arder nosotros mismos."



Los vestigios de un crimen

La calavera del cimiento

Por Williams WILSON

Me estaba vistiendo con la detención propia de los días festivos, cuando llamaron a la puerta de mi pieza.

Abrí. Era un amigo y ex condiscípulo: Servando Requeni.

—¿Qué ventarrón te trae por aquí?

—Primero el gusto de verte...

—Muchas gracias.

—...después el gusto, mayor aún, de consultarte.

—No me conozco ningún título profesional.

—Por eso te molesto; en caso contrario habría entrevistado a cualquiera de los "detectives" que fabrica nuestra prensa.

—¡Cómo!... ¿Andas metido en asuntos de esa incumbencia?

—Cosas... ocultas o más bien, confusas.

—No debes ignorar que Holmes ha hecho prodigios porque no fué persona nunca, por lo tanto nadie lo pudo llamar macaneador. En cambio...

—Comprendido. Es de simple interés particular; no tendrá más trascendencia que la que tú quieras darle.

—Me está gustando, siquiera por las condiciones. Vamos a ver de qué se trata—y me senté frente a Servando, que empezó por preguntarme:

—¿Has oído hablar de "los vestigios de un crimen" en la calle Defensa?

—Sí. He leído algo. No me ha llamado la atención: Una excavación... unos huesos humanos... Es muy vulgar. ¿Qué afinidad tiene eso contigo?

—Poca y mucha: Los vestigios han sido hallados en una obra de las que atiende mi padre, que ya sabes es constructor. Allí está levantando una casa para la familia del acaudalado señor Bickles. La señora e hijas, sabedoras del lúgubre hallazgo, no quieren que se continúen los trabajos; tienen sus aprensiones y preocupaciones, como todas las mujeres, y al extremo que hasta se resisten a ser propietarias de la finca. El señor Bickles, en obsequio a esas nimiedades, ha hecho suspender la obra, de aquí una casi segura rescisión de contrato que va a ser perjudicial a mi padre.

—Entendido.

—La detención citada, dice el señor Bickles que también le perjudica a él y no le vemos inclinado a resarcir razonablemente la parte de mi padre. Podría ser todo esto carne para litigio, que debe evitarse, por lo oneroso y sobre todo por tratarse de un buen cliente, que debíamos desde luego considerar perdido. Me he atrevido a suponer que los tales vestigios pudieran probar cualquier cosa menos un crimen; esto salvaría la situación. Por eso he venido a molestarte...

—¿Qué ha pensado la policía?

—En casos de esta especie, en que carece de datos gráficos, fotográficos, monográficos, dactilográficos, etc., no da interés al asunto y hace correr el conocido cuento de que "en ese sitio debió de haber habido en otros tiempos algún convento o casa de devoción".

—Eso quita al hallazgo su tinte tétrico y aun siendo crimen deja de serlo. Es un buen recurso que sigue dando, por aquí, excelentes resultados.

—La familia Bickles es protestante y encuentra en eso un motivo más para sentirle repulsión a la finca.

—¡Diablos!... No contaba con tal particularidad.

Te he creído capaz de "ver" este "crimen" en su más aproximada acepción. Sé que no sabes negarte y he venido, aprovechando el día, para que nos demos un paseo hasta la obra, y por simple curiosidad tomes impresiones en el escenario del hallazgo.

No creas que, como vulgarmente se dice, me tengo fe, pero no respondo de tenérmela si algún indicio me distrae. Haré lo que buenamente sea posible, en obsequio de ustedes. Vamos andando, y me darás por el camino los detalles que tengas.

———

Esto me pasa, porque en porfías y apuestas entre amigos y repórters, tuve la suerte de acertar varias veces, por deducciones o por intuición (dos ciencias muy quebradizas) casos que más o menos adulterados se registraban en la prensa, sobre robos o crímenes de sangre.

Para mí, mis acertadas no tenían más valor que el que puede tener un boleto de sport comprado a "batatazo", pero los amigos, como siempre, bordan méritos que en ocasiones no hay más remedio que aceptar.

Servando me relataba lo que sabía sobre los vestigios del crimen:

—Destruyendo la pared del fondo del edificio, se encontró en ella una botella de esas que hasta hace poco se llamaban de "media cuarta", la que contenía un trozo de pergamino antiquísimo, con la siguiente inscripción:

"Al pie de esta pared y a un metro de profundidad he enterrado el tesoro de mi venganza. Si alguien lo encuentra dele el destino que crea más humano."

No tenía firma ni fecha.

Se cavó al pie de dicha pared, como se indicaba, y se encontró un cráneo humano sin "tapa", es decir, perfectamente cortado, como aserrado, por su parte superior, de modo que le habían desprendido prolijamente la "tapa de los sesos".

—¿Ese era todo el "tesoro"?

—Se buscó mucho, sin resultado.

—¿Hubo informe médico?

—Sí. Dice que la ocultación del cráneo data de muchos años atrás, sin precisarlos.

—¿Cuáles fueron los primeros pasos policiales?

—Buscar coincidencia entre el cráneo y el antiguo hallazgo de algún cuerpo sin cabeza no identificado.

—Sin éxito. Entonces se citó "alguna comodidad religiosa extinguida", según ya me indicaste. Es ilógico; los religiosos son el sumum de la discreción y no habrían dejado el pergamino. La ventaja de esa versión es la de que a cosa extinguida no es posible hacerle indagatoria; el tiempo se ha llevado todos los efectos del hecho. Es de suponer que la pared en que se ocultaba la botella era colonial.

—En efecto, era de barro y piedra. La casa, de construcción ligera, no tenía más de veinte años, y todo ese tiempo fué casa de huéspedes.

—¿De huéspedes? ¡pues ya habrán desfilado personas por el sitio del "tesoro"!

—En el fondo se había dejado un pequeño jardín, por cuyo motivo no se removió el suelo ni se tocó la pared cuando se construyó la casa.

—¿Y antes de construirla que hubo?

—Un corralón y no hay más noticias a este respecto.

Después de estos datos, todos muy interesantes, poco tuvimos que ver en la obra. Era de urgente necesidad conocer y observar los objetos hallados, y nos dirigimos en carruaje a la investigación.

Allí examiné el pergamino, que era auténtico. Luego la botella vulgar, una botella de todas las épocas, de esas que hoy se llaman de "limonada gaseosa", y lo mismo pueden ser de cualquier Barbera "importado", o de alguna droga maravillosa a base de certificados mejicanos. El cráneo, sin su "tapa", perfectamente "descabellado", y muy gris obscuro y muy poroso.

Salimos de la oficina y me separé de Requeni, prometiéndole noticias a la mayor brevedad, sin aventurar antes ningún parecer.

———

Pasé cinco días anudando mis deducciones y convenciéndome cada vez más de que se trataba de un caso sencillísimo.

Los dueños de la casa de huéspedes, haría dos años que habían rematado todas sus existencias para trasladarse a Europa; esto, unido a la dispersión de sus clientes, hacía dificilísima la labor de la pesquisa, porque si bien el hecho a mi entender era sencillo, las pruebas del él no tenían paradero conocido.

No me detuve por eso. Quité al hecho todo su sabor a "crimen" consiguiendo "descubrir" que era simplemente una broma de estudiantes, y así lo comuniqué a mi amigo Requeni y éste al señor Bickles, quien se comprometió a detener todo procedimiento respecto a su obra, hasta que llegaran noticias del doctor Jorge Ludeck,—indicado como presunto autor de la broma por varios de sus ex condiscípulos y compañeros de la casa de huéspedes de la calle Defensa, actualmente en Alemania,—perfeccionando sus conocimientos.

No se quebraron las deducciones, puesto que el señor Bickles tuvo en

GETSEMANI

(Oraciones del huerto)

XXXI

¿Dónde estará el Maestro que sepa leer el poema que Tú escribiste con astros en el cielo de la noche?

En su recóndita belleza está el enigma que buscan los sabios y que ninguno puede encontrar.

Es que Tú bien dispusiste que no valga la sabiduría lo que los ojos del vidente.

XXXII

Con qué inefable ternura me preguntaban los niños ayer, día de borrasca, por qué se puede ver a través de los cristales de la alcoba, donde los relámpagos semejaban arterias de tu propio corazón.

¿Por qué se puede ver a través de los cristales?

—Porque en algo hemos de parecernos a Él, hijos míos. Él mira a través de los cristales de la verdad, que nosotros no alcanzamos.

XXXIII

Anoche, la besaba candorosamente, como besa el hijo a la madre, cuando recién empieza a distinguirla. Todo le daba en mis besos: cariño, emoción, esperanza. Y yo sentía renacer, por ella, la más recóndita esencia de mi vida.

Hoy pasó junto a mí, como si nunca hubiéramos cambiado una palabra.

Fingió no conocerme, inmutable y magnífica. Yo, a pesar de ello, la miré con mi inocencia de siempre, porque Tú me has dicho que su engaño vanidoso ha de morir y un día hemos de ser los dos arrepentimiento sin forma...

XXXIV

Fué un tiempo mi cabeza la noche informe, cuajada de pensamientos luminosos.

Ardía en ella, como en un templo de sueño, el incienso de un afán ultrasensible. Yo iba en pos de ese afán, que era mi guía.

Lentamente en progresiva tenuidad de crepúsculo, he ascendido a la alborada de mis mejores ideales. Y es que mi cabeza está hoy amanecida de gloria, por la luz de tu pendón.

XXXV

Este cofrecillo que guardo encerró un día las flores con que mi madre decoró sus sienes de novia enamorada.

Aún parece que brota de su seno el perfume de aquella edad de anunciación y esperanza.

Siempre corto flores para él, pero no es de ellas el aroma que perciben mis sentidos.

Qué pequeño el cofrecillo que encerró un día las flores con que mi madre decoró sus sienes de novia, para que yo piense que, llevándolo, lleva la mano mía el mundo, como una ofrenda de Dios...

XXXVI

Siéntate, descansa. Perseguías un sueño, y no viste que lo has dejado en tu camino.

Tanto apagó tus ojos el deseo, desventurado amigo, que en peligro estuviste de morir en sus garras sin reposo.

Recobra las fuerzas y la luz perdidas, y vuelve. Vuelve sin apuro al sitio donde no supiste levantar el bien de tu vida, tu propia dignidad.

XXXVII

No puedo llenar mi bullicio de silencio, porque no puede llenarse de luz la sombra.

La noche vive en mi bullicio como el fúnebre cono de la llama. Y el día en el silencio, como la perla en el fondo del mar nostálgico y traicionero.

XXXVIII

Así, andando, llegaré.

¿A dónde?

Al sitio en que todos los días purifico mi espíritu con el agua de sosiego que Tú pones en las acequias transparentes de este huerto.

Si me quedara atrás, o retardara mis pasos, florecería el encono en mi corazón.

XXXIX

Con qué deleite me he detenido ante los ojos de un buey que rumiaba a la vera del camino.

Echado sobre el pasto, dábase a la meditación, como un anciano venerable.

Pero no era su pensamiento el que tanta serenidad le transfundía. Eran sus ojos mismos, en que has puesto, con humilde vestidura, la esencia de la vida, Padre mío.

XL

La luz de mi lámpara algo tiene de parecido a mi alma.

Surgió un día del fondo del misterio para ser verdad absoluta ante los hombres. Y ahora es eterna, porque todos podrían descubrirla.

Mi alma también surge a la contemplación del mundo en el oro luminoso de mis oraciones Y es eterna, porque Tú la has suspendido de la música inmanente de los sueños.

Godofredo LAZCANO COLODRERO.

Córdoba.

sus manos, un mes después, la siguiente carta que Ludeck dirigió a un su amigo que se prestó a servirme, galantemente.

El párrafo salvador era éste:

"Lo de la "venganza" ha sido una broma para preocupar a los demoledores de aquellas paredes, testigos de tanta penuria pasada entre los libros de la Facultad y los horribles guisotes de la casa. No creí que tan pronto las echaran abajo. Pensé, entonces en zonzos del futuro lejano, intrigados en grandes conciliábulos de historia para vislumbrar el "crimen" impune. El cráneo lo sustraje en la sala de disección, es de uno de tantos vencidos anónimos que allí caen en servicio de sus semejantes. El pergamino pertenece a las tapas de un hediondo infolio de teología que compré en un cambalache de libros. La botella es de gaseosa, de esa horrenda gaseosa con que se envenena Buenos Aires. La excavación, etc., obra laboriosa en una noche de luna, en sociedad con varios colegas de buen genio. Usa estos datos en servicio del propietario de la finca, sin que llegue a oídos de esa policía, capaz de echárseme encima con una extradición, nada más que por darse corte."

Inoficioso es añadir que se reanudaron los trabajos de la obra del señor Bickles, y su familia los proyectos de casa nueva.

Servando se presentó en mi casa con su padre, para felicitarme y agradecerme el feliz éxito de la pesquisa.

—Pueden evitarse todo juicio favorable a mi pericia—les dije.—Hay en todo esto una broma que es exclusivamente mía... casi una picardía mayor que la del "crimen" que tan atareados nos ha tenido. Nadie le ha escrito al doctor Ludeck, por lo tanto nada he tenido que contestar.

—¡Cómo es eso!—exclamó Servando, sorprendido, ansioso por comprenderme.

—La carta que ha salvado la dificultad es obra mía.

Embarazoso silencio. La noticia fué imprevista y hasta grave para mis improvisados clientes. Era necesario tocar algunos de los resortes morales que traen las reacciones.

—Si les parece malo o poco honesto el procedimiento — insinué — no tengo inconveniente en confesar el engaño y sus razones al señor Bickles.

—¡No! — se apresuró a contestar el padre de mi amigo.—Era una zoncera que pudo causar enormes perjuicios. No espero que venga el autor del "crimen" a desmentirnos, está en su conveniencia; y está en la nuestra haber borrado el "crimen".

—Muy bien pensado—agregó Servando.

Eso era reaccionar.

—El perjuicio habría estado en tomar con seriedad el hallazgo, descubrir que en verdad son vestigios de un crimen, y tener que confesarlo—añadí.—Esto debe importarle a la autoridad; nosotros proseguíamos la continuación de la obra, y eso es lo que se ha conseguido.

—Vale quizá más esto que una investigación paciente y real; crea que nuestro reconocimiento es el mismo.

Es curioso como el espíritu humano encuentra encomiable y hasta grande todo lo que beneficie cualquiera de los múltiples intereses de su "yo".

Pasaron muchos meses.

"Los vestigios del crimen" estaban olvidados, y hasta ya no recordaba ya la solución a que los sometí.

Una mañana se me presenta en mi casa un hombre joven, alto, delgado, simpático, muy colorado de pelo; ese tipo característico del criollo de casta alemana. Después de enterarse que yo era yo, me dijo:

—Soy el doctor Jorge Ludeck.

—¿A qué motivo debo el placer?...

—He llegado hace unos días de Alemania; los amigos que aquí tengo en los diarios me han hecho réclame y por lo tanto toda la ciudad sabe que aquí estoy. La familia Bickles, que no conocía, me pidió mediante una atenta tarjeta, que le hiciera una visita; acudí en el acto, y calcule usted mi asombro cuando me siento dar las más expresivas gracias por una carta mía dirigida al doctor Ontés.

—Usted no puso en duda la existencia de su carta — aseguré. — Era de orden.

—Naturalmente, y los motivos eran de peso; se me agradecía primero, no se trataba pues de ninguna mala acción; se citaba el nombre de un viejo amigo, no había mala intención, y por fin, se me hablaba de un "crimen" que yo conocía muy bien...

—¡Que usted conocía!—me sorprendí más de lo que yo hubiera creído.

—Sí, señor. Lo único extraño para mí era la carta. La pedí, protestando ampliarla personalmente, y la leí; la letra no era ni lejanamente parecida a la mía, y sin embargo allí estaba mi nombre al pie y se hablaba de una broma que me pertenece en todos sus detalles.

—No dudo que se explicó en seguida por qué "le han hecho escribir" esa carta.

—Pero no podía deducir quien "me la había hecho escribir". No sabiendo aun el domicilio de Ontés, que aparece como "consignatario" de mis líneas, acudí al constructor señor Requeni, que, según se me dijo, fué el más interesado en la pesquisa. Lo vi, nos reímos un rato, y... me dió la dirección de usted...

Ahora el doctor Ludeck se sonreía.

El doctor Ludeck se levantó y estrechando mis manos efusivamente, me dijo con franca expresión en todo él:

—Téngame por su amigo.

—Me honra usted mucho, doctor.

—He querido conocerlo, saludarlo y felicitarlo personalmente. El caso es curiosísimo, tiene algo de cuento de Poe o de Doyle. Quiero darle los datos verídicos sobre el cráneo y la botella que la novelería periodística bautizó a grandes tipos con el título "los vestigios de un crimen", y quiero que a su vez me describa su método seguido para esta adivinanza.

—Es muy sencillo: por deducción bien razonada, bien observada.

—Le ruego empiece por desarrollar los hechos acompañados de sus trabajos deductivos.

—Sírvase interrumpirme cuando se le ocurra una pregunta en contra de mis cálculos; son divertidas las coartadas.

—Perfectamente.

—Hice una visita a los vestigios del crimen en la investigación. El pergamino era auténtico, aún existen muchos de esa clase, era la cubierta inferior de un infolio, claramente se veía, por dos de sus puntas redondeadas; por la edad de él, el "crimen" habría pasado a leyenda, y como la edad era lo que antes de todo debíamos establecer, procedí a una minuciosa inspección. La botella me dió un agarradero; le descubrí en el interior del bonete que le sirve de base, una inicial, una E, de relieve en el mismo vidrio, sin duda un distintivo de la fábrica para distinguir al cliente que se las pedía. Era urgente verse con algún depositario de botellas vacías usadas; visité a varios, todos contaban de los mismas botellas entre sus existencias, pero uno de ellos me insinuó que tenía entendido que las introducía un fabricante de gaseosas de Flores. Allá me fuí, y resultó cierto, las recibía en grandes remesas, todas con la inicial anotada, simple control de fábrica. Este elaborador de gaseosas hacía cinco años escasos que se había establecido.

—¡Muy bien!... ¿Esa podía ser la edad del crimen, pensó usted?

—Con seguridad.

—Pero, ¿y el cráneo?... a quien la inspección médica no se atrevió a darle edad de entierro, de tantos que le calculó?...

—Cuando un detalle revela algo interesante, hay para el resto más rápida y racional explicación. Bajo la impresión de que el 'crimen'' era ''moderno'', volví a la oficina de investigantes. Empecé por dedicarme a la escritura del pergamino: era indudable que apenas escrito fué introducido en la botella; ésta contenía humedad, quizá algún pequeño resto de bebida, el pergamino se reblandeció y se lavó algo la escritura; ahora, reseco, se ven los residuos de la tinta en forma de polvo obscuro, sin duda era tinta muy aguada.

—Tinta de casa de huéspedes.

—Felizmente se usó pluma gruesa

GENTE DE TEATROS



Lola Membrives en la "Cancionera", comedia de los hermanos Alvarez Quintero, expresamente escrita para la mencionada artista.—Caricatura de Méndez Mujica.

y a alta presión, debido a la perenne grasitud del cuero, y esto dió huella a la escritura, ya casi perdida.

—Perfectamente observado y deducido.

—Sin embargo, si queda la botella un año más en su escondite, resulta "inédita" la inscripción. Ninguna antigüedad había en esto; una mala simulación, pues tampoco presenta un solo rasgo de antigüedad ni la ortografía ni el carácter de letra.

—Un lamentable olvido.

—Respecto al cráneo, las continuas filtraciones del llamado jardín, y la pegajosa y mordiente tierra greda, le habían dado el aspecto de vejez que tan mal se interpretó. El corte que presentaba era clínico; no cabía duda que se trataba de una broma y había estudiantes por medio. Hice mis diligencias hasta saber que el doctor Ontés fué huésped en la casa, cuatro o cinco años antes. Acudí a él y me declaró no tener noticias de la supuesta broma; en cambio me dió los nombres de varios condiscípulos que en la misma época vivían allí, sindicando como el más capaz para una cosa de esa naturaleza a Jorge Ludeck, a la sazón médico y en Alemania.

—No era una prueba suficiente...

—Es indudable; ni aun lo era con la declaración de los otros condiscípulos que también sólo creyeron capaz del hecho a Ludeck. Pero como no existía el crimen y por el sencillo motivo que abonaban mis gestiones, no valía la pena de irse para Alemania a entrevistar al doctor Ludeck, formulé la declaración de la broma en una carta que "hice firmar" a dicho señor, y que el doctor Ontés se ofreció galantemente a recibir sin estampilla. Era el remate de mi deducción terminada.

—Ha descrito usted los hechos como si fuera mi cómplice, porque tuve un cómplice, un condiscípulo; con él cavamos la fosa, precisamente en una noche de luna, a altas horas; el pobre murió en Alemania. Aun los detalles de la carta simplemente explicativos, están maravillosamente acertados; con muy pequeñas diferencias, por ejemplo: el pergamino no fué de un infolio de cambalache, sino de un cura que era huésped de la casa, y que en venganza por la sustración repartió una graciosa excomunión general. Lo demás, exacto; ¡sobre todo, los guisotes de la patrona!... y nada me queda que agregar como creí al principio, sino repetirme su amigo y ponerme enteramente a sus órdenes.

Lindo negocio sería esta vida, si siempre estuviera a nuestras órdenes la Casualidad!

JUAN EL RASTREADOR

Por S. P. BAYONA

(Cuento campero)

Para "Fray Mocho".

Ese día, como de costumbre, había llegado Juan el Rastreador a su rancho, completamente ebrio, y, como de costumbre, también, maltrató a su resignada compañera, que soportaba, a diario, el trato brutal que su marido le daba, como recompensa a su fidelidad.

Fueron muchas las veces que Petrona, la esposa de Juan Ramos, enrostró a éste su falta de consideración y le pidió, llorando, se enmendara. ¡Lo quería tanto!—No tomés más, Juan; vos sos güeno, trabajador y cariñoso, pero cuando te emborrachás te volvés una fiera. Hacelo por nuestra felicidá; acordate en denantes, cuando nos casamos. ¡Vivíamos tan felices!... Vos volvías a las casas, ansioso de verme y entre mate y mate que tu china te cebaba, me contabas el trabajo que te había dao seguir el rastro de algun'hacienda robada o di algún asesino, que, juyendo de la justicia, ganaba el monte creyéndose salvao; y vos lo seguías hasta dar con él. ¡Eras el Rastreador más mentao del pago!—Y ahura tuitos t'están perdiendo la confianza; naides te tiene fe.—¡Claro!—Se te atraviesa una pulpería en el camino, ande vas siguiéndole las pisadas a un bagual, que en su lomo yeba al que vos buscás, y la caña ti hace borrar el rastro más claro que haygas seguido.

¡No tomés más, Juan!

Era inútil; el vicio de la bebida había dominado por completo a Juan Ramos y a las súplicas y buenos consejos de su mujer, le correspondía con una buena soba con la lonja de su pesado rebenque.

La noche de ese día fué, por demás, angustiosa para la pobre Petrona. No podía resistir más. Maquinó un plan que la librara de tanto martirio, pero le faltaba fuerza de voluntad para realizarlo.—¡Mucho lo quería a su Juan!—Pero se determinó al fin.

Don Modesto Gómez, un acopiador de frutos del país, la había requerido de amores infinidad de veces, sin haber conseguido de Petrona nada más que desprecios. No obstante esto, el galán no perdía oportunidad de persistir en sus solicitudes, haciéndole siempre presente la mala vida que el Rastreador le daba. Le había propuesto, más de una vez, que lo abandonara, siguiéndolo a él. La llevaría al pueblo donde viviría tranquila, amparada por el afecto que sentía por ella y, en fin, con miles de promesas a cual más halagadora.

Desesperada la mujer, ese día pensó Petrona aceptar las proposiciones de don Modesto y su determinación fué un hecho.

Dos días después, y en ausencia de Juan, llegó de paso, en su jira de negocios, el constante pretendiente, y cuál no sería su sorpresa y alegría, cuando la misma Petrona le propuso que la llevara. Fué cosa de pocas horas. Se puso sus mejores pilchas y al esfumarse aquella tarde las claridades del día, la pareja fugitiva, en un sulky con capota, se perdió en las sombras, camino al pueblo...

Sobre la negra alfombra de los campos hacían brillar sus lucecitas las luciérnagas.

Los fugitivos iban silenciosos y sólo el trote del fatigado caballo y el sordo ruido del rodar del sulky se sentían en esa noche angustiosa para Petrona; noche de sobresaltos y temores.

Pocas palabras habían cambiado los dos compañeros de viaje. ¿Qué reacción sufrió el ánimo de Petrona? —¿Se arrepintió a tiempo del mal paso dado?

—Volvamos, señor—dijo a don Modesto.—Quiero irme otra vez a mi rancho; se lo pido por lo que más quiera en el mundo. Perdóneme mi falta de reflexión. ¡Volvamos!

Había codiciado tanto, aquél, su presa, que se resistió a complacer a la arrepentida mujer y se entabló entre ambos una breve lucha. Desesperada ella, ante la intransigencia de su contendor, logró arrancarle de la cintura un revólver que llevaba y, fuera de sí, hizo fuego al cuerpo del infortunado enamorado que quedó, sin vida, en el asiento del sulky. La bala le había atravesado el corazón. El caballo, asustado y libre de las riendas, emprendió una vertiginosa carrera. Ante el peligro, Petrona se tiró al suelo y el negro manto de esa noche envolvió la tragedia, en tanto que el terror se apoderaba de ella, sin más compañía que su dolor.

Vagó sin rumbo, el resto de esa trágica noche...

Al día siguiente, después de mediodía, volvió Juan a su rancho, borracho, como siempre. No se dió cuenta exacta de lo ocurrido. Llamó a Petrona repetidas veces y creyéndola en la vecindad se recostó a dormir la siesta. Cuando despertó, estando aun el sol alto, se le había disipado la embriaguez.—¿Dónde estaba su mujer?—Se dió cuenta que Petrona no había pasado la noche en las casas y entonces su mente, debilitada por el abuso del alcohol, forjó presentimientos caprichosos.

Se hallaba aun bajo la impresión de una duda, que destrozaba su alma, cuando vió llegar a su rancho al alcalde, acompañado de un policiano.

—Venimos, amigo Ramos—dijo el alcalde—a que rastrée al matador del acopiador don Modesto Gómez. Se le ha encontrao muerto de un balazo en el corazón, a ocho leguas de aquí, frente al campo del doctor Suárez, en la cabecera del monte de algarrobos, camino al pueblo Tacuara. D'iba en su sulky con capota, qu'está destrozao a sais cuadras de ande se halló al finao. Al caballo lo hallaron tuito lastimao, cerquita el pueblo.

—Tá bien, señor alcalde—repuso el Rastreador—esta mesma noche salgo a rastriar al asesino; ansina que dé orden pá que me esperen dos melicos en el lugar ande encontraron al finaito, pá ver si rumbiamos bien.

Cuando el alcalde se fué, Juan salió al camino y con ese ojo certero del buen rastreador encontró el rastro de los pies de Petrona hasta el sitio donde había subido al sulky. De allí nada más que la huella del rodado notó, lo que marcaba claramente la huída. Todo lo presintió y con el corazón apretado por la pena y la incertidumbre, ensilló su "montao" favorito, llevando de tiro otro pingo de aguante, y cuando el poncho de los pobres hundía sus últimos flecos de luz en el confín de la llanura, Juan el Rastreador, se perdió en la polvareda del camino, rumbo a Tacuara...

Los primeros albores del día encontraron a Juan tendido sobre su recao, a pocas varas del despedazado sulky. Convenía hacer las primeras investigaciones antes que llegara la policía. Retrocedió, siguiendo la huella del rodado, hasta dar con la señal que dejó en el suelo la caída del cuerpo de ella. De allí le fué fácil orientarse. Descubrió las pisadas de su mujer y comprobó que el golpe había sido fuerte; notó que se había sentado varias veces y que los pasos eran inseguros. Examinó largo rato el suelo y, por fin, encontró lo que buscaba: Petrona, después de su indecisión y a pasos cortos, se había dirigido al monte cercano. A las dos horas descubría Juan, al pie de un frondoso algarrobo, a su Petrona, desgarrados sus vestidos, con un pie dislocado y su semblante demacrado por las dos noches terribles que había pasado y sin tomar alimentos. No tuvo fuerzas para nada. Anegada en llanto, imploró perdón a su Juan.

En las calurosas horas de la siesta, ese día llegó Juan a su rancho llevando en ancas a su Petrona. El perro y las gallinas, en el patio, les dieron la bienvenida, siendo testigos de la más tierna reconciliación de dos seres, que el vicio y la desesperación había colocado al margen de la razón y que fueron luego un modelo de cariño. Juan jamás volvió a tomar un trago de bebida. Esa noche comunicaba al alcalde que al no poder dar con el paradero del asesino, de vergüenza de su incapacidad, dejaba de ser Rastreador.

La aventura

Por Gabriel TIMMORY

—¿Y qué?—preguntó el señor Genvrain a su mujer.—¿Has encontrado una institutriz para nuestra Juanita?

—Sí—respondió Julieta de Genvrain.—Se me ha presentado una con excelentes informes y la he admitido. Es inglesa, miss Florencia Garfield, pero habla admirablemente el francés. Es muy instruída y tiene una ventaja enorme sobre la que se ha despedido: es fea.

—No es ciertamente una ventaja para ella.

—Pero sí para nosotros. La otra institutriz era demasiado bonita y llamaba la atención en la calle. Con miss Garfield no hay ese peligro. Nadie intentará distraer a la pobre de sus deberes.

Miss Florencia entró para hacer una pregunta. Era alta, recta como un farol, seca como discurso oficial, de nariz prominente, boca enorme y ojos pequeñísimos, afeados por unos lentes enormes.

—En efecto—dijo el señor Genvrain cuando miss Garfield se hubo retirado:—no tiene nada de seductora. Puedes confiarle a Juana con toda tranquilidad.

A pesar de su fealdad era una mujer excelente. Muy afable, cumplía escrupulosamente sus obligaciones. Acompañaba a Juana al colegio, iba a buscarla, la ayudaba en sus lecciones, y terminados los estudios se mezclaba en sus juegos con la ternura de una hermana mayor. Todos estaban encantados con ella.

Un día el señor Genvrain advirtió que su mujer estaba preocupada.

—¿Qué ocurre?—le preguntó.

—Nada importante; pero estoy preocupada. Figúrate que miss Garfield me ha dicho una cosa asombrosa. Hace tres días que un hombre la sigue constantemente.

—¿Pero qué tontería estás diciendo?—exclamó Genvrain.—¿Nuestra institutriz seguida por un galán? ¡Ilusiones que ella se hace!

—Nada de eso. Yo me he tomado la molestia de seguirla cuando ha salido a la calle con Juanita y he visto que es verdad, que la sigue un caballero de unos cuarenta años, correctamente vestido.

—Nadie lo creería, hija.

—Pues así es. La pobre está muy preocupada. El caballero que la sigue no le ha dirigido la palabra; pero ella quisiera verse libre de su obstinada persecución. Por eso me ha dicho lo que ocurre. ¿Qué crees tú que puede hacerse?

—No hay más que un medio: que intervenga yo. Mañana saldré con miss Florencia para que me indique quién es el sujeto en cuestión, y yo le hablaré y le diré que cese en su persecución.

En aquel momento entró la doncella con una tarjeta.

—¿Pablo Lecourbe? No sé quién es. Que pase.

El visitante fué introducido en el salón. La señora de Genvrain no pudo reprimir un movimiento de sorpresa. Era el enamorado de miss Florencia...

—Perdonen ustedes mi atrevimiento; pero venía a suplicarles me permitieran tener una entrevista con miss Florencia Garfield.

—¿Pero se atreve usted a seguirla hasta aquí? —exclamó la señora de Genvrain. Y volviéndose a su marido dijo:

—Es la persona de quien estábamos hablando.

—¡Verdaderamente no le falta a usted audacia, caballero!

—Me juzgan ustedes mal—respondió tranquilamente el desconocido.—Permítanme que me explique. Tengo una excelente situación comercial. Soy viudo, con una hija pequeña, y quisiera volver a casarme. He conocido a miss Florencia, he podido apreciar personalmente sus excelentes cualidades, y su bondad para la hija de ustedes me permite creer que podré reemplazar cerca de la mía a la madre difunta. Ya ven ustedes que mis intenciones no son malas.

Los señores de Genvrain se miraron asombrados. ¡Conque se trataba de un matrimonio para miss Florencia! ¡Qué aventura!

—Siendo lo que usted dice—contestó el señor Genvrain al visitante,—no hay inconveniente en acceder a la entrevista que usted solicita.

Miss Florencia fué avisada. Al principio creyó que se trataba de una broma. Cuando se convenció de que era una petición formal de matrimonio, necesitó algunos minutos para dominar su emoción. Pero al poco tiempo el diálogo con el señor Lecourbe la tranquilizó. La conversación se fué haciendo cada vez más íntima. Su galanteador habló a miss Florencia de literatura, teatro, música, viajes.

—Los viajes me encantan—dijo miss Florencia.—Iría sin vacilar al fin del mundo.

—¿Hasta la Guyana?—interrogó bruscamente el señor Lecourbe.

—Hasta la Guyana—respondió sonriendo la institutriz, un poco extrañada al ver la sonrisa de su interlocutor.

Hubo un momento de silencio. De pronto, el señor Lecourbe se levantó y dirigiéndose a miss Florencia le dijo:

—Enhorabuena, Eugenio Martín. Eres muy fuerte.

Miss Florencia miró en torno suyo. Nadie había entrado en el salón. Estaban los dos solos. Era, pues, a ella a quien se dirigía el señor Lecourbe. Y sin comprender, preguntó:

—¿Eugenio Martín?... ¿Eugenio Martín?...

—Basta de comedia. Yo no soy el señor Lecourbe, comerciante. Soy el inspector de Policía Cardon, y te he reconocido, a pesar de tus vestidos de mujer y de tu acento inglés. Es inútil negar. Eres Eugenio Martín, condenado a trabajos forzados por asesinato y evadido hace poco del penal de Maroni...

No acabó la frase. Miss Garfield lanzó un grito estridente y cayó desvanecida.

Acudieron los señores de Genvrain y la servidumbre, y todo se explicó. En todo aquello sólo había una equivocación lamentable. Guiado por una rara semejanza, el policía había creído ver en la persona de la institutriz al presidiario Eugenio Martín. Quiso prestar un buen servicio policiaco, y para no alarmar a los señores de Genvrain acudió a aquella estratagema de petición de matrimonio, que le había de permitir una entrevista a solas con el terrible bandido.

Confesó su error, y se marchó, dando toda clase de excusas. Pero el choque había sido rudo, y miss Florencia tardó bastante en reponerse de la emoción sufrida.

Y aquella fué su única aventura. Estaba destinada a no llamar la atención de más hombre que aquel policía que la tomó por un fugado de presidio.

LA LLAVE

Un cuento de Federico BOUTET

Regresaba Jorge al castillo después de dar su paseo cotidiano a través de los senderos del bosque, cuando encontró a la gitana. La había visto ya el día anterior con una flor en la boca y andando muy despacio. Vió también la luz de sus ojos negros al fijarlos ella astutamente en los suyos, y el brillo de sus dientes al sonreírle cariñosa... Al encontrarla de nuevo y advertir que se le acercaba, Jorge se sintió poseído de un temor inexplicable...

—¿Quieres que te diga la buenaventura?—preguntó una voz dulce.

Jorge se detuvo, enrojeciendo.

La mujer sonrió, y, apoderándose de la mano derecha del joven con familiaridad, después de un examen detenido exclamó:

—Tienes diez y siete años...

—No; diez y ocho—balbuceó él.

—...Perteneces a una familia muy rica... No vives como los muchachos de tu edad... Casi siempre estás solo...

—Sí...; desde que se marchó mi preceptor no veo a nadie más que a mi abuela y a su señora de compañía.

La gitana continuó dándole detalles de su vida, y él se admiraba de ello, sin pensar que todo el mundo en los alrededores sabía lo que pasaba en el castillo. Sentía gran emoción al escucharla, y mucha más aún al sentir el contacto de aquella mano morena y pequeñita con la suya. No se atrevía a fijar sus ojos en el rostro de aquella mujer, y mucho menos en su pecho, que la blusa dejaba al descubierto.

—Serás muy feliz—continuó.—Te querrán mucho..., te amarán mucho..., mucho... Es natural... Eres muy hermoso..., demasiado hermoso para un joven de tu edad. Las mujeres serán por ti desgraciadas...

Jorge se atrevió a levantar los ojos.

—Usted sí que es hermosa...

La gitana rió, abandonando su mano. Jorge hizo ademán de sacar dinero del bolsillo.

—No, no me pagues...—dijo ella.

El preguntó:

—¿Es usted quien vive con dos hombres y una mujer en esa carreta que está en la encrucijada del camino?

—Sí; yo soy. Los dos hombres (titubeó) son mi hermano y... mi padre. La vieja es mi tía.

—Qué vida más encantadora debe de ser la vuestra! Siempre viajando—dijo Jorge.—Yo apenas tengo permiso para pasearme por el bosque. Mi abuela es sorda. Me aburro tanto... que me dedico a leer... Me gusta leer a los poetas...

Se detuvo, admirado de hacer estas confidencias a una mujer desconocida.

Marchaban los dos juntos por el sendero que bordeaba el muro del castillo erizado de vidrios. Llegaron a un portillo de madera reforzado por tirantes de hierro.

—Necesito entrar. Mi abuela me espera. Siempre tiene miedo de todo. Haste este año no me ha permitido tomar la llave de la puerta para entrar por el parque.

—Debe de ser muy hermoso tu parque—dijo la gitana.—Me gustaría verlo...

—¡Oh! Por este lado nunca hay nadie... ¿Quiere usted?...

De pronto se interrumpió... ¿Estaba loco? Iba a proponerle que entrase...

—Esta tarde, no—dijo la gitana.—Pero mañana estaré aquí a la misma hora que hoy y lo veré. Ese será el precio de la buenaventura...

Le miraba a los ojos... Jorge se sentía desfallecer. La gitana arrancó una de las rosas que llevaba en el pecho, la colocó entre los labios del joven y echó a correr. Temblando, hizo él girar la gruesa llave dentro de la cerradura, y atravesó el parque a paso lento, aspirando el perfume de la rosa.

Después de haberse jurado durante una noche de insomnio que no iría al encuentro de la gitana, salió, no obstante, incapaz de resistir el deseo de ver otra vez a la graciosa chiquilla. Lleno de emoción, la hizo entrar en el parque y le enseñó desde lejos el castillo, las fuentes, los macizos... Al día siguiente se volvieron a ver en el bosque; pero ya no hubo entre sus labios la rosa que los separara.

A las diez de la noche se evadió Jorge de su habitación y dejó entrar otra vez a la gitana. En aquel lado del parque había un pequeño pabellón deshabitado. Durante una hora estuvieron juntos. Después la acompañó hasta el portillo: "Te amo; hasta mañana", le decía por milésima vez al despedirla. La gitana sonrió, le acarició los cabellos y se perdió entre la maleza del bosque.

Desde entonces se veían todas las noches. La joven interrogaba a Jorge acerca de su vida, preguntándole mil detalles. Sí; su abuela era muy rica y muy severa. Siempre tenía miedo. Los criados dormían en el último piso. El, Jorge, dormía en el primero. Allí... Las habitaciones de su abuela estaban a la derecha. En el piso bajo, a la derecha, estaba el comedor, cuyas paredes y muebles se adornaban con plata; a la izquierda estaba el salón.

Se hacían mutuas promesas de amor. Frecuentemente el joven recitaba a su amante versos que le inspiraba el amor que por ella sentía...

Una noche el muchacho, nunca se supo si espontáneamente o porque la gitana se la pidiera, entregó a la joven la llave del parque. De este modo, durante las noches desapacibles, ella, en vez de esperar a Jorge al raso, se refugiaría en el pabellón hasta que llegase él.

Estos amores misteriosos duraron dos semanas. A cada entrevista, Jorge mostrábase más confiado. Multiplicaba sus promesas de amor, sufriendo al ver pensativa a su graciosa amiguita. "¿Qué tienes?", le preguntaba con ansiedad. Sin responderle, la gitana mirábale fijamente a los ojos y le acariciaba los cabellos.

Una tarde, al fin, en el momento en que iban a separarse, la gitana le dijo bruscamente desde el umbral de la puerta:

—Toma tu llave... ¡Ya no me verás más!... Jorge tuvo un sobresalto.

—¿Por qué?... ¿Qué te pasa?

—Porque es preciso...

En las sombras de la noche le vió entristecerse, contraer el rostro como un niño que va a llorar. La gitana no dudó más y habló, a pesar suyo:

—Escucha, querido: eres demasiado inocente, demasiado ingenuo... Reflexiona; tú no me conoces y me entregas esta llave... Tendré que decírtelo todo... Es muy raro, entre las mujeres como yo, hacer amistad con un muchacho rico sin pedirle dinero. Esta es la regla general. Uno de los hombres de la carreta es mi hermano, y es él quien me envía aquí... Ya antes nos habíamos informado...: una vieja señora rica..., que tiene la casa llena de plata... Estos informes los completaste tú mismo. La llave era, pues, para entrar y robaros; los muros son demasiado altos para poder saltarlos... Mi hermano se llevaría el botín a París para venderlo, y más tarde habríamos partido los demás en el carromato... ¿Quién nos hubiera descubierto?... Tú no habrías tenido valor de decir que me habías dado la llave del portillo... Todo está dispuesto para dar el golpe esta noche..., pero yo quiero evitarlo...

Se interrumpió unos instantes. Después continuó:

—No quiero que entren... porque has tenido confianza en mí... porque me has amado sinceramente... sin temer nada... Les diré que he perdido la llave y que tú me has dicho que desconfían, que han empezado a vigilarnos... He querido tener de ti un recuerdo... cariñoso, ¿comprendes?, para que tú lo conserves a la vez de mí..., porque debes de saber que te amo..., que te adoro. Toma, toma la llave...

La gitana dió la llave a Jorge; pero quedó asombrada al ver sobre el rostro de su amante, tan cándido habitualmente, una expresión que jamás había visto.

—No soy tan ingenuo como crees—dijo Jorge encogiéndose de hombros.—De ningún modo te habría dado mi llave sin tomar antes algunas precauciones. Dije que era peligroso una sencilla cerradura en esta puerta, e hice que la reforzaran con cerrojos. Y todas las noches los cerraba después de marcharte... ¡No hay que considerarme como un imbécil!

La gitana lo miró un momento con los ojos asombrados. De repente, sin decir una palabra, le tiró la llave a la cara y huyó, cerrando con todas sus fuerzas la puerta del parque. Jorge la miró correr, entristecido, y oyó los gemidos de la pobre mujer, que encontró la desconfianza hasta en el pecho de un chiquillo.

El valor químico de un hombre

La ciencia nos enseña (dice "L'Echo de París") que los materiales que forman la osamenta de un hombre, la carne y la grasa de un individuo que pese ochenta kilos, son equivalentes a los que se encuentran en la clara y las yemas de mil doscientos huevos de gallina.

Si se confiase a un buen alambique el cuerpo de un hombre de peso medio, produciría, en la destilación, noventa y ocho metros cúbicos de gas de alumbrado y bastante hidrógeno para inflar un globo capaz de levantar ochenta kilos.

Con el hierro y el fosfato que se extraería de las cenizas se podrían hacer dos clavos pequeños y ochenta mil cerillas; esto es, lo suficiente para colgar un cuadro en una pared, y para encender la lumbre durante varios años.

La grasa de un hombre de ochenta kilos de peso bastaría para hacer ochenta kilos de bujías o la misma cantidad de jabón, y la glicerina, para componer quince kilos de dinamita.

Y aún se podrían hacer otras muchas cosas: barras de creta, con la cal; cintas para fotografía nocturna, con el magnesio, etc., etc.

EL LADRON DE HOTEL

Por Mauricio DEKOBRA

Al entrar en el "hall" del hotel adiviné que pasaba algo extraordinario. Los viajeros hablaban animadamente. El gerente y el portero discutían con calor. La señora de Copieux salía en aquel momento del despacho de la Dirección. Estaba pálida y parecía muy conmovida. Me acerqué a ella.

—¿Qué le ocurre, querida amiga?

—Me han robado mi collar. Un hermoso collar de ochenta y ocho perlas, valorado en doscientos cincuenta mil francos. Un regalo de mi difunto esposo. ¡Es inaudito!

—¿Pero está usted segura de que se lo han robado?

—Segurísima. Anoche puse el collar sobre la chimenea al volver del Casino. Cuando me levanté esta mañana, a las nueve, estaba allí. He bajado a la peluquería del hotel, teniendo buen cuidado de cerrar con llave la puerta de mi habitación. Cuando volví, a las once, el collar había desaparecido.

—Algún ladrón de hotel..., algún camarero...

—No puede ser más que uno u otro. He dado cuenta de lo ocurrido a la Dirección, y ya está avisada la Policía.

—¿Ha preguntado usted a la camarera?

—Dice que no ha entrado en la habitación sino para llevarme el desayuno y cuando la llamé para darle cuenta del robo. ¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Un collar tan hermoso! Y lo extraño es que en la mesilla de noche había dejado dos sortijas y tres pulseras, que valen tanto como el collar. Pues han cogido éste y han dejado las otras alhajas.

—Es extraño, en efecto.

El asunto me interesaba. Siempre me he sentido atraído por los asuntos policíacos. De no haber sido apoderado de la Casa de Banca Merzwald y Glüchstein, hubiera sido "detective".

—Querida amiga—dije a la señora de Copieux:—ha hecho usted muy bien avisando a la Dirección. Pero no estaría de más que colaborásemos nosotros con la policía. ¿Me permite usted que me ocupe del asunto?

—Con mucho gusto. Estoy sola en Biarritz, y la ayuda de un antiguo amigo como usted me sería de gran utilidad. Haga lo imposible por encontrar mi collar. Para mí, lo ha robado una mujer. Tengo ese presentimiento.

Cuando terminé de tomar el café subí al piso de la señora de Copieux y busqué a la camarera, en cuya mano puse un luis al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Podría usted, señorita, informarme de las personas que viven en las habitaciones inmediatas a la de la señora de Copieux? ¿Quién ocupa la de la izquierda?

—Un americano. El señor Daniels.

—¿Hace mucho que está?

—No. Creo que ha venido para el campeonato de tennis. Es un joven elegante, buen mozo y muy dado a los deportes, a juzgar por los aparatos de gimnasia que tiene en su cuarto.

—Y el cuarto de la derecha, ¿quién lo ocupa?

—Los señores de Letillac, de París.

—¿Qué clase de gente son?

—Dos tórtolos, señorito. Siempre que entro me los encuentro abrazándose.

—¿De quién sospecharía usted? ¿Del señor Daniels o de los Letillac?

—De ninguno de ellos, caballero. Si se trata de un robo, estoy segura de que el autor no es ninguno de los vecinos de la señora de Copieux.

Di las gracias a la doncella, practiqué algunas diligencias en las joyerías de Biarritz y durante la cena dije a mi amiga:

—Convendría que esta noche la pasara usted en mi habitación del tercer piso, y yo, en la suya.

—¿Sospecha usted de alguien, Andrés?

—Sí y no. En todo caso, quiero intentar una cosa.

A las nueve de la noche entré ocultamente en el cuarto de la señora de Copieux, mientras ésta se retiraba al mío muy intrigada. Momentos antes había salido en traje de "soirée" y cruzado el "hall" a la vista de todos los huéspedes del hotel, para entrar poco después ocultamente por una puerta de servicio. Convenía que todo el mundo creyese que mi amiga pasaba la noche en el Casino.

Oculto en una gran butaca aguardé largo rato. No había más luz que la que se filtraba por los balcones. A las once y media oí un ruido insólito. Se entreabrió la puerta de la derecha y entró silenciosamente un hombre.

—¡Arriba las manos!—grité, apuntando con mi revólver al sujeto que acababa de entrar. Al mismo tiempo di luz.

—¡Caballero!—me dijo el hombre lleno de terror.—Le suplico que no dé escándalo. Venía a reparar mi error. ¿No lo cree usted? Voy a probárselo. Seguiré con las manos en alto, y usted mismo puede sacar del bolsillo izquierdo de mi americana el collar que... que cogí prestado esta mañana.

El acento de aquel hombre era sincero. Obedecí y saqué la joya de la señora de Copieux.

—¿Es usted el señor Letillac?—le pregunté.

—Sí, señor... ¿Y usted?... Será algún policía, naturalmente. Oígame antes de detenerme, se lo ruego. Soy casado y he perdido la dote de mi mujer en especulaciones adversas. Me habían propuesto aquí un magnífico negocio industrial, y mi mujer y yo debíamos almorzar hoy en Bayona con mis futuros consocios. Pero era preciso aparentar una posición desahogada. ¿Comprende usted? Mi mujer me había indicado la idea de alquilar un collar de perlas en cualquier joyería de Biarritz. Me dijo: "Llevando yo un collar de cien mil francos inspirarás la mayor confianza". Tenía razón; pero los joyeros no quisieron aceptar lo que les propuse. Entonces yo me decidí a coger, para usarlo durante unas horas, el magnífico collar de la señora que ocupa este cuarto. Mi mujer ha almorzado con el collar puesto. Y cuando el negocio está concertado y me dispongo a devolver estas perlas, que me han hecho un beneficio tan grande, me descubre usted. ¡Caballero! ¡Tenga piedad de mí!

El señor Letillac lloraba. Iba a arrodillarse ante mí. Le contuve con un gesto.

—Caballero—le dije.—Nunca nos hemos visto, y jamás volveremos a encontrarnos. Va usted a retirarse inmediatamente y a cerrar esa puerta de comunicación. Diga usted a su señora que no piense más en esta aventura.

—¡Caballero! ¡Mi gratitud!...

—En cuanto a la víctima de su... imprudencia, le diré que, buscando en la habitación, he encontrado el collar en el suelo, debajo de este mueble.

SECCION VERMOUTH

DESPUÉS YA HABLÓ SÓLO EVA

—Papá. ¿Por qué fué hecho primero Adán?

—Para darle oportunidad de que hablase algunas palabras.

EXPLICACIÓN

—¿Pero si vende usted estos relojes a un precio inferior al de su costo, dónde está la ganancia?

—En las composturas.

EMBOSCADA

—¿No necesita usted comprar tabaco para la pipa?

—No, señor. Tengo mucho.

—Entonces deme un poco para llenar la mía. Yo no tengo nada.

MODOS DE VER

—Presiento que ya estoy al fin de mis penas — exclama el optimista.

—¿A qué fin?—pregunta el pesimista.

LAS CONOCÍA BIEN

—¡Qué cosa! Mi mujer viene de la ruleta y no puedo saber si ha ganado o si ha perdido.

—Entonces ha perdido.

Y ERA ASÍ

—Padre—exclama una mujer durante la confesión—. Mi esposo no me ha dicho jamás una frase dura...

—Eso está bien. Es un hombre considerado cariñoso.

—No. Yo creo que sólo es un hombre prudente.

DE ACUERDO

—Vea, Agustina—dice la dueña de la casa a la nueva sirvienta—. Yo soy una mujer de pocas palabras; cuando hago así con la mano quiero decirla que venga.

—A mí me pasa lo mismo, y cuando hago así indico que no me da la gana.

NO SE RESOLVÍA

—Creo que ya tengo dinero suficiente para casarme.

—¿Y, por qué no te casas?

—Porque prefiero comprarme un automóvil.

Y NO MENTÍA

—¿Ha estado usted alguna vez en el hospital?—pregunta el médico de la compañía de seguros.

—Sí, señor. Varias veces...

—¿Por qué?

—Porque tenía allí a un amigo enfermo.

EL VERDADERO SIGNIFICADO

—Vamos, a ver. ¿Qué quiere decir año bisiesto?

—Que tenemos un día más de clase.

IN CAUDA...

—¿De quién es esa carta que estás leyendo?

—De mi madre.

—¿Dice algo de particular?

—No sé, esposo mío. Aún no he leído la respuesta.

DEL LOBO, UN PELO

—Me han dicho que su casa se incendió.

—Es cierto. Se quemaron los muebles y la ropa... Todo cuanto teníamos...

—Entonces, ¿no pudieron salvar nada?

—Dos meses de alquiler; uno que debíamos al casero y otro que hemos pasado en casa de los vecinos.

EL QUE NO SE CONSUELA...

—Pero, Jorge, ¿Cómo puedes salir a la calle sin lavarte la cara y las manos?... ¡Qué dirán los que te vean!

—Como es por la mañana, pensarán que no he vuelto a casa desde ayer, y los que me vean por la tarde creerán que ya me las he ensuciado.

UN BUEN NEGOCIO

—Me han informado que el directorio de la compañía ha resuelto repartir este año doble dividendo que el año anterior—exclama el nuevo poseedor de unas acciones.

—En efecto... Pero debo hacerle notar que el año pasado no se repartió dividendo alguno.

EN EL EXAMEN

—¿Cómo está dividida la tierra?

—Será por causa de los terremotos...

DECLARACIÓN

—Señorita. ¿Quiere proporcionarme la oportunidad de celebrar las bodas de plata con usted, dentro de veinticinco años?

EL VERDADERO AMO

—Ese automóvil de Francisco no descansa nunca. Su esposa, sus hijos y sus hermanos, lo usan continuamente.

—¿Y quién lo disfruta realmente?

—El chauffeur, que lo llevan sin hacer nada.

POR QUÉ LA IDENTIFICÓ

—¡Qué cambiada está Agustina! Hoy la vi, después de un año.

—¿Y cómo la conociste?

—Porque llevaba puesto el abrigo que se me perdió...

HABÍA UNA RAZÓN

—¿Te has fijado cómo le tiemblan las manos a María Antonia? ¿Será nervioso?

—No; es que lleva puestos los anillos.

CONCIERTOS



Eduardo Risler, famoso pianista, que en breve llegará a Buenos Aires, donde se propone dar una serie de conciertos.—Caricatura de Méndez Mujica.

Las primeras viviendas del hombre

La primera habitación que tuvo el hombre fué una cueva, una caverna disputada acaso al oso o al león en sangrienta lucha cuerpo a cuerpo. Todavía hoy se encuentran cuevas naturales, con las paredes cubiertas de toscos dibujos de animales prehistóricos, y rebuscando en ellas, pueden descubrirse hachas de sílex, puntas de flecha de pedernal, acaso algún silbato de hueso con figuras grabadas de mamuts o de caballos salvajes. El hombre sabía pintar, conocía la música y la escultura, y todavía no había aprendido a hacerse una morada.

LA PRIMERA CHOZA

Indudablemente, la primera manifestación del talento arquitectónico del hombre, consistió en agrandar la cueva. Acaso ésta no era más que una oquedad que había que completar y cerrar de alguna manera, y para ello se apeló al recurso de amontonar troncos, entrelazar ramas hasta formar una pared. Esto fué para el hombre una revelación, porque le permitía vivir independiente de la obscuridad de la caverna. Hizo de ramas todas las paredes, y obtuvo la choza, suerte de edificación casi tan antigua como la humanidad, y que, sin embargo, subsiste todavía.

Donde no había árboles, se buscó algo que sirviese para formar tabiques, y ese algo fueron pieles de animales, tendidas bien o mal sobre unos cuantos palos.

Debemos saludar con respeto a la choza de pieles: ella es la madre de la tienda del beduino y de los antiguos patriarcas, la abuela, por consiguiente, de la tienda de campaña, morada del soldado y del explorador.

LA VIVIENDA AEREA

Donde abundaban las fieras sintió el hombre la necesidad de ponerse fuera del alcance de ellas, y del de sus enemigos. ¿Cómo? Subiéndose a los árboles y subiendo con él sus chozas. Una cabaña en las ramas de un árbol, fué tal vez la primera fortaleza. Todavía hoy, existen gentes que viven al nivel de los pájaros. Ciertas tribus igorrotes de Filipinas, los indígenas de Nueva Guinea y otros pueblos salvajes, construyen cabañas en lo más alto de los árboles, para ponerse en salvo en caso de guerra. Una escala de bambú, que puede quitarse desde arriba, sirve para llegar a la habitación aérea.

UNA TRAGEDIA LACUSTRE

La navegación vino a dar un nuevo aspecto a la arquitectura primitiva. Al construir la primera canoa, el hombre vió un nuevo medio de ponerse fuera del alcance de sus enemigos y de los animales dañinos: irse a vivir en medio del agua. Troncos enteros, hincados en el fondo de los lagos, formaron series de pilotes, sobre ellos se tendieron plataformas de troncos más delgados, y encima se edificaron una, dos, tres chozas, una aldea entera de cabañas lacustres. La existencia de esta arquitectura acuática en los tiempos prehistóricos, no fué conocida hasta el año 1853, cuando habiendo bajado de un modo anormal las aguas del lago de Zurich, se vieron aparecer vestigios de habitaciones.

Lo más curioso fué, que estas habitaciones manifestaban haber sido destruídas por un incendio, y entonces pudo reconstruirse la terrible escena del último día de la ciudad lacustre. Es todo un drama de la ferocidad del hombre primitivo. Mientras los habitantes del lago dormían tranquilos, confiando en la protección del agua, llegaron a las orillas los enemigos, recogieron barro, y modelándolo en forma de bolas, hiciéronlas cocer al fuego de las hogueras. Cuando estas bolas estaban incandescentes, diestros honderos, las lanzaban sobre la paja seca del techo de las cabañas. El fin de una ciudad de aquellas, por una combinación de dos elementos opuestos, el agua bajo los pies y el fuego en el techo, debió ser un espectáculo horrible.

También existen hoy pueblos lacustres. La mayor parte de la población de Nueva Guinea, vive exactamente como los primitivos habitantes del lago de Zurich, y el mismo género de vida siguen los indígenas del lago Maracaibo. Cuando los descubridores españoles vieron a estos indios en sus casitas elevadas sobre pilotes en medio de las ondas, pensaron hallarse en una Venecia en miniatura, y llamaron al país Venezuela.

CUANDO YA HICIERON CASAS

En vista de que ni aun el agua era protección suficiente para la casa, resolvió el hombre tornar a la morada de roca, pero en vez de meterse de nuevo en cavernas, tuvo la idea de construir por sí mismo su guarida, amontonando piedras sobre piedras y rocas sobre rocas. Tales fueron los orígenes de esos monumentos que llamamos megalíticos, de los dólmenes, de los talayots y las navetas baleares. Pero también aquí surgió una dificultad; la de que no en todas partes se encontraba piedra a propósito para estas construcciones; pero pronto encontró con qué sustituírla. El esquimal, por ejemplo, amontonó en vez de piedras huesos de ballena, y en las regiones más septentrionales cortó bloques de nieve helada, a modo de ladrillos, que fué colocando unos sobre otros hasta hacer una pared y una casa entera. El contraste entre el calor del fuego encendido dentro y el frío del exterior, endurece de un modo extraordinario los muros de nieve helada.

Por fin, andando el tiempo, el hombre trató de imitar la piedra como mejor pudo. Observó que la tierra mojada, al secarse con el sol, se endurecía, y cogiendo tierra, la amasó con agua y la puso al sol o al fuego, obteniendo así, el adobe y el ladrillo. Ahora sí que tenía un material resistente, barato y fácilmente manejable para perfeccionar lo que había empezado siendo cabaña de ramas y tosco hacinamiento de piedras. El hombre dominaba ya la madera, la piedra y el ladrillo. Entonces hizo la primera casa.

Motivos NORTEÑOS



TILCARA (JUJUY).—Puente metálico que une la estación del F. C. C. N. A. con la villa veraniega. Dicho puente, tendido sobre el caudaloso río de Tilcara, mide una longitud de doscientos metros.



Una calle de la colonial y aristocrática población veraniega de Tilcara.



LOS ANDES.—Tropa de llamas a la espera de ser utilizadas para el transporte de cargas con destino a San Antonio de los Cobres.



La histórica iglesia de Tilcara, construída por los españoles en la época de la colonización de América.

Fots. de Luis A. Posse y F. B. Niemann.



AUDICION POETICA DE EDDEF





A la izquierda: la señora Ernestina Desimone de Fernández (Eddef), eximia poetisa chilena, que acaba de dar una audición poética en el teatro Smart, obteniendo un señalado triunfo artístico.—A la derecha: vista parcial de la sala teatral, durante la realización del acto.

FRAY MOCHO EN TUCUMAN



El gobernador de la provincia de Tucumán, doctor Miguel M. Campero, y el presidente del senado, doctor Pedro Cossio, durante la lectura del mensaje ante la asamblea legislativa.



Miembros de la legislatura tucumana, escuchando la lectura del mandatario provincial, en el acto de la apertura del período de sesiones ordinarias.

Fots. Victorio Saccone.

Los efectos del tornado que azotó cinco estados de la Unión Americana















1 — Escenas de una devastación tan terrible como la de la guerra. Soldados transportando una mujer herida al hospital de campaña establecido en Murphysboro. En la zona barrida por el tornado que cruzó los cinco estados del centro occidental de Illinois, Indiana, Tennessee, Missouri y Kentucky, ocasionando 800 muertos, 3.000 heridos y dejando sin hogar a más de 15.000 personas.

2 — Un vagón llevado por la fuerza del huracán a más de cincuenta pies de las vías.

3. — **Centinelas de un hogar destruído, reunidos e indemnes, después de haber pasado la furia del tornado por la población de Murphysboro.**

4. — La calle principal de Griffin, Indiana, devastada por el tornado. En pocos minutos una ciudad próspera quedó convertida en un cúmulo de escombros.

5. — El doloroso inventario: sobrevivientes del tornado tratan de recuperar, entre los restos de sus hogares, algo de lo que no fué destruído por el tornado.

6. — Un capricho del huracán: una casa arrancada de sus cimientos y precipitada entre los árboles desgajados, conserva intactos los vidrios de sus ventanas.

7. — **Las ruinas de Griffin, ciudad en que, a consecuencia del tornado, pereció la décima parte de su población.**

LOS AVESTRUCES BLANCOS Y SU CRIADOR



Don Victorino Alday, el padre lírico-científico de los avestruces blancos.—Fotografía obtenida por las educadoras señoritas María C. Galárraga y Arminda Videla.

Para "Fray Mocho".

Parece que en ciertas ocasiones tuviera la naturaleza sus caprichos, si es que éstos no son fugaces ostentaciones de su capacidad.

La atinada observación del hombre estudioso o del intuitivo amante de lo bello, puede hallar un punto de partida para fijar un tipo o una variedad insistiendo allí donde sólo se produjo una excepción o un error del enigma vital.

No muchos, pero si algunos han visto un tordo blanco o un chingolo negro... Antes que don Victorino Alday, también no muchos, sino algunc había visto una "charita" blanca. Pero acaso con más ínfulas científicas, a ese "alguno" jamás se le ocurrió fijar un tipo, seguro de que la "rara avis" albínica, por ley fatal del atavismo daría prole mora rigurosamente pigmentada.

He aquí como el dogmatismo científico, pretendiendo ser más naturalista que la naturaleza, pretende atar las alas o los designios de la creación.

Don Victorino Alday, por impulso de su curiosidad, no sin vivaz perspicacia criolla, hizo así: Fecundó a una charita blanca con un macho cualquiera, resultando, de la postura, un *ñandú*, *surí* o *choyke* (Rhea americana) de plumaje apenas más claro que los comunes. Con ojo experto retiró este ejemplar de la cuadrilla, y en la primavera siguiente lo desposó con la madre, repitiendo en las zancudas aludidas la horrible tragedia helénica de Edipo, y—¡ah, maravilla!,—un huevo dió la ofrenda soñada de una Antígona corredora con dos plumas de armiño en un alón.

Superando a Sófocles, en sus combinaciones dramáticas, y cual si jugara a ciegas una partida cualquiera con el misterio de la existencia ovípara, don Victorino hizo que el nieto engendrara en la abuela, cual si para destruir la morisca fuerza ancestral recurriera, en sentido inverso, a la casual fuente albínica. Y esta vez triunfó. De una sola saca obtuvo cinco avestruces blancos. El tipo quedó fijado. En adelante, por los siglos de los siglos, habrá avestruces blancos forjados en Dolores de Buenos Aires, los que, tal como los duraznos de *Lima*,—creados también allí por ley del azar y la voluntad de un quintero,—se llamarán por antonomasia *"avestruces Alday"*, *"aldayensis"* o como rece el cartel latino del zoólogo clasificador que se avoque al asunto.

Cuando nos alejemos o distraigamos un poco de los festejos rememorativos de los centenarios épicos, y levantemos un monumento al arado que labró los campos o al primer toro del adelantado Mendoza que fundó la más poderosa industria pampásico-argentina, también podrán tener su pedestal los duraznos de Lima y los choykes de Alday... Tal vez en el presente amanerado se frunzan cien bocas en maliciosas risas. ¿Qué importa? Las obras que no son charlas hueras, pregonarán siempre sus famas eternas a despecho de la modestia de sus autores.



Contemplando "su" obra en marcha...

Don Victorino Alday, nacido en Chascomús el mismo día y año que se daba la batalla de los Libres del Sud contra las fuerzas de Rosas que habían llegado del Tandil al mando de su hermano Prudencio, es hijo de un médico del ejército español, hecho prisionero por San Martín en la batalla de Chacabuco. Ha sido estanciero rico, y hoy, por su generosidad y la traición de los malos amigos, vive poco menos que en la miseria.

Don Victorino no necesita ni reclama nada, ahora. Está radicado en Dolores. Disfruta de sus recuerdos, rodeado de las simpatías de la población. Tiene muchas cartas y papeles interesantes que guarda y muestra con cariño, entre ellas, una del que fuera príncipe de Gales y después rey Eduardo VII de Inglaterra. Es una hermosa carta de agradecimiento por el envío que Alday le hiciera de una yunta de avestruces blancos para sus parques.

A mí me ha regalado menos, Alday, y acaso le he escrito, por afecto, más largo y sentido que el mismo rey aquel.

Un día me regaló una paloma de monte. Antes de que ésta cantara,—cosa que, con una perspicacia de dama que no se enamora por completo de las ficciones de su poeta, me describió el sagaz viejo, sabedor que el animal no canta, si no después de mucho tiempo al cambiar de querencia,—le envié con la siguiente esquela los versos que van a continuación para dar fin a este relato: "Muchas gracias por la paloma de monte (torcaz o torcaza) con que me ha obsequiado. Hoy ya cantó con las nostalgias del sauzal y sus quejas para el amante ausente. Las armonías de su canto se metieron en mi espíritu y se tradujeron allí en las coplas que le dedico y envío con aprecio".

PALOMA DE MONTE

Paloma de monte, ayer,
cantando tu canto triste,
a mi corazón hiciste
muchas páginas rever.

Cruzó veloz por mi mente
mi niñez casi olvidada
huyendo de la enlutada
vejez siempre impertinente.

Una canción del boyero
en mi oído resurgió,
y mi emoción imitó
un galopar tesonero.

Creí ver en lontananza
del pago el lindo horizonte
y en la espesura del monte
el chajá de mi esperanza.

Allí el hogar que robaron
los hombres falsos y fieros,
y los jueces con sus fueros
que nada nos repararon...

Mas, las huellas del camino
por donde fuimos llorando
parece que aun van cortando
campo detrás del destino.

Paloma gris como el cielo
cuando Dios está indeciso:
me has puesto en el compromiso
de imitar tu raudo vuelo.

Paloma gris como el prado
cuando la neblina es fuerte:
para mi goce, la suerte
esta vez te ha encarcelado.

Paloma gris como el viejo
que en mi obsequio te aherrojó,
porque en tu destino vió
de su existencia un reflejo:

El también tuvo su nido,
su pingo y hasta su prenda,
y hoy, descorrida la venda,
ve que un sueño todo ha sido.

En donde antes fué dichoso
chista ahora la lechuza
y la infiel luz mala cruza
turbándole hasta el reposo.

Los amigos se alejaron
al ver las arcas sin cobres...
¡Para qué sirven los pobres!—,
acaso reflexionaron.

Hoy ¿para qué la piedad
ha de asomarse a esa puerta
donde con la boca abierta
brama el león de la verdad?

Y la verdad cuando insulta,
cuando muerde o cuando pega,
es más brutal y más ciega
que un golpe de catapulta...

Perdió el buen viejo el pelaje,
más su dinero y su rol,
pero no el garbo español
de su remoto linaje.

Por el azar de las cosas,
en Chascomús,—hace rato,—
fué Alday soldado "nonato"! (1)
que combatió contra Rosas.

Paloma gris: canta o llora
en tu cruel jaula de acero,
que acaso tu compañero
llegue al despuntar la aurora.

Paloma gris: Así todos
discurrimos *sotto voce*
hasta que envuelto en la noche
baja el mal por sus recodos.

Tú tienes para un evento
el ala siempre plegada...
Y nosotros nunca nada
tenemos contra el tormento.

Tienes los duendes del bosque
en tu garganta metidos,
por eso es que sus ladridos
al oírte lanza el gozque.

En mi semigaucho empaque
repercute tu armonía
que pone con herejía
a mi corazón en jaque.

Te oigo y quisiera llorar
porque me muerde el pasado
con su diente envenenado
de rabioso y cruel jaguar.

Te oigo y quisiera reír
para engañar al dolor
que redobla su tambor
sobre el lomo del vivir.

Yo quisiera tu plumaje
para entibiar mi nidito
donde mi amor sin delito
me ha hecho emperador y paje.

Paloma que el viejo Alday
cazó; montaraz paloma:
yo no entiendo de tu idioma
otra voz que esta: "¡ayayay!"

¿Sugieres alguna pena,
o alguna burla machacas,
como esas toscas matracas,
con pretensiones de quena?

Paloma gris: llora o canta
con tus notas o las mías,
que si admiras mis poesías
yo admiro más tu garganta.

Tú quisieras ser poeta;
yo quisiera ser paloma...
¡Ansia que va como en broma,
traspasa como saeta!

Quién sabe no eres princesa
por metempsícosis rara,
que en tu canción siempre cara
reclamas una promesa.

Y el príncipe que te adora
mordido por la pasión,
quién sabe no es el halcón
que te ronda hora tras hora.

Paloma gris, el dolor
siempre aplica este elixir:
"El amor, para vivir;
"para morir, el amor."

Tu canto que es parecido
al amor en su embriaguez,
nos hace alegrar. Después
nos hace llorar seguido.

Ya no te has de ir al sauzal,
pues soy tu rey y te mando
que sigas siempre llorando
para amenizar mi mal.

Y sólo para una cita
con Alday,—tu caburé,—
mañana te soltaré
con un hilo en la patita.

Juan Manuel COTTA.

(1) Don Victorino Alday fué herido pocas horas antes de nacer, por una bala perdida, durante la batalla de Chascomús (1839), según él cuenta con satisfacción de héroe. Toca averiguar el caso histórico-médico-militar, etc., a los historiadores modernos.



REGATAS ORGANIZADAS POR L'AVIRON CLUB, EN EL TIGRE



Un grupo de concurrentes a la fiesta náutica.



J. B. Bond, E. H. Laspé, O. J. Ragont, A. Turrón y J. Tribolitich (timonel), ganadores de la carrera "Novicios Tour".



Señorita N. March Davel y señores I. March Davel y J. Tribolitich, tripulantes del bote vencedor en la prueba "Doble par mixtos".



Un interesante núcleo de familias invitadas, presenciando las regatas.



Vista parcial de la concurrencia que asistió a las pruebas.



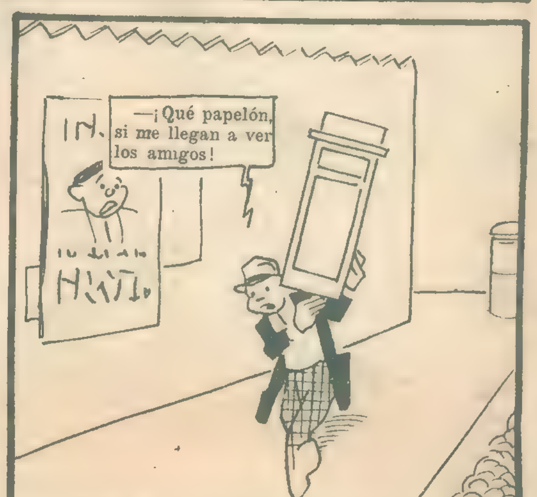


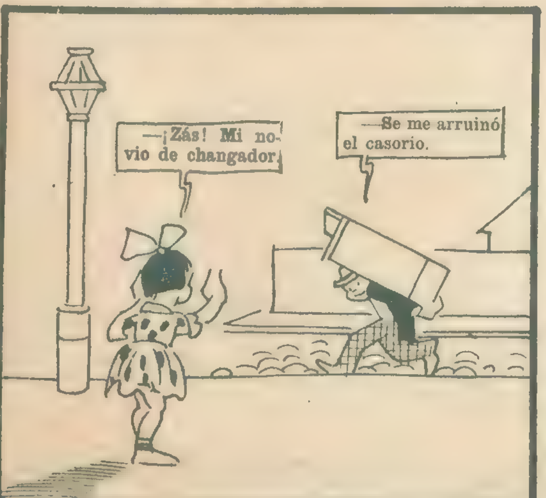
PAGINA INFANTIL

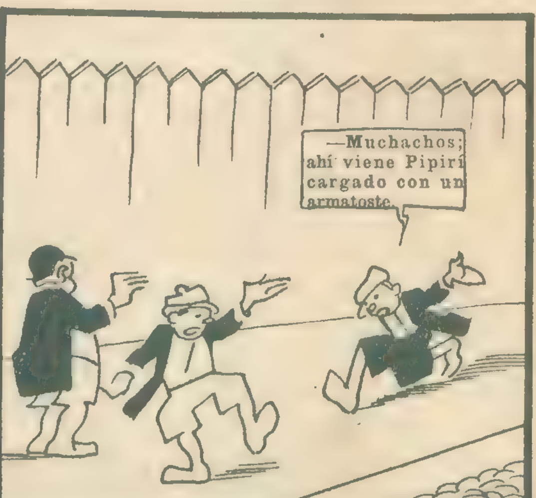
Aventuras de Pipirí, por Blay

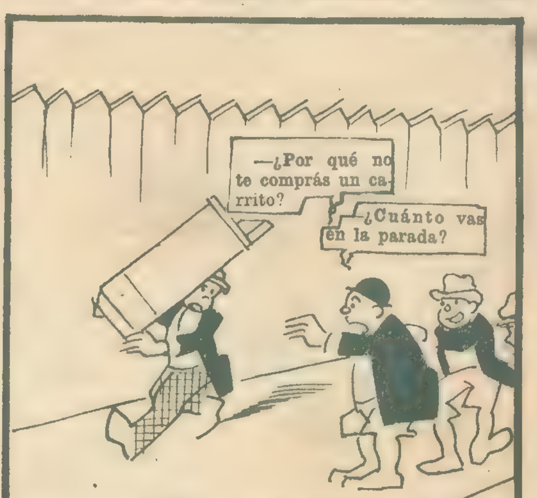


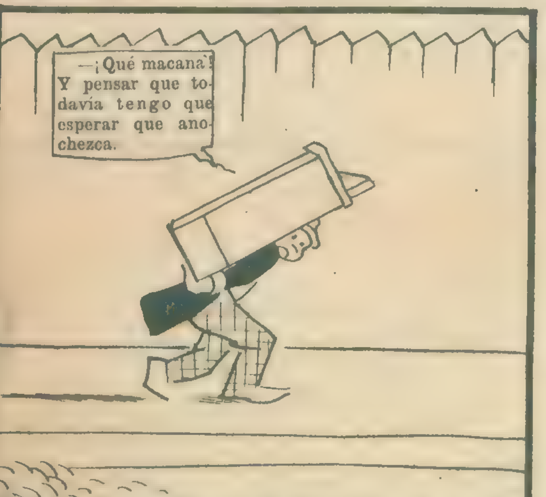






















VIDA PERIODISTICA



El señor Enrique Noriega (×), administrador de nuestro difundido colega "Crítica", a bordo del vapor Pan American", acompañado de las personas que fueron a despedirle, momentos antes de zarpar rumbo a Estados Unidos, donde adquirirá nuevas maquinarias para la imprenta del citado diario.

CONCIERTOS



Señor Luis Verón, notable concertista de guitarra, que acaba de dar una audición en el Círculo de la Prensa, obteniendo un señalado éxito.

UN ZOOLOGICO FLOTANTE



El arca de Noé llevaba una pareja de cada especie, y el "Wyoming", unidad de la escuadra norteamericana, actualmente en maniobras, no transporta más que un ejemplar. Los tripulantes ostentan, orgullosos, las mascotas de la nave: un perro, un loro, un mono, una marmota, un gatito y otros animales extraños.

De nuestro mundo comercial



Señor Eugenio Mellone, ex gerente de los frigoríficos Argentino y Wilson, que acaba de ser nombrado gerente del Mercado General de Haciendas, de Avellaneda, institución comercial formada entre el gobierno de la provincia de Buenos Aires y la Bolsa de Ganados.

Un nuevo ahijado del presidente de la República



El señor Ramón Cabezas, que, en representación del presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, apadrinó, en el acto del bautizo, al séptimo hijo varón de los esposos Strefken-Triay, al cual se impuso el nombre de Eduardo. — Aparecen, además, en la fotografía, los hermanos de éste, sus padres y varias de las familias que asistieron al acto.

TEATROS



La bonita actriz del teatro Apolo, Adhelma Falcón.

Demostración al Sr. Herman Lehmann



Grupo de compañeros de tareas del señor Herman Lehmann (×), de la Compañía General de Fósforos, que le obsequiaron con un banquete con motivo de su viaje a Europa

Policía de la capital



Señor Pedro S. Galup, recientemente ascendido a subcomisario de policía de la capital federal.

FIESTA FAMILIAR



Parte de la concurrencia que asistió a la fiesta ofrecida por los esposos Paolino, en su residencia particular, festejando un acontecimiento de familia.

LA ESFINGE

Por

Angel de ESTRADA

De pie sobre la loma de Gizeh, divisamos allá en el fondo el Nilo. Bosques de palmeras, de acacias y sicomoros se yerguen en torno de su sonrisa azul, transformada por el sol en gloria que canta. Y después, una alfombra verde, con todas las bellezas de la riente fecundidad, se tiende y toca los montes de Mokatam, que la tarde empurpura.

Mirando al Nilo, no se piensa en el grito siniestro del Dragón: "El río me pertenece". Se le ve deslizarse con serena majestad y óyese el ritmo de las manos, y el alegre himno al son de las arpas de otro tiempo. Se le cree aún colmado del mensaje lisonjero de los papiros, porque es "el dios de la riqueza que adorna la tierra, y hace prosperar los barcos a la faz de los hombres, y vivifica el corazón de las mujeres encinta, y ama la multiplicación de los rebaños". Y es tal su belleza al ofrecer, con sus crecientes, a los dioses y a los hombres, hoy como cuando era Hapi, "todas las cosas buenas, dulces y puras", que se imagina que Thales de Mileto, mirándole, reconoció el agua como primer principio de la vida. Y es tal la transparencia del ambiente en aquella región, con la onda tibia de su ligera caricia, que se piensa que Anaxímenes debió de encontrar allí ese mismo principio en el aire. Los Mokatam, con su púrpura, recuerdan la revelación del alma, hallada por Heráclito en el fuego; y así el Nilo, con su cielo y con sus montes, en la calma majestuosa del paisaje, evoca un soplo que pone en el Egipto una armonía encantadora del espíritu griego. Y el día, fatigado de su propio esplendor, contento de su propia hermosura, va extinguiéndose sobre la cuna de la más vieja civilización, como si—más que en otras partes—hubiese sido juvenil y divino.

En la loma empieza el desierto y estamos como en el fondo de un mar seco. Las arenas amarillentas en el reflejo de la tarde ondulan sobre las rocas que a un lado se yerguen. Allí toda vegetación está substituída por algún escuálido camello, cuya silueta, con su aire de somnolencia, es como encarnación del monótono hastío del arenal. A otro lado aparecen restos de sepulturas, y los fragmentos del templo, y la magnificencia decaída de las Pirámides, que con su influjo, han hecho misteriosa la neta y seca perfección de los triángulos. El sol se ha puesto resplandeciendo en una cara de la Keops. Toda ella se espeluzna después de perder el pulimento de sus lisas superficies, con piedras, dientes formidables, que muerden la nitidez del cielo. Da la sensación de que leyes imperiosas encadenaron en su forma una fuerza que, encarnada en inmovilidad absoluta, hoy se ha estremecido con salvaje vida, antes de la inevitable muerte.

Con la de Keops, la pirámide de Khephren y la de Menkeouré, forman dos espacios. Entre sus cumbres, el cielo, amortiguando la intensidad del color, aparece solemne, impregnándose de la muda majestad que sube del desierto. Y bajo la bóveda, el horizonte tiene un amarillento vibrante, como si fuese encendido por el mar de arena. El sol, al acostarse en ese lecho, envolvióse en partículas de oro, y su resplandor, levantándose, es como un haz de rayos deshaciéndose en polvorientas centellas. La luz poco a poco purifícase, y es en lo alto más diáfana, aunque menos viva.

De los dos espacios entre las Pirámides, uno se lanza infinito a perderse en el desierto, y otro parece avanzar confundiéndose con la Esfinge. La atmósfera de ese fondo toca al coloso, le circunda, y en su deterioro de siglos, quiere con cincel inmaterial y penetrante, volverle en un minuto su integridad antigua. El sol, al caer, vibra en las alas de su cabeza. Así, al despuntar de la aurora y al morir de la tarde, la Esfinge es la cuna y el sepulcro del día.

El resplandor del horizonte palidece y ella cobra una inmovilidad más profunda. Su nariz no se divisa ya. La pata enorme, que aún surge, se envuelve en la sombra, y la otra se hunde en la arena. Tal se sienta, en su desolación, sobre la infecundidad que no admite un grano de trigo, y sobre la sombra que habla del misterio de la muerte. Los ojos viven en las vagarosas cuencas, y las pupilas flotan en dos lagos profundos, donde el pensamiento se abisma, mientras se borra la indefinible y dulce sonrisa de sus labios. Entonces empieza a reinar con el cetro formidable del misterio.

Nunca estatua alguna tuvo pedestal más grandioso; pero jamás tampoco obra de hombre respondió mejor al escenario. Ha perdido casi todo aquel matiz rojizo que cuenta Próspero, y que la animaba cual si la aurora estallase en sus venas; su nariz está rota; su cuerpo colosal hay que adivinarlo en su informe masa descantillada por los siglos. A veces se la cree un fabuloso esqueleto y ni la hiedra piadosa, triunfal, joya de las ruinas, le ofrece su melancólico encanto. No importa. Quédanle intactas: la frente, un templo; los ojos, una lámpara; la sonrisa, una flor del alma invisible; y su materia, como la arquitectura de la Jerusalén Celeste, está viva, porque tiene inteligencia.

Es un peñasco transparente en león con todos los vigores de la naturaleza. Si se piensa en un árbol que lo acaricie con su ramaje, hay que evocar el más alto cedro del Líbano. En tanto, el felino que clava sus garfios en el roqueño asiento, se transforma con cabeza que tiene en los ojos el triunfo del alma humana. Por eso la robustez del tronco y la sonrisa de la flor, refléjase en su vida. En su historia se funden el rayo puro de sol y el cenagoso limo convertido en divina sabia. Y si su cuerpo busca la sombra de un centenario cedro, su rostro adora la de una joven datilera elegante y flexible. El cielo está arriba, el desierto al frente, y más allá el oasis del Nilo. Pero son su sonrisa y la expresión de su mirada, las que forman un abismo, donde se resume la grandeza del desierto, la fecundidad del río y el esplendor del cielo. Después todo eso se vela en la profundidad del enigma.

La bóveda sigue ennegreciéndose y oprime en el límite del desierto el fulgor del horizonte, que, en vez de apagarse reconcentrado, refulge. Entonces las Pirámides avanzan y la Esfinge retrocede, y violentamente esculpida, se destaca como un espectro del crepúsculo. Su cabeza domina; los mastabas, atrás, al borrarse, abrigan la desolación del yermo. Y ella, al perfilarse entre las Pirámides, que netas en el postrer moribundo fulgor, la custodian, parece velar de los Faraones las tumbas profanadas.

Su rostro desaparece del todo, pero su sonrisa está ahí, y se quiere penetrar la sombra y descubrirla, y no desvanecer el velo, pero sí hacerlo transparente, para saber cómo es en sus ojos el sueño. En tanto, sus alas en la cabeza, que con las aristas de las Pirámides encuadran la final vislumbre, ponen el fulgor como penetrando en sus oídos, y de esa luz que no ve ya, parece oír las últimas confidencias. Tales alas son las del gavilán, y recuerdan al sol, que la imaginación egipcia veía alado, levantarse hasta reinar en la altitud celeste. El coloso es imagen de Harmakhouti, el Horus en los dos horizontes, o sea el Sol iluminando los dos mundos. Fué de púrpura resplandeciendo como una nube de fuego; era un simbólico dios y altar del astro al reflejarlo con gloria. Era un canto de la piedra estéril misma, conmovida por el pensamiento, a la tierra fecunda. Pero la piedra habló de los amores de Nouit y de Sibou, de donde naciera Osiris, para pedir a las entrañas de su madre la mies, producto del esfuerzo, y la palmera, de grata sombra, para ver dorarse la espiga.

Allí recibe a los que traen en los ojos las verduras que hechizan el oasis del Nilo, y a los que van al oasis con la visión del desierto, sin un manantial donde se refleje el cielo para beber con su belleza la bendita frescura. Y asiste a la explosión de la fecundidad, sonriendo dulcemente con sus labios, mientras sus ojos serenos tienen el esplendor del cielo y el misterio del abismo. ¡El abismo!... El se abre a la primera pregunta del labriego. Entre las patas del coloso se levanta un altar, que recibe los dones del Nilo. El fiel, con la gratitud de la espiga que entrega, ofrece la humillación de su ignorancia. ¿Por qué la gota de rocío, llena de gracia sobre el ala del pájaro, es gota de amor en el seno de la tierra? ¿Qué es el germen, cuál es su secreto? La pregunta del africano primitivo, la hace el europeo de nuestros días. La Esfinge permanece muda. Y no fué ese su menor dolor, manantial, al fin, de insondable tristeza. Dios puso en su mente las llaves de la vida, y en sus labios el silencio de la muerte. ¡La muerte!... No sólo la estatua deja de ser, cuando se la interroga, el Sol de la fecundidad, para transfigurarse en enigma pavoroso. Por algo está entre el oasis y el desierto. Horus es algo más que el vengador de Osiris, con el renacimiento glorioso de la primavera, y hace pensar a las almas en inviernos quizá eternos, más allá del Nilo, en los flancos tenebrosos de la cadena Líbica. Por eso la vida que sonríe en los labios de la Esfinge, al llegar a su frente, se transforma en drama. Ese drama, con sus cantos y sus oficios, con sus dudas y sus temores, está narrado en "El libro de los muertos". Y el europeo de hoy, como el africano de entonces, balbucea la temible pregunta... El efecto producido por la estatua es tan intenso, que se hace casi supersticioso. Los griegos, los modernos, el Renacimiento, en los límites del genio; un mármol de Scopas, Rodín, Miguel Angel, da una sensación completada por el placer de la revelación de la Belleza. Pero la Esfinge ya no es obra humana. Se ignora quien la hizo. Anterior a la pirámide de Khoops, es el más viejo monumento del mundo. ¿Es la imagen de un semidios convertido en piedra, o es la obra del primer hombre, cuando aún tenía en los oídos el acento del Creador, al derramar la primera lágrima, y al ver su sombra, dibujando por la primera vez sobre la tierra un sepulcro? ¡Quién sabe! Pero el montón de escombros donde viven dos ojos, una sonrisa y una frente, nos conmueve con su grandeza y nos sugiere el pensamiento de que un día se animará para decir al hombre todo su destino.

Ved ahora al coloso en medio de la sombra. Respira al parecer con más holgura en la noche, pero no reposa como el desierto. Se comprende que bajo su frente jamás ha penetrado el sueño; su vida mental lo ahuyenta. Inmóviles ante él, parécenos que, de piedra, vamos a identificarnos con su inteligente inescrutable mutismo. La obscuridad lo reconcentra más. Debe de perseguir dentro de sí mismo la mirada con que afrontará, como desde principios del mundo, la siguiente aurora, para hacer pensativo el júbilo del día, y cambiar su claridad en misterio. Así, la Esfinge no es hoy sino una fuente de inagotable inquietud.

Ya el sol de las cosechas no se armoniza tanto con su fuerza; hay otra luz que encuentra un altar sobre su frente. Más allá del oasis dibújase un resplandor pálido que penetra el aire. El Nilo se cubre de nieblas iluminadas, que visten las leyendas de los Faraones y de los caudillos de Israel, de los filósofos griegos y de los conquistadores romanos, de los poetas cosmopolitas y de los califas árabes; y como si todo eso, en la tierra inmemorial del hombre, no pudiese engendrar sino luz de muerte, surge al fin la luna. El cielo cobra profundidades de infinito mar, donde bancos de nácar con su hermosura y montes de plata con su riqueza, no son sino quiméricos mirajes del diáfano vapor. Y sube el astro, pálido y sereno, magnífico como una reina, sagrado como una sacerdotisa; reina que trueca su manto triunfal de estrellas, por leves velos de errátiles nubes, en sus nupcias con el misterio y la melancolía. Y asciende sobre famosas ruinas meditabundas de hombres y de imperios, dejando escapar un espíritu, que ella simboliza cual saliendo de mastabas egipcios y de sepulcros árabes, con el recuerdo renaciente del antiguo existir, para colgarse en el cénit de la noche, y cruzar en su parábola por sobre la Esfinge, hasta hundirse en el hastío inmenso del desierto... Pocas veces, como ante este espectáculo, el influjo de la luna puede convertirse en febril angustia, capaz de ahogar la vida. La enfermiza imaginación se revuelve en el fondo de un abismo; pero el alma, a su vez, se eleva con el astro, y se hace oración ferviente,

y hallando vigor en su propia melancolía, se engrandece y se dignifica, cual si con los anhelos del viejo Egipto dejara un cuerpo, convertida en vibrante resplandor alado.

En el claro de luna se multiplican los aspectos de la noche. Cada hombre, cada camello y la Esfinge, encuentran sobre la arena su sombra. Entonces el alma del viajero dice: "Tu sombra se extiende más allá de las Pirámides, y fuiste el altar de la luz dorada. Fuente de fecundidad, bullir de los gérmenes, bendición de los cielos, te llamó la aurora, y los campos te invocaron para evitar la desolación del desierto. Amon-Ra y Horus encarnaban en tu piedra, lo que es torrente centelleante en el espacio, y único rayo huésped del inaccesible "secos" en el templo, y latido de amor en las entrañas de la tierra. Por ti resonaban los viejos himnos, proclamando que el trigo vale más que las piedras preciosas. Pero después te erigiste también en altar de la luna, que es el sol del alma en la noche desolada. El astro nocturno hace del germen melancólico en el espíritu, flor de tristeza, como el sol hace de la mies, espiga de oro. Su luz blanca convierte las realidades en quimeras que son sufrimiento, y las quimeras en realidades que padecen angustia. ¡Oh! Esfinge, tú eres el altar de las cosechas espirituales, y después de encerrar el misterio de la vida, encierras el misterio de la muerte, fundiéndolos en un abrazo, que te proclama temible y gloriosa..." Y sigue subiendo la luna, animándose con la plegaria del viajero, tal como ante los ojos del sacerdote de Menfis, o de la infortunada Nitetis al partir para Babilonia, o de Sesostris y Cambises, Alejandro o César, y como entonces, siempre pálida, sorda y serena.

La Esfinge, impasible como ella, alza la frente para recibir su lumbre, y a su influjo brilla como un astro del desierto. La sábana de arena sensibilízase atrás con el reflejo, y es el sudario que cuelga de sus espaldas pétreas. Y avanza el coloso otra vez, y las Pirámides retroceden, mientras en sus cúspides se encienden algunas estrellas. Las caras de los triángulos palpitan con el blanco fulgor, y dibújanse sus sombras, estirándose y avanzando como con la proyección de un duelo inmemorial, a cubrir los sepulcros cercanos. En el templo, los grandes y simples bloques colúmbranse hasta la interior hondura, de modo que la luz, bajando desde el espacio, hace sensible el desamparo de la extraña tristeza, que asciende desde el fondo de la tierra. Y la esfinge, en fin, cuando la luna cae perpendicular sobre los camellos dormidos, que ofrecen el cuello a las cabezas de turbantes blancos envueltos en mantos negros, surge en el quimérico, fosforescente esplendor, de su melancólica existencia.

El frío, casi fúnebre contacto de esa luz, vuelve el león, quizá por un contraste simbólico, el pleno triunfo de su forma, que le quita la gloria solar al iluminarlo decaído sobre sus bases degradadas. Las patas, animándose, salen del peñón y se hunden en la arena. El cuerpo desmesurado crece hacia atrás, en gruta que finge la sombra, de la ondulación de un médano. El fantástico bloque entero se humaniza. La luna resplandece en el pecho calcáreo, convirtiendo en fulgor lechoso, su ópalo casi áureo. La cabeza es de tiniebla rebosante de pensamiento que se petrifica soñando. Las alas del nimbo parecen abatirse, porque ya no necesita de ellas, para perforar con sus ideas el espacio. De su barba se desprende una sombra transportada que le cae sobre el pecho. Y sus ojos maravillosos se abren, se dilatan sobre sus labios, cuya sonrisa estremece a la luz misma que los baña.

La Esfinge, así animada, inquietante en la inmovilidad de su grandeza, es avasalladora. Evoca los pasados siglos y sueña con ellos, y habiendo sido hija del Sol en otras edades, responde al himno del alma de hace un instante, para decir que, bajo la luna, revela su espíritu; y ese espíritu saliendo al rostro, la esculpe con un transporte último y supremo. Entonces resplandece con el misterio de su doble encarnación; y el principio y el fin de las cosas y la Muerte realmente se tocan y se confunden en sus miembros.

Se pierde la noción de la realidad, y los hombres acostados entre los camellos, se antojan viajantes de los cuatro vientos del horizonte. Cansados de pedir inútilmente su secreto, se han dormido al pie esperando que en el sueño, algún prodigio, de los que conmovían a Menfis, Heliópolis o Philæ, levante un viento y se lleve el velo de la evocada Isis, dejándola desnuda, con el soplo de una ondulación divina. La Esfinge sigue creciendo; sus sensaciones se aguzan y agigantan; es una visión sobrenatural que encierra toda la ciencia, pero a quien la misma intensidad del pensamiento le ahoga la palabra. Magnifícase, y sobre su cuerpo de piedra se libra una batalla de sombras. Se las ve transparentes llenar los espacios, diáfana emanación de los espectros invisibles, y pasan por sobre las Pirámides y pueblan el desierto, y quieren con lo que saben ya, animar la voz de la estatua, y concluir en el alma del hombre con la devorante duda que los laceró en la tierra. Y la esfinge no siente siquiera ese silencioso tumulto de las aspiraciones de la Muerte pensando en la Vida y surge siempre inalterable, poderosa y muda, como el Misterio mismo.

Hay que despertar al guía y retirarse. La noche tranquila avanza; el cielo tiene más estrellas; la luna fulge impasible; sólo nuestro espíritu se siente como un infinito mar turbado. Pasan en enjambre las pasiones, las angustias, los dolores del rudo batallar de los hombres; y ensueños y poemas, anhelos y esperanzas de arte, sistemas filosóficos, conquistas de la ciencia, luchas sociales, todo parece lejano y sin sentido. No hay más ruta que el arenal, y una estatua mirando un oasis, que vela la vagorosa lejanía. Con emoción grave y profunda, se dice adiós a la enigmática, hasta que Psiquis libre, más triunfante que Edipo rey, pueda rozar con alas de luz las alas de piedra de su aureola. Y entonces, al inclinarnos sobre los lagos de sus ojos, persiguiendo el loto, símbolo en el viejo Egipto de inmortalidad, recordamos una colina, para no sentir el vértigo. Allí se yergue, disipando el temor que inquieta, la Cruz invisible de la errante criatura, que estremeció con su vagido a la Esfinge, hasta casi ponerle en sus labios la primer palabra!

Retazo de paisaje

Entre silbidos ásperos y roncos gritos
surgen las estaciones de los pueblitos:
cuando la jadeante locomotora
llega con su violencia negra y sonora.
Después, todo se calla como dormido,
tras el convoy que parte, que al fin se ha ido;
y aparecen desiertos los dos andenes
esperando que arriben futuros trenes.

Yo no sé por qué causa, ni por qué arte
nos llena de congojas un tren que parte.

La estación, que resulta pesada y lisa,
para lo más estricto se hizo de prisa;
y cuelga en el alero, desde un tirante,
la pequeña campana cronovibrante.
Cuando la levantaron a campo abierto
parecía perdida sobre el desierto:
y el pueblito, que ahora la juzga chica,
en profusión de pólipo se multiplica.
Tiene un cordón de sauces muy bien cuidado
y los gorriones cantan en su tejado.

El sol de mediodía, como en un tajo
cae, materialmente de arriba abajo.

Yo no sé por qué causa, ni por qué arte
nos llena de congojas un tren que parte...
Bajo su gorra negra muy galoneada
un hombrecillo grita con voz airada;
luego torna el silencio que se amodorra
detrás del hombrecillo bajo su gorra.
Y bordeando la vía, cuyos reflejos
el recodo lejano borra a lo lejos:
un paisano galopa la carretera
con sus perros, que llevan la lengua afuera.

Ernesto Mario BARREDA.

El sueño del niño, por el doctor W. SCHWEISHEIMER

Un niño dormido fué siempre el encanto de todas las almas capaces de sentir todavía una emoción delicada. Innumerables pintores han retenido en sus lienzos esa conmovedora impresión de la inocencia y de la confianza en la custodia materna. Toda madre se siente indeciblemente dichosa al ver cómo su hijito duerme plácidamente, sonrosadas sus mejillas y cerrados sus puñitos, acumulando nuevas energías vitales para crecer y desarrollarse.

Perturbar innecesariamente el sueño de un niño se considera con justicia como un acto brutal. Robar al niño sus horas de sueño, tal vez por vil interés, aprovechando sus escasas fuerzas para aumentar los ingresos de la familia con mal pagados trabajos caseros, es un crimen de lesa humanidad. Para el bienestar y sano desarrollo del cuerpo infantil es más importante un sueño suficiente que una buena alimentación.

Durante el sueño experimentan las funciones de la vida orgánica una fuerte depresión y el desgaste fisiológico se reduce a la cuarta parte de su intensidad en estado de vela. Esta ganancia en energía se utiliza para el crecimiento y para la reparación íntegra de todas las fuerzas vitales. En la primera mitad del segundo decenio de la vida, es decir, en el período de la pubertad, son particularmente grandes estas diferencias entre la asimilación diurna y la nocturna. Niños que duermen mucho se contentan con una parva alimentación. Precisamente en los años en que los chicos frecuentan la escuela, conviene no escatimarles el sueño. Si se les impide satisfacer esa necesidad de dormir mucho, sufre el proceso de la nutrición por abundante que sea la comida. Prolongar el sueño conserva el equilibrio corporal mejor que una excesiva alimentación o la administración de aceite de hígado de bacalao, de medicamentos, etc. Aumentar las horas de trabajo a costa del reposo es muy peligroso en la edad escolar de los niños.

La duración del sueño depende de la edad. El niño recién nacido duerme noche y día, prescindiendo de los breves intervalos que requiere la alimentación. Veinte horas constituyen el tiempo normal para esta primera fase de la infancia. Gradualmente baja este tiempo a 11-12 horas por la noche y 1-2 horas durante el día. Indicaciones más exactas serían de poco valor práctico.

La profundidad del sueño llega a su máximum 1 ½ ó 2 horas después de dormirse el niño, para luego aminorarse paulatinamente e intensificarse de nuevo en la madrugada antes de relajarse definitivamente. Czerny ha averiguado que la profundidad del sueño infantil depende del cambio térmico entre el organismo y el medio ambiente. Niños de pecho, que por lo demás dormían muy bien, no consiguieron conciliar el sueño por horas enteras cuando no estaban cobijados. Niños bien tapados durmieron mejor y por más largo tiempo que otros insuficientemente resguardados del frío.

La epidermis de los niños dormidos estaba cálida y húmeda cuando el sueño había llegado a su primera fase de profundidad y se notaba claramente un aumento de la transpiración cutánea. La intensidad de esta transpiración va paralela con la mayor o menor profundidad del sueño y sirve evidentemente para impedir que éste adquiera el carácter de narcosis. El descenso de la temperatura durante el sueño—se sabe que al despertar siempre se registra el mínimum térmico—coincide con la pérdida de calor producida por la transpiración de la dermis. No siempre será esta última tan fuerte que resulte un sudor. Prácticamente parece indicado no tapar los niños demasiado al acostarlos y cobijarlos con una a dos mantas más cuando estén dormidos—como toda madre sabrá por propia experiencia.

Para chicuelos hasta la edad de seis o siete años es la siesta una efectiva necesidad. En el segundo y el tercer año de su vida no ha de durar más que una o dos horas. En el quinto año ya no se siente tanto esta necesidad y los niños se alegran a veces cuando no se los obliga a dormir; pero al día siguiente les suele ser muy grato el descanso postmeridiano. No precisa que el sueño sea muy profundo y hay niños a quienes basta un simple reposo en el sofá.

No es recomendable prolongar demasiado el sueño diurno, que nunca debiera pasar de dos horas. Si se excede este límite dormirá el niño mal por la noche. Muchos niños de 4, 5 ó 6 años pretenden no poder dormir durante el día, aunque su constitución evidencia esta necesidad. Pero, cuando se los obliga a acostarse, se desvanecen en seguida las ideas que los mantuvieron despiertos y los chiquillos se duermen casi instantáneamente. Es cierto que hay niños de esta edad que de día no se adormecen. En este caso sería un error atenerse estrictamente a la teoría expuesta, y no hay más remedio que dejar despiertos a los nenes, a no ser que se consiga hacerlos dormir la siesta cada segundo día. Precisa considerar la individualidad de los chicos, y sobre todo conviene no consultar para nada la comodidad de las niñeras, que tienen el bien comprensible deseo de que la criatura quede "inofensiva" por algún tiempo. La obscuridad del cuarto favorece el sueño diurno.

Casi siempre se han de considerar como enteramente infundadas las quejas de las madres que afirman que les cuesta Dios y ayuda hacer dormir a sus hijos cuando se acerca la hora de acostarse. Generalmente se trata de una educación inadecuada o inconsecuente. Los niños no quieren separarse de sus juguetes y ruegan por eso encarecidamente que se les permita quedar un ratito más. Quieren de la madre una caricia y del aya un confite o cosa parecida, aunque todo eso no es más que un pretexto para aplazar el momento de ir a la cama. Los niños no sienten su cansancio por la gana de seguir jugando y escuchando, y su charla vivaracha engaña a los padres, que realmente creen que los pequeñuelos no conseguirán todavía pegar el ojo. Y, sin embargo, se duermen las criaturas en el acto tan luego como se las acuesta.

De ninguna manera debieran los padres dejarse conmover por las súplicas de sus hijos, porque todo desvío de la norma establecida, particularmente en este terreno, es muy dañino para los párvulos. Palidez, neurastenia y denutrición serían las consecuencias inevitables de semejante lenidad. Precisa acostumbrar a los chicos a que se acuesten a la hora en punto sin réplicas de ninguna especie. Cuando ya han contraído el mal hábito de no querer ir a la cama con puntualidad hay que enmendarlos de una u otra manera. Generalmente basta un poco de energía, es decir, consecuencia en la observancia de la regla establecida, la cuidadosa evitación de cuanto pudiera distraerlos en el momento dado, pero jamás la aplicación de la férula. La supresión temporal del reposo diurno facilita grandemente esta obra educativa.

Se sobreentiende que la labor educadora no ha de degenerar nunca en pedantería burocrática. Pero, por regla general no debe permitirse a los niños asistir a tertulias o veladas; pues por la noche hay que evitar todo cuanto pudiera excitar la mente infantil para no retardar e inquietar el sueño. Naturalmente en casos aislados y raros, v. g., con motivo de un cumpleaños o de otra fiesta, no importa que los niños queden despiertos por una o dos horas más y nada se opone a que saluden a los huéspedes y charloteen con ellos. Los chiquillos se deleitan mucho con tales acontecimientos extraordinarios, y procurar ratos alegres a su prole es uno de los fines principales que buenos padres se proponen con su educación.

Como ya se ha dicho hay que eliminar todo lo que pueda impedir la facilidad o la quietud del sueño. Tales inconvenientes no son nada raros en el ambiente en que el niño vive y se mueve. Por ejemplo, una niñera que duerme en el mismo cuarto no apaga la luz por no tener ganas de interrumpir su lectura, o los sonidos de un piano atraen la atención del niño y le quitan así el sueño.

Desde un principio deben los chicos acostumbrarse a dormir en un cuarto obscuro. El miedo a la obscuridad es el fruto de una torcida educación y nada más. Las culpables en tales casos suelen ser niñeras o ayas que desconocen sus deberes pedagógicos o faltan a ellos conscientemente. Los cuentos de duendes y apariciones tienen raras veces su origen en el afán de las narradoras de hacerse interesantes. En la mayoría de los casos son estas consejas el producto de la pigricia y de la indolencia; porque amenazando e intimidando a los chicuelos con el bu del cuento se consigue generalmente que ellos hagan en el acto una cosa sin que sea preciso recurrir a la persuación o a molestas amonestaciones. Pero, este éxito momentáneo acarrea consecuencias nada deseables. Sería inútil considerar y sopesar psicológicamente semejantes tentativas de intimidación, que casi siempre obedecen al deseo de ahorrarse molestias. Por eso estaría demás apelar a la lógica de tales personas, sino lo mejor sería — ¡sit venia verbo! — aplicarles una fuerte zurribanda. Estos cuentos de espantos causan a veces daños irreparables en las almas infantiles.

Ningún instinto natural impulsa a los niños a temer la obscuridad; pero una vez que por influencias extrañas se les ha sugerido esta aprensión, tratarán los padres de desvanecer su miedo, pero sin regañar al chiquito o tratarle con dureza. Precisa estudiar el alma del niño, disipar sus preocupaciones y restablecer gradualmente el estado de ánimo normal, desequilibrado por la inatención o la ligereza de las sirvientas. El cariño de una madre inteligente conseguirá en este terreno mucho más que la habilidad del médico más experto.

El niño debe dormirse con pensamientos plácidos y agradables. Ni riñas ni disgustos han de amargar los últimos minutos que preceden el sueño, sino la fruición del mañana, el grato recuerdo del día pasado y el amor a los padres. Es un error creer que durante el sueño sólo el cuerpo crece; en este estado de absoluto reposo se desarrolla también el alma infantil, y mucho depende de la calidad del terreno en que brota esta planta tiernísima. Ni fastidio, ni irritación, ni penas deben estorbar el acceso al santuario del sueño sino la alegría, el cariño y la ternura han de iluminar el breve tránsito que media entre la realidad y los umbríos dominios de Morfeo.

UNA LEY DE LA EDAD MEDIA

El marido y la mujer en la isla de Jersey — Costumbres medioevales que asombran a un juez.

Los periódicos londinenses se han ocupado del extraño caso ocurrido hace pocos días en la isla de Jersey (Canal de la Mancha) con motivo de una ley que data de la Edad Media.

Una mujer presentó una denuncia contra su esposo, acusándole de que, después de una formidable borrachera, la había vendido por 20 libras esterlinas a un amigo suyo.

Éste, tomando la compra en serio, presentóse en el domicilio conyugal y ordenó a la esposa que le siguiera, porque era ya su legítimo dueño.

Ella despertó a su marido, que dormía pesadamente el sueño de la embriaguez, y le rogó que se levantara y expulsara de la casa a aquel individuo.

Pero el marido sentóse en la cama y repuso tranquilamente:

—Ese hombre tiene razón. Me ha dado 20 libras por ti. Márchate con él y déjame tranquilo.

Y dicho esto se volvió a tender y se quedó dormido nuevamente.

La pobre mujer, furiosa, cogió las tenazas de la chimenea y arrojó de la casa al extraño comprador, que se retiró gritando:

—¡Me han estafado!... ¡Que me den la mujer o mis veinte libras!...

El escándalo fué enorme, y la esposa vendida llevó a los tribunales a su marido, del que quería separarse, y a su amigo el comprador.

Pero éstos declararon ante el juez que su acto era completamente legal, y recordaron que en la isla de Jersey, según una ley de la Edad Media, las mujeres eran propiedad de sus maridos, y éstos podían hacer de ellas lo que quisieran, incluso venderlas.

El juez tuvo que reconocer que, efectivamente, esa ley había sido dictada, promulgada y puesta en vigor hace algunos siglos pero agregó que ya estaba en desuso.

Mas los dos compadres le pidieron que exhibiese la ley en virtud de la cual había sido abolida. Y el pobre magistrado no pudo hacerlo.

En vista de ello no se pudo castigar al indigno esposo ni a su amigo. Pero las autoridades de Jersey, para evitar que vuelva a ser vendida en la isla mujer alguna, han publicado un edicto declarando que en lo sucesivo la ley medioeval que concede a los maridos la propiedad absoluta de sus esposas carecerá de toda vigencia.

EL RITMO DEL ORO

Por

Carlos Aureliano MIRANDA

El escritorio yacía sumido en una media penumbra. Artemio y Ovidio parecían como abismados en la asociación de un recuerdo abrumador. Tal era el aspecto de sus físicos y el automatismo de sus gestos.

Hubiera sido imposible no distinguir que en el ambiente de aquella habitación, un soplo de tragedia no hiciera ensimismar a esos espíritus; y ésta debía ser atroz si tenemos en cuenta que nuestros personajes no eran de los que fácilmente se avenían a darle importancia a las alternativas buenas o malas con que nos obsequia diariamente la existencia. Abroquelados en un escepticismo amable, aceptaban los hechos y sus consecuencias con la actitud desinteresada de los que están prestos a toda eventualidad...

□ □

—Yo no puedo aceptar semejante tesis, — expresó Artemio mientras se incorporaba y dejaba caer sobre el fumador aquel elegante habano con que no hacía mucho lo obsequiara Ovidio; luego agregó: — Es inverosímil que haya necesidad de sacrificar a un hombre porque nos debamos a una palabra de honor...

—¡Esa es la cadena!—exclamó Ovidio.

—No hay tal cadena frente a la necesidad de no convertirse en instrumento de pasiones egoístas.—Diciendo esto, Artemio se dirigió hacia el escritorio y tomando un block de papel se dispuso a escribir.

—¡Vas a cometer una mala acción, Artemio!

Ovidio había intuido el móvil de aquel gesto y sentía que su conciencia le fustigaba la debilidad con que él había procedido al hacerle partícipe a Artemio de un secreto sin antes haberse rodeado de toda clase de garantías.

—¡No!

—¡Sí! He penetrado tu pensamiento y creo que me harás tu víctima,—expresó Ovidio mientras se dirigía hacia la pinacotea y tomaba un libro al azar.

—¡Pero es canallesco lo que acabas de referirme!—y diciendo esto, dejó el asiento y volvió a encender el habano.

—Yo no dudo que nuestro silencio es infamante, pero hay que callar. Tú y yo nos debemos a una palabra y nada debe hacérnosla quebrantar.

—¿De modo que el sacrificio de Ernesto debe sernos indiferente? Mas, ¿debe contar con nuestra complicidad?—expresó Artemio, en quien aquella confidencia no le convencía de que debía ser un ser indiferente a la suerte de un amigo como era Ernesto.

—Nada de eso; pero ¿qué puedes hacer tú frente a una situación que la fatalidad ha querido que así sea?

—¿De manera que yo debo sentirme con fuerzas suficientes para evitar este sacrificio y no obstante, mi deber es callar, es decir, debo matar?

—Tú tienes empeñada tu hombría de bien y en mérito de ello yo te he hecho confidente.

□ □

No habíase aún extinguido el eco de aquellas palabras, cuando la puerta de "vitraux" giró y en el vano apareció Lefranc. Miró como azorado. Artemio parecía quererlo fulminar mientras Ovidio seguía absorbiendo en gruesas bocanadas el humo de su habano. Lefranc estaba repulsivo; sus facciones dejaban adivinar que una honda conmoción lo torturaba; hasta se había olvidado de abrocharse los puños de la camisa. Era evidente que él sentía la opresión de aquella atmósfera que no podía serle del todo favorable si se tenía en cuenta que Artemio no se había dignado invitarlo a que penetrara.

—¿Me parece que no soy persona grata? — expresó Lefranc, dando un paso hacia adelante.

—Puedes entrar—repúsole Artemio.

Artemio y Ovidio experimentaron una fuerte sensación de angustia al hallarse en presencia de quien más que nada era un presunto asesino con la anuencia de ellos. Lefranc tomó asiento mientras con toda tranquilidad rectificaba la línea de su corbata y se abrochaba los puños de la camisa. Artemio y Ovidio se miraron, como si con ello buscaran un punto de apoyo para neutralizar la opresión que les producía la presencia de Lefranc. Este se incorporó y fué a sentarse cerca de la ventana. De pronto, como si respondiera a una interrogación de su propia conciencia, exclamó, encarándose con aquellos:

—¿Pero ustedes pueden aceptar que yo soy capaz de asesinar a un amigo?

—Eso mismo es lo que yo acabo de manifestarle a éste—expresó Ovidio, dirigiéndose a Artemio que en aquel instante habíase acercado a la pinacoteca y ojeaba un libro colocado en la parte superior.

—¿Y tú qué piensas Artemio?—interrogó Lefranc mientras levantándose acercábase a él.

—Hombre,—repuso Artemio—es algo que me cuesta creer no obstante las seguridades que acaba de darme Ovidio; por eso, debemos felicitarnos de tu llegada.

—Aquí me tienen. Estoy pronto para esclarecer mi situación. Al menos, en esa forma, espero hacerme digno de la confianza de ustedes.

—¿Lo cual vendría a demostrarnos que el tal proyecto es una realidad sin apelación?—exclamó Artemio como fuera de sí.

—Nunca he sido un impostor, de que aprovecho un dilema y me sumo a los factores que integran a este drama—repuso el aludido mientras encarándose con Artemio daba la impresión que estaba dispuesto a defender sus intereses. Porque no de otra cosa se trataba no obstante ese sentimiento de adhesión que profesaba a su amistad con Ernesto; pero es que colocado en una disyuntiva, optaba por lo que más se acercaba a reintegrarlo a una posición que Ernesto había alejado con su espíritu poco escrupuloso.

—¿Pero con eso, lo único que lograrás es sumar los inconvenientes de la campaña política de su partido frente al electorado?—argumentó Ovidio.

—No sé lo que de esa acción puede derivarse; lo único que miro es mi propia salvación — expresó Lefranc volviendo a ocupar su puesto; luego agregó:—Comprendo el mal que voy haciendo, pero...

manera que es un hecho y el cual ya no admite sino la aceptación lisa y llana con su cortejo de consecuencias...

Este bajó la vista. Acababa de expresar su posición espiritual frente a Ovidio y Artemio en una forma que por su rudeza daba la medida de su entereza un tanto tosca. El, sin duda alguna, no hubiese nunca esgrimido una acción de una naturaleza tan violenta, pero la oportunidad era única y comprendía que con dilaciones no hacía nada más que alejar la posibilidad de hallarse de nuevo con aquello que era de su exclusiva pertenencia.

—¡Eso es un complot! — replicóle Artemio lleno de un hondo sentimiento de indignación por la forma cínica con que Lefranc acababa de expresarse.

—No es una confabulación; sino

—¿Y si tú conoces que eso es una infamia, que con ello desplazas una situación y hundes el prestigio de Ernesto, cómo aceptas en convertirte en su propio victimario?

Hubo un momento de silencio. Aquellas palabras parecían haber penetrado en la conciencia de Lefranc en tal forma que su físico revelaba la indecisión, el aturdimiento de que era presa. Sintió desplazarse, carecer de un punto de apoyo suficientemente poderoso para sostenerse frente a la argumentación que sus oídos acababan de oír. La opresión era tan significativa que hubiese deseado la aparición de algo providencial para verse interpuesto entre ellos y así alejar aquel obstáculo que se cernía frente a sus proyectos.

—Se te ha hecho una pregunta—expresó Artemio.

—¡Sí; la he escuchado pero no me pertenezco!—exclamó Lefranc, ahora un tanto más sereno o tratando de tener posesión.

—¿Y dices que no es una confabulación?—expresó Ovidio con un dejo tan irónico que los ojos de Lefranc parecieron revolverse frente a su persona. De buena gana se hubiera precipitado sobre él para sofocarlo.

—¿No es otra la deducción que nos obligas a plantearnos, Lefranc?—argumentó Artemio.

—¡Ello es evidente!—ratificó Ovidio; luego agregó:—Tú debes tener interés en levantar su prestigio que empieza a decaer...

—En efecto...

—¡Ah! ¿Estás? — exclamó Artemio que había penetrado la indecisión de Lefranc y aprovechaba la coyuntura para apremiar frente a su espíritu.

—Quiero decirles que no se me escapa el rol que juega mi dignidad, pero debo sincerarme...

—¡Eso es lo que te exigimos, Lefranc!—exclamó Ovidio en quien era posible advertir el principio de un desfallecimiento moral.

—Sí, necesito vindicarme ya que es la única manera de imponer a ustedes esa solidaridad que reputo indispensable para llevar a cabo mi plan...

—¡Eso es lo que no has debido permitirte! — exclamó Artemio lleno de indignación.

—A ti no te he solicitado nada...

—Sí, en efecto: el indiscreto he sido yo al no tener la suficiente entereza para aceptar mi propia humillación—expresó Ovidio mientras descargaba su puño sobre el escritorio y con lo cual ponía de manifiesto la violencia de que era presa.

—Ha sido una confidencia, Ovidio—exclamó Lefranc con un acento persuasivo. Se hubiera dicho que buscaba alejar aquella repulsa que empezaba a cernirse ante el espíritu del que creía su más allegado.

—Eso es lo que no has debido solicitarme. ¡Mi palabra de caballero no debió ser pedida para hacerme solidario de algo canallesco!—replicóle Ovidio.

—¡Claro! A un hombre no se le precipita en el camino de la deslealtad por la propia cobardía—expresó Artemio mientras con su actitud obligaba a Lefranc a buscar un lugar de protección en uno de los ángulos de la habitación.

—¡Ha sido, en efecto, un escape a tu conciencia que no ha cesado de gritarte: ¡Asesino! ¡Asesino! — expresó Ovidio, que en aquellas circunstancias iba a interponer su cuerpo entre los dos.

—¡Eres un autómata, y frente a la crueldad de tu designio, recurres a la confidencia, exigiéndonos un silencio que es una vergüenza!—ratificó Artemio que comprendiendo la actitud de Ovidio pareció tranquilizarse volviendo a su sitio al lado de la ventana.

—¡Estoy de acuerdo!—expresó amilanado Lefranc.

—¡Eres un mal amigo! — insistió Artemio.



—No lo dudo, Artemio; pero he aceptado mi papel y no puedo volverme atrás.

Lefranc había puesto en estas palabras tal acento de convicción que Ovidio y Artemio se miraron con una expresión tal que no era posible establecer si ella llevava en sí la reacción de la sorpresa que les producía o buscaban ponerse en inteligencia para terminar con lo que no era sino una actitud osada.

—¿Quiere decir que hay un interés y que para satisfacerlo buscas la solidaridad de los amigos de tu presunta víctima?—replicóle Artemio.

—Así es; nada más que obro con la entereza de quien nada tiene que reprocharse. Acepto una situación que me conviene sin medir las consecuencias que puedan derivarse para los que me han hecho daño—expresó Lefranc.

El plano de la escena había sufrido una traslación radical y Artemio, como así Ovidio, no parecían ajenos a esta nueva situación psicológica.

—¿Para los que te han hecho daño? —expresó Artemio. Sus palabras parecían brotar más que por el deseo de fijar la posesión real de los factores, empujadas por un sentimiento carente de toda responsabilidad. Eran como una repetición, como un eco que devuelve el silencio en lo hondo de la noche.

—Sí... Siempre he tenido por Ernesto una simpatía que nadie podrá poner en duda...

—¡Se conoce!—interrumpióle Artemio.

—...Pero yo, como ustedes, somos un objeto, una cosa cualquiera y nos dejamos llevar por ese círculo que las pasiones erigen entre nosotros con sus cánones inmutables. Somos eternos tributarios, fuerzas ciegas que la corriente empuja para satisfacerse en la integración del propio dinamismo que le da beligerancia...

—¡Eso es una vulgaridad! — interrumpióle Ovidio.

—En efecto: no pretendo revelarles una nueva metafísica, pero quiero precisar la forma que adopto para llegar a ser una expresión verdadera en ese juego,—replicóle Lefranc adoptando una actitud que parecía alejarlo de todo contacto material.—Ahora—agregó—yo debo reasumir la dirección del juego y el desplazado debe ser Ernesto.

—¿De manera que tú estás frente a Ernesto y te dices su amigo?—expresó Ovidio.

—¿Y para ello has pensado que yo y Ovidio somos los más adecuados confidentes?

—No he pensado en tal cosa sino que he buscado en esta intimidad fijar ante ustedes el grado de altivez que me asiste al provocar el derrumbe político de Ernesto. Es decir, no es precisamente eso lo que busco sino que ello será una consecuencia lógica que surgirá al lograr afianzar la situación de mis intereses—expresó Lefranc.

Artemio y Ovidio parecían petrificados. En verdad la incógnita adquiría un aspecto singularmente extraño y hallaban en las manifestaciones de Lefranc una unidad de pensamiento que permitía vislumbrar que no todo era maldad en el espíritu de aquel hombre que venía a buscar la solidaridad de ellos para consumar un delito.

—¡No alcanzamos a comprenderte, Lefranc!—expresó Artemio.

—Sí, no es extraño, porque aparece un poco nebuloso el sistema empleado para explicar cómo he de satisfacer si no una venganza, la necesidad de hacer posible mi propia supervivencia material y moral...—expresó Lefranc entrando en plena posesión.

—¿De manera que se trata de salvarte?—interrumpióle Ovidio como azorado.

—Simplemente, mis queridos amigos. Ese es el verdadero aspecto...—ratificó aquel que abarcando la situación moral que empezaba a surgir buscaba ajustar los términos, propiciándose la buena voluntad de sus contrincantes en la emergencia.

En el fondo era una acusación para Ernesto y entonces, Lefranc experimentaba una trasmutación frente a Ovidio y Artemio como un individuo en quien no se podía ver un ogro sino la voluntad que se erige en la fuerza que vindica.

—¿De modo que según se desprende de tus palabras, Ernesto ha sido un mal amigo?—inquirió Artemio.

—No; conmigo ha sido siempre la personificación de la dignidad, pero él y yo hemos tenido una debilidad, de ahí que vengamos a hallarnos en lo que bien podría llamarse la encrucijada de la muerte... Acabo de tomar posesión de un pagaré que me demuestra que el fruto de mi trabajo ha sido dilapidado...

—¿Qué dices?—expresaron Ovidio y Artemio llenos de zozobra.

—Como ustedes lo oyen: Ernesto me ha mentido, y yo creyendo en su buena fe no he trepidado en hipotecar los bienes de mis hijos para satisfacer lo que según él era una deuda de honor...

—¿Y...?—exclamaron Ovidio y Artemio simultáneamente.

—Que la tal deuda de nuestro querido amigo ha sido solventada, pero no con mi dinero (que tal era el objeto del préstamo), sino con otra hipoteca, mientras que mis pobres pesos, el dinero de mis hijos, lo único que había respetado en mi vida de disipador, ¡eso ha ido a parar a la ruleta!

—¡Es posible!

—¿Ernesto ha hecho eso?

—¡Eso! ¡Eso! ¡Ahora sabrán los electores en qué consiste la moralidad de su "leader"!

□ □

Aquellas exclamaciones llenaron el cubo de la habitación, mientras Lefranc estaba como ensimismado frente a la lejanía que aparecía como envuelta en un resplandor de incendio.

P U C H I T O S

En las escuelas elementales de Londres no se han comprado pianos para la enseñanza desde hace diez años.

El ferrocarril del nordeste de Londres dispone de 7.000 máquinas para arrastrar 21.000 coches, por las 7.000 millas de línea de que dispone.

Actualmente se facilitan en las bibliotecas públicas de Londres, para los estudiantes, dos millones y medio de libros por año. Veinte años atrás la cifra era de 714.000.

Sombreros decorados con imitaciones de insectos, más o menos bien pintados, han comenzado a llevarse en París. La moda no se ha hecho muy popular.

Muchas parisienses que tienen los cabellos cortados van hasta dos veces por día a casa de su peluquero para que mantenga su cabeza sin que se mueva de su sitio ni un cabello.

En Nueva York existe un salón de lustrar calzado en el que los clientes pueden estar oyendo los programas de radiotelegrafía mientras los sirven. En cada asiento hay un par de teléfonos que utiliza el que lo desea.

En la policía de Londres se va a introducir una nueva disposición a fin de que ningún agente pueda contraer matrimonio sin autorización de su jefe.

El hombre del futuro—según declaraciones de un profesor norteamericano—será de pies anchos y aplastados, calvo, sin espina dorsal, no se reirá y en la casa será un esclavo de su mujer.

La cantidad de caucho importada a Inglaterra desde el Canadá, durante el primer trimestre del año 1924, para ser destinada a la fabricación de suela y tacos de botines, llegó a la suma de 48.480 libras esterlinas. En esa cifra no está incluído el valor del caucho empleado para suela de los zapatos de lona, que por sí sólo alcanza ya un valor de importancia.

Una séptima parte de la población adulta de Escocia firmó recientemente una petición solicitando una reducción en los derechos del whisky, que actualmente ascienden a 8 chelines y 5 y ½ peniques por botella.

Después de conservarlo durante ochenta años, Miss Susana Barlow, de Winsor, ha sido enterrada con un camisón que formaba parte de un ajuar que hizo para casarse. La boda no se realizó y la joven conservó el camisón para los fines con que ha sido utilizado.

Por primera vez, desde que terminó la guerra, el ejército inglés va a realizar maniobras. Se efectuarán en septiembre, en Hampshire, Wiltshire y parte de Berkshire, Dorset, Sussex y Suwcy.

Cuando se acuñan monedas de oro, en la Casa Real de Moneda, de Inglaterra, o en sus sucursales de Sud África y Australia, se examina una pieza de cada 2000. Con la plata la proporción es de una moneda cada 198 libras esterlinas.

Ha sido inventada una adaptación del fonógrafo para recibir llamados telefónicos. También responde "no hay nadie, pero puede usted dejar impreso su mensaje".

Por término medio, de cada cien hombres de veinticinco años, llegan a la edad de sesenta y cinco sólo treinta y seis. De los que sobreviven se calcula que no menos del cincuenta y tres por ciento dependen de sus hijos para vivir.

CONMISERACIÓN



—En Salamanca han condenado a uno a trescientos años de presidio.
—¡Pobrecillo! ¡Hay que desearle mucha salud "pa" que los pueda cumplir!

La cruz del burro

La "cruz del asno", o sea la que la mayoría de los burros tienen en el lomo, formada por una raya a lo largo del espinazo y otra sobre los hombros, créese, en algunos pueblos de España, que es un recuerdo del papel que este humilde animal pinta en la Historia Sagrada, una marca especial con la que quiso honrarle el Señor por haberle servido de cabalgadura al huir a Egipto y al entrar en Jerusalén. Pero ya se comprenderá que esta creencia tiene más de piadosa que de verosímil.

En realidad, la tal cruz la ha heredado el burro de sus antecesores salvajes. En Abisinia vive todavía en estado de completa libertad la especie de donde procede el asno doméstico, y uno de sus caracteres más salientes es precisamente la cruz. Probablemente, los asnos salvajes de las épocas primitivas tenían todo el cuerpo rayado, como las cebras, y vivirían en regiones cubiertas de altas yerbas, con las que su pelaje debía armonizar muy bien. Por alguna causa desconocida se hicieron luego habitantes de los parajes áridos y pedregosos, y entonces su pelo tomó el color amarillento de la arena y el gris de las rocas, y perdieron todas sus rayas, excepto la del lomo y algunas fajas en las patas, que también se ven en muchos burros domésticos.

Esta transformación no tiene nada de inverosímil. Hasta mediados del siglo pasado, en que los cazadores acabaron con ella, había en Africa una especie de cebra que había perdido todas las fajas del cuarto trasero, y en el Somal se han encontrado asnos salvajes que ya ni siquiera tienen las rayas que forman la cruz.

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

JAQUECA

Acceso de dolor en una mitad de la cabeza, sobreviene a intervalos más o menos separados (semanas, meses), durando cada uno de seis a cuarenta y ocho horas.

Síntomas.—I Forma ordinaria. 1.° Fase preparatoria. Inaptitud para el trabajo, pérdida de apetito, por el contrario, excitación cerebral, sueño pesado.

2.° Fase de accesos. Primero, constituye una simple sensación, al nivel y por encima del ojo, así como en la sien; luego, se extiende el dolor, se hace difuso, peor, cada vez más molesto, exagerándose con todos los movimientos; la arteria temporal late con fuerza y se producen bostezos, náuseas y vómitos sin dolor de estómago. El estreñimiento es habitual.

3.° Fase terminal. Sucede al dolor un estado de pesadez, que desaparece por último después de haber dormido, y, sobre todo, después de haber comido.

II Forma oftálmica. Está caracterizada, fuera de los síntomas precedentes, por desórdenes visuales (centelleo, visión sólo con una mitad de los ojos).

Causas.—1.° Predisponentes. Herencia de diátesis artrítica (gota, obesidad, asma, mal de la piedra y reumatismo). La jaqueca, frecuente en la infancia, no se produce, en general, por primera vez después de los 25 años. 2.° Determinantes. Vigilias prolongadas, excesos de trabajo y variaciones del tiempo.

Tratamiento.—1.° Preventivo. Vigilar el estreñimiento, régimen severo, alimentación ligera, nada de alcohol, beber mucha agua, ejercicio e hidroterapia.

2.° Del acceso. El café tomado a principios del acceso le hace abortar con frecuencia. Antipirina (2 a 4 grados), morfina, pulverizaciones de líquidos refrigerantes (éter, cloroetilo), salicilato, bromuro, arsénico, acónito y cafeína. Algunos doctores aconsejan el empleo de agua de sosa en la forma de agua de Vals.

Consultorio del hogar

LA CALEFACCIÓN Y EL COMBUSTIBLE

Hoy no se puede esperar a que el invierno se presente para pensar en el combustible. Llegado este momento todo el mundo quiere ser servido y los contratistas no pueden contentar a todas las exigencias.

Por esto hay que prevenirse para la llegada del frío, examinar el modo de calefacción que mejor conviene al local y al presupuesto de que se dispone y tener todas las cosas preparadas.

La primera cosa que se impone es la limpieza de las chimeneas. Si la ley no lo tiene así dispuesto es una preocupación muy prudente para evitar los riesgos de incendio; debiendo asegurarse que el tiro funciona bien para evitar los peligros de la asfixia, en una palabra, asegurarse que todo está en buenas condiciones.

Deben evitarse las chimeneas móviles, sobre todo la de combustión lenta, pues son las que producen tantas catástrofes. La lista interminable de las desgracias producidas por este modo de calefacción no es una enseñanza suficiente, puesto que las gentes siguen envenenándose la sangre con estos instumentos mortales.

Una calefacción muy agradable y limpia es la calefacción hidráulica, y ya hay muchas casas con esas instalaciones con la que se disfruta de un calor suave y agradable.

Pero todavía existen muchas fincas desprovistas de este confort moderno y se tiene que recurir a la calefacción con leña, carbón de piedra, etc.

Es este caso, preciso es hacer las provisiones durante el verano, pues de este modo se beneficia de una reducción apreciable de precios y sobre todo la leña tiene el tiempo de perder la humedad de los almacenes.

Los que viven en el campo pueden en el mes de abril comprar en el mismo bosque, entendiéndose con el empresario de una "venta" en los países donde exista esa costumbre. Entonces el precio es más económico y la leña puesta a cubierto de las intemperies se seca tranquilamente; pero se necesita por lo menos dos años para que la combustión pueda hacerse fácilmente. La leña verde se pone negra, echa humo, no arde y no calienta. Lo mismo sucede con la leña transportada por ríos.

La encina, el castaño y el fresno son las leñas más ventajosas, las que dan una hermosa llama, de las que se desprende un calor suave y agradable y que dejan una ceniza fina y blanca. El olmo y el álamo blanco se consumen rápidamente sin dar calor.

En cuanto a los carbones, varían según el curso; y es preciso atenerse al empleo que se les quiere dar y escogerlo como calidad y tamaño. Se puede hacer durar el fuego cubriéndolo con briquetas o bolas; pero la calefacción con el carbón es incómoda y muchas personas no pueden soportarla.

En la cocina no debe quemarse más que carbón seco. Los criados suelen levantar los aros del fogón para ganar tiempo con lo que las cacerolas, los utensilios de cobre o de hierro se ponen negros y se limpian con dificultad.

Muchas veces cuando se enciende el fogón de la cocina en el momento en que el sol da de plano sobre la chimenea, el carbón no se enciende y un humo muy denso se esparce por toda la casa. Para evitar esto, se abre la puerta del horno, se saca la chapa móvil destinada a permitir la limpieza interior, se enciende un papel y se cierra inmediatamente; el humo entonces desaparece y el fogón funciona. Este es el secreto de los fumistas, que éstos se guardan divulgar para verse invitados a una reparación por falta de tiro.

Todos estos inconvenientes quedan subsanados con las estufas eléctricas que cada día se van imponiendo más y más.

Secretos de tocador

LA ALIMENTACIÓN RACIONAL

Por medio del hambre y la sed nosotros sentimos la necesidad de alimentarnos. Pero como el hambre y la sed son voluntariamente caprichosos e irregulares, nos vemos obligados a limitar la comida y pensar en nuestras necesidades reales y nuestras necesidades aparentes.

En otros términos, nos imponemos un régimen racional.

Por desgracia, ese régimen no es siempre apropiado a las exigencias de nuestro organismo y es por esto que, en cambio de mejorarnos, empeora nuestra salud, perdiendo nuestro vigor y frescura. Consultamos al médico a quien confiamos nuestros pequeños sufrimientos, nuestras inquietudes: pero olvidamos decirle lo que comemos.

Sin embargo, el mal es ocasionado por la alimentación. O se come poco o bien se come demasiado, o mal, o sino las substancias son contrarias a la salud, ya sean por la calidad o porque no sientan a nuestro organismo.

Para habituarse a comer es preciso primero crearse una teoría concerniente a la alimentación. Esta teoría no es muy complicada. Os servirá de advertencia perpetua que os permitirá evitar un gran número de malestares que envenenan la existencia y deshacen la belleza.

1.° Es preciso comer para reparar las fuerzas, y más o menos, según que los gastos sean más o menos grandes.

2.° Comed a horas regulares y lentamente, masticando bien los alimentos.

3.° Gastáis diariamente un término medio de 20 gramos de ázoe y 300 gramos de carbono, además dos o tres litros de agua más o menos, sin contar las sales, cloruro de sodio, fosfato de cal, azufre, etc. Estos son alimentos y esas cantidades son las que debéis encontrar en la alimentación.

4.° Si almacenáis demasiado en relación a vuestros gastos, estaréis enfermos. Lo estaréis igualmente no absorbiendo más que alimentos insuficientes o mal adaptados a vuestro organismo.

5.° No comáis por capricho sino de acuerdo con vuestras necesidades, no desconociendo los beneficios de la alimentación mixta que sólo os permitirá recobrar, en un volumen relativamente pobre, la totalidad de los elementos diversos consumidos en la economía diaria.

6.° Apropiad vuestro régimen al clima en que vive cada una, a vuestras ocupaciones y hasta de acuerdo con la estación.

7.° No habituéis a vuestro estómago a los estimulantes llamados digestivos. Eso es acostumbrarlo a la pereza y cuando el estómago es perezoso es enfermo de hecho.

8.° Desconfiad más de comer mucho que de no comer lo suficiente.

9.° Después de comer no os libréis a un trabajo de espíritu que interrumpa la digestión.

Consultorio femenino

Rita. Ciudad. — Para combatir el mal aliento puede hacer el siguiente gargarismo:

Agua de canilla destilad.	500	gramos
Alcohol de menta. . . .	500	„
Cloruro de cal.	4	„

Se mezcla esto con la mitad de agua tibia.

Gilda. Asunción del Paraguay.—Para el desarrollo de los senos fricciónese cada mañana con agua de eucaliptus, evitando frotarlos demasiado. Levante ligeramente el seno con el fin de que la fricción se extienda a su base.

Para la seda, ponga pimienta en grano en vez de naftalina.

Una lectora de "Fray Mocho". Avellaneda.—Cuando las uñas son frágiles y quebradizas, úntelas cada noche con una pomada preparada con lo siguiente:

Aceite de almendras dulces	30	gramos
Cera blanca.	50	„
Colofonia.	5	„
Alumbre.	1	„

Se hace disolver sobre fuego suave la cera blanca y la colofonia en aceite, luego se agrega el alumbre en polvo.

Diva. Ciudad.—Para combatir los granitos se recomienda el agua de salvado y el agua adicionada de algunas gotas de jugo de limón y de una pincelada de bicarbonato de soda. Se recomiendan también los lavados con leche y agua sulfurosa.

Manuela A. E. San Pedro.—Las verrugas son excreciones que se desarrollan en el cuerpo y, en particular, en las manos, haciéndolas desagradables.

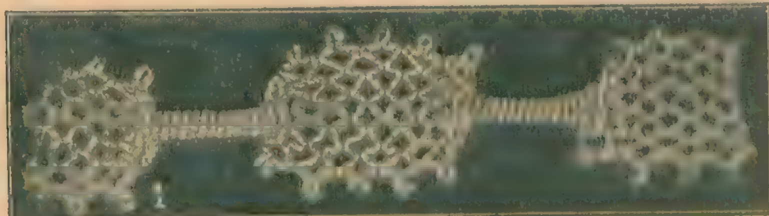
Para hacerlas desaparecer, en otro tiempo se utilizaba el jugo de ciertas hierbas, pero hoy día se recurre a composiciones más enérgicas, tales como la siguiente:

Nitrato ácido de mercurio.	10	gramos
Vinagre.	10	„

Las preparaciones se aplican con un pincel, después de haber extendido un poco de vaselina alrededor de la verruga.

NOTA. — Las lectoras que deseen realizar alguna consulta, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho".—Calle Bolívar 879, Buenos Aires.

Puntilla ejecutada con barretas y ganchillo



Modelo del cordón utilizado para hacer la puntilla.



Puntilla hecha con cordón y ganchillo.

Con este cordoncillo se puede ejecutar la hermosa puntilla que indica el modelo, puntilla que sirve para el bajo de un estor, contorno de chimenea, cortinas combinado con macramé.

Este trabajo se hace con ganchillo, uniendo los cordoncitos por medio de barretas ejecutadas con él. Se utiliza una aguja número catorce y el hilo para tejer número doce.

Los vecinos de Vittel reciben extraña y agradable correspondencia

Desde hace algún tiempo la población de Vittel (Francia) y de los alrededores está intrigada por los misteriosos envíos de un desconocilo. En efecto: todas las mañanas el correo reparte a diferentes personas una sencilla hoja de papel, con estas palabras: "En restitusión", y adjunto, billetes de 100, 50, 20 y 10 francos.

La policía busca a este extraño filántropo, que lleva ya expedidos de esta forma varios miles de francos.

COLABORACION ESPONTANEA

Motivos

Para "Fray Mocho".

Muchacha

Frágil, pálida y coqueta
vuelca la chica risueña,
la aristocracia porteña
de su elegante silueta;

y así que en lenta armonía
va meciendo su cadera,
uno ve a la Primavera
vestida de picardía...

Languidez

En el paisaje otoñal
de tus pupilas profundas,
mueren dos chispas jocundas
en un degüello nupcial;

y entonces la infinitud
de tu febril embeleso,
soporta en su propio exceso
la angustia de mi inquietud.

Plenitud

La línea arquitectural
de tu belleza fastuosa,
promulga el milagro rosa
de tu hermosura floral;

y da, en perfecto esplendor,
tu estatua frágil y leve,
la perfección de la nieve
de la estrella y de la flor.

Perfidia

La fragancia juvenil
que exhala tu virgen boca,
trasciende a opio y a coca
sobre mi instinto febril;

y así,—pregustando un mal,—
cuando tu boca suspira,
mi fantasía, delira
con una cita inmortal...

Ilusión

La luz de la luna, integra
la belleza del paisaje,
sutilizando el celaje
que ha puesto la noche negra...

Como jazmines en flor,
sobre mis manos ansiosas
tiemblan tus manos hermosas
con santa fiebre de amor.

Y en la calma del pensil,
culmina el lírico exceso
sobre la tecla de un beso
sonoramente infantil...

Enrique M. ABELLA BLASCO.

Cosas viejas

"Tu belleza es mi ideal,
tu querer todo mi encanto
y he de amarte, tanto, tanto,
que no ha de importarme el mal.

Esta pasión sin igual
no ha de temerle al quebranto
y nunca ha de ahogarla el llanto,
ni rebelde ni fatal.

Va hacia ti mi confesión
con la fe, con la constancia
que encierra mi corazón;

si mi amor nació en la infancia,
trata de que, a la ilusión
no la quiebre tu arrogancia..."

... ...

Hace tiempo te escribí
estas líneas, ya olvidadas,...
por sinceras y arriesgadas
las hundió tu frenesí.

El tiempo pasó ante mí
en sus vueltas alocadas
y las pasiones forjadas
fueron cosa baladí...

LAS CASAS BARATAS



Ella. — ¡Qué encanto! ¡Pensar que cuando tengamos setenta y cinco años esta casita será nuestra para el resto de nuestros días!

Sin embargo, al releer
aquellas líneas de otrora,
vi en la sombra, la traidora

querella de una mujer,
que mató todo el querer
de un corazón que aún llora!

José Juan BIANCHI.

De mi cancionero

Para "Fray Mocho".

Cuando por siempre, las luces se apaguen,
de mi vivir escéptico, y luctuoso;
y tras un vago confín misterioso,
las naves de Ilusión, al fin naufraguen.

Cuando se ponga el sol esplendoroso
de mi esperanza joven, y no vaguen
en mi espíritu, ya, armonías que halaguen
con cánticos de ritmo prodigioso.

Cuando cerrados, al letal conjuro,
duerman mis ojos, el sueño sin vida,
con que la Muerte, a todos nos convida;

¡recién entonces, el contorno puro,
de tu imagen, mi único bien querido;
ha de diluirse entre sombras de olvido!...

A. R. POSSE.

Creencias

—Bueno, madre, apróntese, que mañana nos mudamos.

—¿Mañana?

—Mañana, sí. Qué, ¿no le agrada que, al fin, cambiemos de ambiente? ¿O se cree que hemos nacido árboles los seres humanos siempre permaneciendo en el mismo sitio? Alguna vez hemos de sentir la sensación de ser pájaros. Además, aquí ya nos conoce todo el mundo y, por desgracia, también a todo el mundo conocemos. Ya los abastecedores no nos quieren fiar más. Los vecinos nos miran de soslayo porque yo no asisto a sus "farras" atormentadoras del espíritu y, como las muchachas son amigas de francachelas, viéndome siempre metido entre mis libros y mis apuntes, ninguna me mira con buenos ojos. Vamos a otro barrio, en el que es probable que encontremos algunos amigos de la lectura y el buen diálogo y donde posiblemente en mis vagabundeos por un parque que está cercano a la nueva casa, tropiece una amiga dada a la contemplación y conservadora de algún romántico resabio, tan en contraposición con esta época de vorágine materialista y afanosa. Y luego, que a usted le consta que ya el casero nos ha pedido la casa por los tres meses que le adeudamos. Usted sabe muy bien que éste es el único medio de que disponemos nosotros para poder tirar de nuestras míseras humanidades, ya que no somos de los que todo lo esperan de la jubilación...

—No lo decía por eso, hijo mío. Lo decía porque mañana es un mal día.

—¿Mal día? Pues me parece que va a ser una repetición del de hoy. ¡Y mire que ha estado lindo! Ni una nube empañó la celeste diafanidad del firmamento. Por consiguiente, no hay peligro de que el carro se quede encajado dentro del barro.

—Es que mañana es martes.

—¿Y qué hay con eso?

—Que dice el refrán, y con razón, que el martes, ni te cases ni te embarques.

—Son pamplinas esas. En martes nacieron Napoleón y Trosky.

—¡Y qué quieren con Napoleón y Trosky! El uno mató tres millones de personas y el otro asesinó a la guarnición de Kronstan por la espalda, según dice en ese folleto que trajiste la vez pasada.

—Bueno, pase que aceptemos que Trosky y Napoleón fueron peores que dos vulgares asesinos; pero, ¿qué me dice del nacimiento de Beethoven, Cervantes, Ercilla, Hugo, Leonardo, Góngora y Homero?

—¿Todos esos nacieron en martes?

—¡Todos!

—Por eso fueron tan desgraciados los pobres.

—Pero sus desgracias elevaron la mentalidad humana. Por otra parte, para demostrarle que no es cierto eso del refrán, le diré que Romeo y Julieta, los amantes de Teruel y Abelardo y Eloísa, se casaron en día martes.

—¡Y ya ves qué desventurados fueron en su matrimonio!

—¿Desventurados? Fueron los mejores matrimonios habidos desde que el género humano alienta en la tierra, por cuanto que se conserva memoria de ellos y no llegaron a soportar los tormentos que se sufren antes de la celebración de las bodas de oro. En cuanto a lo que se refiere del navegar, sepa usted que un día martes zarpó de Palos, Colón, con sus tres carabelas y en martes se hundió la Invencible Armada...

—Y ya ves, la gran flota se perdió y al pobre Colón casi le matan sus desalmados tripulantes.

—¿Y qué quiere? ¿Que la Invencible hubiera conquistado a Inglaterra para que el fanatismo católico se hubiese enseñoreado del mundo ensañándose con la única fórmula de liberación de aquellos tiempos? Y en cuanto a Colón, ya quisiera yo ver a los modernos hombres acostumbrados a cruzar el Océano en veinte días, con rutas conocidas y comodidades, qué hubieran hecho colocados en el trance de aquellos marinos. Felizmente, todo se arregló el lunes con la tregua que otorgaron los conjurados, y al otro día, martes, el grito de ¡tierra! se oía resonar en la cubierta de las naves.

—Qué quieres que te diga, hijo; yo creo que es un mal día el martes para mudarse.

—¡Qué va a ser mal día! Déjese de pamplinas y no piense más en eso. Además que todo queda subsanado llevando una herradura con agujeros impares y la sal, delante. ..

—¡Ah, siendo así, es otra cosa!

PATROCLO.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ „ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ „ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

LA LEYENDA DE LA PERLA

Se sabe bien poco del origen y desarrollo de la perla. La teoría más en boga es la parasitaria, según la cual un animalito cualquiera penetra, a través de la concha, en la ostra y la hiere. Al sentirse herida, por reacción de legítima defensa, la ostra lo envuelve inmediatamente en una concreción perlífera, que lo deja en la imposibilidad de hacer más daño. De aquí la clásica definición de Dubois: "la perla no es más que el sarcófago de un gusano".

Pero a esta teoría se han hecho graves objeciones. Por lo cual son lícitas, sino legítimas, algunas hipótesis puramente literarias. Poetas y novelistas pueden, pues, agitar el pegaso de su fantasía y lanzarlo fuera de los estrechos límites de la razón. Mas, ¿cómo dar vida a nuevos mitos, entre los innumerables ya creados, imaginar nuevos símbolos, nuevas ficciones? ¿A qué no se habrán comparado las perlas? Gotas de rocío cristalizado, lágrimas de ángel, llanto de las náyades o de la sirena... ¿Y el divino absurdo de aquel pastor primitivo, según el cual la primera perla se recolectó allí donde el arco iris toca en la tierra? Para Saadi, es el símbolo de la humildad: "Una gota de lluvia cae del seno de la nube en la inmensidad del mar. Y exclama, confusa: ¿Qué somos, frente al Océano? En premio a su modestia fué recogida y alimentada en la concavidad de una concha; la Providencia la trocó en una perla de gran valor, y fué a ornar la diadema de la reina. Fué grande porque había sido humilde; recibió el don de la existencia por no haber desdeñado compararse con la nada."

Una leyenda india reproduce la idea de este poeta, pero con una ligera variante: "Cuando la primera gota de lluvia cayó de la nube en el gran mar azul, como era tan diminuta, se perdió, arrollada por la onda.—"Oh, mi pequeñez en tanta inmensidad!", exclamó. Y el mar le dijo: "Me place tu modestia. Yo haré de ti, pequeña gota de agua, una maravillosa gota de luz. Serás la más pura de las joyas; reinarás sobre el mundo y también sobre la mujer." Y la perla nació."

En los libres campos de la ingenua y pintoresca imaginación popular, como en los cerrados parques de la literatura refinada, han florecido las leyendas sobre la irisada hija del mar, que evocan los riesgos y trabajos que acompañan su busca y captura, al par que celebran el gozo que procura su posesión. Dígalo, sino, la "peregrina", así llamada porque no tiene igual en el mundo; la perla negra, que cuesta la vida al buzo que en las profundidades del Océano la arranca al monstruo de los ojos verdes; la perla inhallable que representa la suprema felicidad... En el "Kalevala", poema nacional finés, al canto de Wäinämoinen, acuden las fieras y los pájaros, salen a flor de agua los peces, y se inclinan los árboles; la naturaleza tiembla de gozo, y de los ojos del viejo cantor caen lágrimas, que la tierra bebe, y en el mar se transforman en perlas.

Reina de las gemas, hija del mar, la perla es consagrada al culto de Venus.

Nacida del cerebro del dragón, como Minerva del cerebro de Jove, se le atribuyen virtudes mágicas y propiedades medicinales. Ella sana de los dolores físicos y morales, procura gloria y riqueza; merced a ella, se obtienen el amor de quienes amamos y las cosas que se desean. Su belleza es exaltada en el "Veda", en el "Ramayana" y en el "Mahabharata". En cierta antigua literatura china se narran las maravillas de algunos ejemplares tan brillantes, que, con sus fulgores, cocían el arroz a mil metros de distancia. De la perla se hace frecuente mención en la Biblia; y Cristo la compara con todo lo que hay de más precioso, no sólo en la vida material, sino en el mundo moral.

Los griegos y los romanos la apreciaron mucho. Julio César se vió obligado a dictar una ley suntuaria que no consentía el uso de las perlas más que a las mujeres sin marido, sin prole y de cincuenta y cinco años por lo menos. Nerón guarnecía con ella los cetros y la máscara de los histriones.

Olvidada más tarde, en la Edad Media, la Caballería y la Iglesia le devolvieron sus honores. En el mundo del arte, vasos, medallas, estofas, ostentaron su belleza y su fascinación. El Renacimiento la celebró exaltadamente.

Con el prejuicio que le confería facultad salutífera, contrastaba otra creencia popular, según la cual las perlas presagiaban y atraían las lágrimas. María de Médicis soñó que todas sus joyas se convertían en perlas la noche que precedió al asesinato de Enrique IV. Y de Isabel de Austria se cuenta la siguiente anécdota: Francisco José había regalado a la emperatriz un magnífico collar de perlas, del cual, en los primeros años de matrimonio, Isabel hacía voluntaria ostentación. Pero después, renunciando, por su melancolía, a las fiestas de la corte, no lo llevó más. Observó un día, o creyó observar, que las perlas, de no ser llevadas, perdían bastante de su primitiva brillantez. Y en ello vió un triste presagio. Soñó una noche en un medio para devolver a las joyas su antiguo esplendor: sumergidas por un año en el fondo del mar. Se hallaba por entonces en Corfú. Metió el collar en un cofrecillo y, en compañía de una dama de honor, se internó en el mar, y lanzó al fondo el cofrecillo, sujeto a una larga cadena prendida en la orilla. No había transcurrido un año aún, cuando el trágico presagio de la emperatriz se cumplía. El emperador mandó traer el cofre precioso, pero la cadena se encontró rota, y el magnífico joyero no fué hallado.

Para evitar esta pérdida lamentable le hubiera bastado saber a la emperatriz que las perlas recobran su esplendor perdido con un buen lavado de alcohol. La prudencia exige también no exponerlas a los bruscos cambios de temperatura, resguardarlas de la luz demasiado cruda y de los ácidos y grasas. Entre los colores le es dañoso el verde.

La perla, que fué para los hel... y los árabes símbolo de la belleza ideal y pura, que ornó el cetro de los emperadores romanos, y el icono y la espada de místicos y guerreros de la Edad Media; que en época más cercana fulguró en los vestidos y mantos de los boyardos y magiares de Rusia y Hungría, ha venido a quedar en exclusivo adorno de la mujer. Al decir de los árbitros de la elegancia, a la mujer morena le están mejor las perlas color crema; para la rubia están más indicadas las blancas. Las americanas y parisienses prefieren las perlas ligeramente rosadas.

Terminemos estas líneas con la imagen literaria de Bellincioni: "El diamante, por su fulgor potente, lleno, "solar", es... clásico; la perla, por su luz blanca, láctea, "lunar", es romántica."

El fallo de un juez yanqui

Cuatrocientos mil besos por cuatro mil dólares

En Shelbyville, Estados Unidos, se ha visto un proceso instruido a consecuencia de una curiosa denuncia.

La denunciante es una joven bellísima, miss Pinkton, abandonada por su novio.

Hace algún tiempo, el denunciado, joven, galán y apuesto, conoció a la señorita Pinkton en un baile de sociedad. Al terminar el primer vals, el joven miraba amorosamente a la linda compañera; después del segundo baile el galán suspiraba con fuerza, y cuando llegó el "foxtrot" final ya había mediado la declaración apasionada del fogoso bailarín.

La señorita Pinkton dió un plazo de horas para contestar. Al día siguiente la respuesta era un "sí" como un rascacielo.

El pecho de la novia se inflamó a impulsos de la pasión de su enamorado galán. El idilio duró unos meses, pocos, a juicio de la joven, al cabo de los cuales el galán comenzó a enfriarse de tal manera que un día no acudió a la cita de la amada. En vano estuvo ésta aguardándole días y días, y al ver que el ingrato no respondía a sus reiterados y desesperados llamamientos, decidió tomar venganza.

Entre el vitriolo y el juez, los dos recursos de toda linda yanqui despechada, la señorita Pinkton acudió al último por ser más humano. El juez admitió la denuncia y decretó el procesamiento del galán.

En la vista del proceso la joven ha hecho ante el Jurado declaraciones conmovedoras.

—Le he dado mi corazón—decía sollozando—. Siempre le fuí fiel, y durante el tiempo que tuvimos nuestras relaciones hemos cambiado cuatrocientos mil besos.

Por esta prueba irrefutable de su cariño la denunciante pedía 8.000 dólares como indemnización de daños y perjuicios.

El Jurado ha estimado que, aun siendo la joven muy bonita y muy linda su boca, tan pródiga en pruebas de amor, la cantidad reclamada era excesiva. Y el joven ha sido condenado solamente al pago de 4.000 dólares.

En la sentencia, el Jurado hace notar que por cada beso viene a pagar el procesado la suma de un centavo.

El procesado, al abandonar la sala del Tribunal, ha jurado no volver a besar a ninguna de sus novias.



VISIONES TOLEDANAS

Por F. Friedrich OBERHAUSER

Abrupta e indómita se yergue Toledo en el páramo amarillento que la circunde, entronada en una loma rocosa, sin gracia ni amenidad; pero soberbia e imperiosa como una visión ultraterrena. Como la marcha tranquila de nuestra vida a veces queda interrumpida por momentos de vibrante pasión, como en ocasiones nos vemos afrontados por fenómenos de radiante luminosidad que sin embargo no proceden del reino de los sueños, se eleva esta ciudad hacia la serena e interminable cumbre del cielo español.

A sus pies, envolviéndola por tres lados, se desliza por entre las peñas el poderoso Tajo, cuyo impaciente murmurio se confunde con las armoniosas melodías de las campanas de Santo Tomé y de Santa María la Blanca.

Mi amigo me condujo por los estrechos, tortuosos y casi premedievales callejones, y al subir se abrió de cuando en cuando ante nosotros una magnífica vista sobre las murallas corona las de almenas y las verdes aguas del río que en millones de chispas fulgurantes reflejaban la purpurina luz del poniente sol. Las ventanas estaban abiertas y una y otra vez oíamos las risas y la alegre cháchara de sus moradores. El sol pendía de las paredes como damasco o terciopelo y pasaba por las puertas de la ciudad dorando y engalanando sus ornamentos arabescos y moriscos.

En una posada fresca y sombría nos sentamos para descansar y delectarnos con un jarro del generoso vino tarragonés. El huésped, un hombre de bonísimos modales, nos trajo la cena.

Todavía nos zumbaban los oídos del monótono traqueteo del tren que por el camino de Aranjuez nos había traído desde Madrid. Sobre la campiña se cernía aun el aplastante calor del día, y en brumosa lontananza, cuasi envueltas en un velo azul, se extendían las sierras.

Toledo es una ciudad silenciosa, un laberinto de angostas callejuelas. Las esbeltas figuras de los campanarios buscan el cielo; palacios renacentistas cautivan la mirada; el edificio de la Inquisición evoca recuerdos de siglos pasados; las ricas y primorosamente ornamentadas puertas de la casa arzobispal, la sede del primer prelado de España, están cerradas; las aguas del río oprimen y estrechan la población como los brazos de un gigante. El sol vespertino acaricia las calles, las pérgulas, las arcadas y los hermosos puentes que cruzan el Tajo. Esta sinfonía de colores, comparable a un brocado de plata entreverado con bordados en oro y realzado por centelleantes rubíes, es de embriagante hermosura, eternizada por el pincel del Greco en sus conocidos dos lienzos que representan la ciudad de Toledo y sus inmediaciones. Hay que estudiar cómo este pintor inmortal ve y materializa los distintivos característicos de la ciudad, cómo sabe emplazarla tan vistosamente entre sus bastidores de rocas dominada por su ancha y majestuosa catedral; los copudos árboles con su alegre verdor interrumpen la monotonía de esta multitud de casas, los rayos del Sol, cual mensajeros celestes, iluminan y aureolan la roja techumbre, y la ciudad se nos presenta fiera, anfractuosa, confusa y amenazadora, imponente y poderosa tal como era en los tiempos del Greco.

Cerca de la iglesia de Santo Tomé hay una casa aparentemente modesta, la vivienda del célebre griego "Doménikos Theotokópulos", como él mismo se llamaba. El edificio—no por fuera, pero por dentro—es como el alcázar de un cuento de hadas: jardines, terrazas, una arquitectura fantástica y una perspectiva que abarca toda la extensa llanura al pie de la antigua urbe.

El marqués de Villano, propietario de este maravilloso palacio, cedió al maestro muchos de los mejores aposentos. La casa fué el teatro donde se desarrolló la algo misteriosa vida del pintor cretense. De Venecia, la noble, la elegante, la poética, donde Greco trabajaba en el taller del Ticiano, se fué el ambicioso artista en busca de la gloria a Roma y de allí a España. No el ser "también un gran pintor", sino figurar como algo soberano, único e incomparable fué la divisa de su vida. Qué influencias le atrajeron hacia Toledo no se sabe a ciencia cierta.

Para el Greco, artista visionario, muy dado a volar por los campos de la quimera en pos de lo inasequible, en cuya mente bullían las más asombrosas ideas y cuya alma aventurera se embriagaba en la grandiosa fiereza de aquella edad, fué la ciudad de la colina una fuente perenne de poderosas y fructíferas inspiraciones. No le faltaban amigos ni favorecedores; los priores de los grandes conventos, e incluso los más altos dignatarios de la Iglesia, le encargaban íconos y retablos, los hombres de Estado y los funcionarios de la corona le pedían sus retratos, y hasta Felipe II le dió la comisión de crear un lienzo para el Escorial, aquella octava maravilla del mundo que el monarca se había propuesto adornar con las obras de los más célebres pintores contemporáneos. Como prueba de su talento le mandó el maestro el "Sueño de Felipe Segundo" o, como otros lo llaman, "La gloria de la Inquisición". A Felipe no le agradó el lienzo, lo que no le impidió encargarle otro nuevo; pero tampoco éste halló la aprobación del rey. Hoy se consideran ambas obras como perlas de la espléndida colección del Escorial.

En el palacio del marqués de Villano vivía el Greco con el tren de un príncipe, dándose una vida muy regalada y aparatosa. Festividades y banquetes eran el orden del día. Pero, sus ingresos estaban en perfecta armonía con tan enormes gastos, pues el maestro pidió y obtuvo por sus cuadros lo que se pagaba a los pintores más afamados de su época.

Por la tarde del siguiente día entramos en aquella casa.

Todo visitante quedará estupefacto ante el poco lucido exterior del edificio y el paraíso que albergan sus escuetos paredones. Habitaciones muy amplias, salas espaciosísimas, marmóreas chimeneas, grandes ventanales que por un lado franquean la mirada sobre la interminable llanura y por el otro se abren hacia los terrados de la ciudad. Jardines suntuosos dispuestos en planos escalonados con una profusión de estatuas clásicas y las puertas—ahora cerradas—que antes daban acceso a las bóvedas: Siempre alternan para la vista la estrecha ciudad y la ancha despejada planicie.

Una visión:

En la más grande de las salas se da un banquete y la oscilante luz de las candelas ilumina las caras finas y espiritualizadas de poetas, monjes, sabios, escultores, literatos y altos funcionarios.

En las frondas del jardín un suave cuchicheo, y voces se oyen también en los parrales de la terraza. La tenue luz de la luna se derrama sobre los campanarios asemejándolos a cascadas petrificadas. El cielo está salpicado de rielantes estrellas, y algunas calles más arriba se eleva un gigantesco palacio.

Se comprende que en un medio tan romántico el Greco tuviera visiones; que el país le revelara sus misterios, que castillos fantásticos lanzaran al azur sus altos pináculos, que del seno de la tierra brotaran peñascos ingentes, que cruces se consumieran en llamas y de los cielos descendieran anchas fajas de una luz irreal, que el suelo se agrietara y fantasmas surgieran, que la historia le confiara sus últimos arcanos.

El Greco gozaba íntimamente de estos vuelos de la imaginación y de su poder sugerente e inspirador. Los problemas lumínicos fueron el núcleo, la esencia de su arte, y el claro-obscuro producido por el juego de las luces fué el asunto que más le cautivaba. Corrientes de luz rasgaban la noche y espantaban las tinieblas. Los contrastes fecundaban su fantasía, estimulaban su intuición artística, le hacían inventar nuevas formas y figuras y componer escenas nunca sospechadas. Y todo ello estaba siempre impregnado de aquel gusto refinado en la ordenación decorativa que el maestro había adquirido en la escuela veneciana.

Ante él, el visionario, se revivificaban las antiguas leyendas y los grandes acontecimientos históricos con una fuerza y un arrojo, con una animación y un pasionalismo que realmente nos hace pensar en revelaciones sobrenaturales.

Y cuando, cerrada ya la noche, vagamos por estas terrazas o recorremos las espléndidas habitaciones paseando la mirada por el extenso paisaje, comprendemos las aspiraciones y el meteórico ascenso de un grande ingenio. En efecto, nada se sugiere aquí con más intensidad que la idea de una visión.

—

Al otro lado de Toledo se apagan lentamente los últimos ardores del ocaso. Las cúspides de la montaña rutilan todavía como braseros moribundos, mientras la planicie ya está invadida por las nieblas, que, cual monstruos fabulosos, se deslizan lentamente por el suelo. Tras las murallas se eleva el enjambre de las casas y las torres de las iglesias se destacan clara y nítidamente del cielo crepuscular. Más abajo descienden las paredes de las rocas hacia los campos del llano, donde el río refleja las postrimeras luces del agonizante día. Ni una sola nube enturbia la serenidad del vítreo cielo, y sólo algunos cirros sonrosados interrumpen la vasta extensión del firmamento. Los rayos reflectados por las aguas del río son como un último saludo para el tejado de la catedral, la silueta, de cuya cruz se desprende con nimia precisión de un fondo verdiazul. Nos consustancializamos con este delicioso ambiente y ante nosotros surge la visión de una leyenda, conjurada por la remembranza del genial griego. Creemos ver la "Anunciación" remontándose hacia el cielo en un jubiloso excelsior. U otra aun más poderosa: "El sueño de Felipe Segundo" con sus grupos de extraños seres divinos y humanos.

Ya es hora de abandonar este sitio mágico. Las sombras de la noche inundan las salas y en las paredes palidecen los inmortales cuadros de Murillo. En las galerías abiertas demora aun lívido, espectral, el último claror del feneciente día. Se levanta el relente se oye el suave susurro de las parras; los árboles se estremecen y sacuden sus hojas con seco e ingrato ruido.

Salimos de la casa para internarnos en un dédalo de calles angulosas, pobladas ahora por paseantes y los operarios de la Fábrica de Armas. Ya que han venido las horas de asueto se ha puesto esta gente su traje dominical. Los varones llevan corbatas abigarradas de extraordinaria largura, mientras las niñas, paramentadas en vestidos gris plata, realzados por los colores chillones de los mantones, andan, con una flor en la boca.

De regreso en casa nos trae el huésped de la posada un jarro de Valdepeñas, y sentados ante la ventana



abierta tuvimos tiempo para abandonarnos a nuestras ensoñaciones y retrotraer a la vida el glorioso pasado de la antigua ciudad imperial. Sí, allí enfrente, donde la silueta de la ancha torre corta el disco del plenilunio, está la casa del Greco. Hoy como siglos atrás pudiera este hombre deambular por las calles o recibir a sus huéspedes con un solemne festival.

Soltando las riendas de la fantasía en una hora como ésta bajo un cielo meridional iluminado por miríadas de estrellas, y sorbiendo a veces un trago del dulce y fuerte vino no es difícil plasmar imágenes de impresionante visualidad. ¡Y cada hora de nuestra breve existencia pudiera y debiera estar llena de vida intensa!

LAS ALEGRIAS DE LA VENDIMIA

Por

Julián MAIDANA

Los pueblos bebedores de vino han sido siempre los más artistas. Grecia, Italia, España, Francia y Alemania se llevan la palma en el arte, al mismo tiempo que en el cultivo de la vid. Por eso vemos que desde las pinturas de las tumbas egipcias hasta el monumento a Pasteur, la viña, su cultivo, su cosecha, sus fiestas, y el vino, y su culto y sus beneficios han sido constantemente asuntos favoritos de los artisas.

— —

Es la del vino una fabricación que ha cambiado muy poco en miles de años. Hoy, como en el antiguo Egipto, los racimos se cogen a la mano, y se pisan en la mayoría de los casos con los pies. Diríase que para las cosas indispensables de la vida, el pan y el vino, la humanidad recibió desde el principio el secreto de una perfección que nadie ha logrado sobrepujar. Quizá por eso, en todo tiempo se ha tenido la intuición de que la vid es de origen divino. Los griegos y los romanos la atribuyeron al dios Baco, hijo de Júpiter y vencedor de las preocupaciones y las costumbres bárbaras del viejo mundo.

La vendimia fué en la antigüedad motivo de fiestas desenfrenadas en honor de Baco, y se ven imágenes de ellas en infinidad de monumentos, de vasos, de frescos y de mosaicos. Unas veces son las bacantes, devotas de Baco, que se embriagan para mostrar al dios su devoción; otras veces son las deidades secundarias de los bosques y de los montes, los sátiros que acompañan a Baco en su triunfo, coronados de pámpanos y cargados de racimos.

Con el cristianismo desaparecieron las bacanales romanas, pero no las fiestas de la vendimia. La vid adquirió un carácter de simbolismo sagrado: fué por excelencia el árbol de la vida, y sus frutos la imagen de la resurrección. ¿Cómo podía ser que sin gracia divina y milagrosa, un tronco nudoso, duro y seco, pudiera producir un licor chispeante de vida? Así fué que los artistas cristianos celebraron la cosecha de la uva y del vino representándola en las catacumbas, en los sarcófagos y en las bóvedas de las iglesias.

La Edad Media canta los beneficios del vino, si bien condenando la embriaguez. El jugo de la viña es para los cristianos de aquel tiempo "la sangre de la nueva alianza" que corre por los cálices de oro para borrar los pecados del mundo. Esa es la lección que inscriben los escultores en los pórticos de las catedrales, en las "misericordias" de los escaños de coro y en los capiteles de las columnas, cuando representan en sus obras caricaturas de bebedores o la escena bíblica de la borrachera de Noé. Ese doble papel de la vid, el sagrado y el profano, lo resumió admirablemente el gran pintor florentino Gozzoli, en 1468, en la obra que dejó trazada sobre los muros del camposanto de pisa, una de las páginas más notables de la historia de la pintura religiosa. Por la elección de este asunto se ve que los italianos de aquel siglo no se creían obligados como nosotros a llenar los muros de sus cementerios con imágenes conmemorativas del dolor.

El renacimiento trajo la resurrección de la bacanal antigua. Bien lo atestiguan Tiziano, Rubens y Jordaens en sus cuadros. La alegría ruidosa estalla y hierve y centellea el mosto. Es una época de vida intensa, de guerras, de pelea, en la cual se bebe mucho y se disfruta brutalmente de los placeres sensuales. Es el siglo en que Bassompierre, embajador francés en Suiza, se quita una bota de montar, la llena de vino y se lo bebe de un trago en honor de los trece cantones. Fué también cuando Tilly, conquistador de la ciudad de Rotemburgo, hace beber de un trago una jarra colosal de vino al burgomaestre de la ciudad, como relatamos hace poco tiempo. Son igualmente los años en que Velázquez pinta su inmortal cuadro "Los borrachos", y en que el flamenco Jordaens traza en sus obras el goce de beber, la alegría desbordante del vino.

Hoy día casi todo eso ha pasado. Nuestro siglo es triste. Los artistas pintan la vendimia con notas graves, casi melancólicas. Han huido Sileno, Baco y sus cortejos de sátiros y locas bacantes. Los cuadros modernos conmemorando la recolección de la uva tienen tonos tranquilos.

———

En Alemania, y sobre todo en Francia, lo que no hace la pintura lo suple la canción, y son innumerables los cantos populares pregonando las alegrías y los beneficios del vino.

En Francia hay una infinidad de comarcas donde la vendimia sirve de motivo para regocijadas fiestas, que suelen empezar con un pregón dado solemnemente en la plaza del pueblo. En Alemania, no ya fiestas, sino verdaderas bacanales señalan la época de la recolección. En Italia los cantos y los bailes acompañan en miles de lugares a la vendimia. Y en Suiza, en Vevey, se organizan para celebrarla, fiestas tan espléndidas, que para presenciarlas acuden algunos años más de 60.000 viajeros.

Grandes cortejos de muchachas pintorescamente vestidas recorren las calles formando grupos alegóricos a los que preceden Pales, Ceres y Baco. Pales, fresca como la primavera y sonrosada como la aurora, rompe la marcha rodeada de una nube de pastorcillos y pastorcillas, envueltos como ella en túnicas blancas y azules, y acompañando a blancos corderos coronados de rosas; las siguen grupos de jardineras y de jardineros danzando, segadores moviendo rítmicamente sus hoces y, por último, los pastores de los Alpes conduciendo un rebaño de soberbias vacas que agitan sus esquilas de plata. De vez en cuando uno de ellos, deteniéndose, entona a plenos pulmones el canto de las montañas, el "Ranz des Vaches", que según dicen hacía morir de nostalgia a los suizos mercenarios que tenían a su servicio como guardias los reyes de Francia y España. Sigue Ceres rodeada de sus sacerdotes y de labradores, que en sus bailes figuran las diversas labores de la siembra, la siega, la trilla y la conducción del trigo a los graneros. Por último, llega Baco en su carro arrastrado por cuatro caballos blancos cubiertos con pieles de tigre, al que acompañan un Sileno ventrudo como un odre, sátiros y bacantes, y vendimiadores y vendimiadoras que figurando cortar racimos, entonan canciones para las cuales se compone con frecuencia música nueva y tan bonita que más de una vez, traspasando las fronteras, llegaron hasta los harenes de Constantinopla y de Persia.

RATOS DE OCIO

Aquel que critica con crítica malsana, es tan sólo un mediocre que necesita desmerecer la obra de los demás para no ver relegada a segundo plano la obra suya.

———

Si el talento que has llegado a poseer a expensas de continuo ejercicio intelectual te ha dado la comprensión y la condigna tolerancia, y si todos los hechos emanados de ti mismo trasuntan un espíritu culto, honra a tal estirpe moral, no cayendo jamás en el mal gusto de discutir tu persona. Deja que ésta se imponga por la realidad de sus actos. Es ello si se quiere una picardía, pero en todo caso bondadosa, y ya lo dijo Franklin, que si los pícaros supieran lo hermoso de la bondad, serían buenos por picardía.

———

Procede así y hazlo no con el temor de los que creen en el castigo abstracto de nuestra soberbia sino y simplemente por sanción de ti mismo, pues Dios no es más que la proyección de tu espíritu, bien lo expresa Fichte.

———

En el parecido físico y hasta en sus gestos y aptitudes, el hijo es siempre un trasunto de la herencia; sólo el pulimento, estudio y consiguiente cultura y muchas veces el despertar de una vocación perdida en los más remotos antecespíritus en hijos inmediatos de padres mediocres.

———

Se dice que para la interpretación de las grandes obras del genio se necesita poseer un ápice de ese mismo genio, pero no se habla de la necesidad de semejanza de estado de ánimo para que esas mismas obras sean comprendidas. ¡Cuántas socavaciones íntimas! ¡cuántos sutiles! ¿por qué? surgen y se hacen accesibles a un modo de expresión y corresponden sólo a un particular estado del espíritu, tanto que aquel que los exterioriza bajo tal impresión, no atinaría a hacerlo con tanto acierto en otro instante. Si esto ocurre en el sujeto cuyo estado de alma es génesis de esa inquietud, con cuánta más razón no se podrá exigir la comprensión inmediata en un prójimo alejado por un estado psicológico distinto.

———

Hombre de valer es aquel que tiene la concepción suficiente para poder establecer conclusiones que corresponderían a una experiencia mucho más larga que la por él pasada.

———

Los libros están al alcance de cualquiera, lo que no está al alcance de todos es la voluntad de leerlos y la inteligencia de comprenderlos.

———

No hay dicha más grande para el hombre inteligente que la que significa su hogar, siempre que haya sabido contituir a éste sabia y sanamente desde un principio. Y esto involucra esposa amante e hijos que, comprensivos, gusten también de las delicias del ambiente familiar, en el que desvanecen, cual "neblina herida por el sol", todas las desdichas que fatalmente en el trajín diario debe proporcionarnos la vida.

———

Cuando pretendas dar en lo posible efectividad al ideal que alienta en ti, practica lo siguiente. Pon tu mirada en la estrella a la que se te ocurre has de poder alcanzar, lo que significa no la estrella que ves sino la que tu mentalidad forja, y traza la parábola de tu vida con ese solo punto de mira, despreocupándote, en absoluto, de cuanto te importune en el camino. Si llegas, la gloria será contigo. Si no llegas o la muerte siega tus ansias, vivirás o morirás en la inefable beatitud del ensueño.

Julio F. TOURREILLES.

PAPEL Y TINTA

"ACCIÓN CULTURAL" Acaba de aparecer en Tandil, con el título que encabeza estas líneas, un nuevo órgano periodístico, cuyo primer número tenemos a la vista.

La dirección del mencionado semanario se halla a cargo del educacionista y escritor don Juan M. Cotta.

Del artículo en que el colega traza sus líneas de orientación, transcribimos el siguiente párrafo:

"Si algo nuevo se nos ha ocurrido, es el plan básico que nos hemos trazado. Hemos contemplado, para ello, el de cada uno de nuestros colegas: para unos es la política su principal punto de mira; para otros el comercio; para otros la religión; para otros la satisfacción de encarar con buenos propósitos los más variados asuntos, haciendo uso del libre criterio personal. Bien. Para nosotros, el punto de mira es todo aquello llevado a la convergencia común de las energías sociales: la cultura. Pero "cultura", no es para nosotros simplemente ni siempre la escuela ni la vida mental sin finalidad ni control, sino el summum de los valores éticos que convienen al mayor número y que se desprenden, como si florecieran, de la educación, del comercio, de la industria, de la política, de la vida social, del espíritu religioso o de la dedicación artística."

Al retribuir el saludo del nuevo colega deseámosle prosperidad y larga vida.

NOSOTROS LOS JÓVENES, por Hans Wegener.— Editorial Tor, Buenos Aires. Libro valiente y sincero. Desde su aparición en Alemania, hace ya unos veinte años, ha sido considerado como la Biblia de la juventud liberal, de esa juventud que si un pre[illegible] padece, y a sabiendas, es el torturante prejuicio sexual.

Ningún problema moral más complicado y poco estudiado como este sexual, pesadilla de severos pensadores y motivo de desconcierto, dolores y pesares en sus verdaderas víctimas: los hombres jóvenes.

Wegener, que es un escritor al cual [illegible] por asomo cabe considerársele como mojigato, con una rudeza encomiable y una precisión única, ha puesto la mano [illegible] herida y, a la vez que analizarla, ha [illegible] darle el único y verdadero remedio.

PINCELADAS FUGACES, por Clotilde Sugero.—Editorial Tor, Buenos Aires. Por más que esta culta [illegible] ha puesto a su libro el modesto, aunque no por eso menos expresivo título de "Pinceladas fugaces", no crea el lector que su [illegible] es, precisamente, la fugacidad [illegible] a flor de piel. Observadora atenta [illegible] de la vida en sus más variados y [illegible] cados aspectos, Clotilde Sugero, en sus composiciones realiza un admirable y por muchos conceptos encomiable trabajo de síntesis artística e ideológica; lo que [illegible] a asegurar que ella es bien moderna, con el agregado de procurar, por los medios lícitos esa claridad y esa diafanidad que siempre fué la característica de los maestros consumados.

Vale decir, pues, que el libro de Clotilde Sugero, claro y sabio, atesora muchas impresiones y matices espirituales que hacen resultar agradable presente para sus lectores.

LA REAPARICIÓN DE LOLA MEMBRIVES DETERMINÓ UN LLENO EN EL VICTORIA, SIENDO OVACIONADA POR EL PÚBLICO LA GRAN ACTRIZ

Después de una ausencia de dos años, o poco menos, Lola Membrives, sin duda la primera figura femenina de nuestros escenarios, hizo su reaparición desde el tablado del Victoria, estrenando el poema dramático de los hermanos Alvarez Quintero, "Cancionera", escrito especialmente para ella.

Las crónicas de España nos habían dado cuenta del suceso logrado con la última producción de los autores de "El genio alegre", estrenada en el teatro Lara, de Madrid, y representada más de cien veces consecutivas. Había, pues, gran expectativa, tanto por conocer la obra como por el trabajo de la actriz, que en el papel de la protagonista había hecho una creación insuperable. No fuimos defraudados en nuestra doble expectativa. Los finos costumbristas andaluces han escrito, sino su mejor pieza, del punto de vista técnico, la que mejor sintetiza las angustias de una mujer que ama con todas las fuerzas de su temperamento y muestra, en su amor y su dolor, una aureola de grandeza trágica que llega, en algunos momentos, a los límites de lo sublime.

Poco valor y ninguna novedad tiene la fábula de la "Cancionera". Su mérito radica más que nada, en la magistral pintura de esa mujer extraordinaria, cuyos alardes pasionales tuvieron en la Membrives una intérprete admirable, única, posiblemente. Su voz cálida, sus gestos espontáneos, subrayando la palabra apasionada, llenaron de emoción la sala, que vibró a compás de la heroína de ese doloroso romance, en muchas escenas conmovedor y que nunca toca los límites de lo cursi. Hizo sufrir al público su propio dolor, sin derramar una lágrima, altiva, soberbia como una leona en las horas de mayor angustia y al final, revolviéndose sobre el cadáver de su amado, lanzó su juramento de fidelidad en una escena magnífica, de una gran potencialidad dramática que arrancó una sostenida ovación.

No obstante tratarse de una obra para especial lucimiento de la protagonista, al lado de Membrives actuaron correctamente las señoras Astort y Muñoz Sampedro y los actores Pereda, Soto y Aragonés.

ATENEO

La Quiroga sigue representando con salas bien pobladas, la comedia dramática de Martínez Cuitiño, "La emigrada", con la que debutó la compañía.

EL ÉXITO DE "LASSALLE"

No hay novedad en el cartel del Liceo, donde la simpática figura que evoca el nombre de Lassalle, campea heroicamente, perdurando por sus propios méritos y dando una simpática nota en la temporada teatral del año.

MUIÑO Y ALIPPI

Continúan en el Buenos Aires las representaciones de las revistas "Pero hay una melena" y "A París te lo regalo". Tratándose de revistas, no es necesario decir que llegarán a cumplir cientos de repeticiones.

EN EL REINO IDEAL

La prensa diaria se ha hecho eco, días atrás, de los pintorescos incidentes a que dió lugar en los camarines de algunos teatros, en los vestíbulos y hasta en la misma calle, una resolución judicial con complicaciones policiales, tendientes a desalojar de los escenarios donde se cultiva la deliciosa revista, a las chicas que por su aspecto e ingenuidad y falta de documentos probatorios, representen menos de 18 años. No podía la revista, motivo de tales andanzas, permanecer indiferente a una situación teatral tan propicia para ser explotada festivamente. Así es cómo los autores de "Zas-Tras" y "Ni más ni menos", ni cortos ni perezosos, han compuesto un gracioso cuadro alusivo a aquella "razzia", siendo los primeros en sacar provecho del divertido incidente. La ocurrencia ha caído en gracia al público, y por si fuera poco el éxito de dichas revistas, esto ha contribuído a darles auge y asegurar por más

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

tiempo su permanencia en el cartel del Ideal.

LO DEL MAIPO

"De punta a punta" y "Viva la mujer", continúan sin novedad en su importante salud. La lujosa presentación de ambas y la amenidad de sus cuadros, permiten descontar que vivirán en el cartel meses y más meses, pues en cuanto se notara algún decaimiento en el interés del público, bastaría echarles un pequeño remiendo y las cosas volverían a su normalidad y los auditorios a sus aplausos.

LAS NOVEDADES DE LA COMEDIA

Son dos. La menos importante la constituye el estreno de "A la sombra", pieza de Ramos Martín y Guerrero, en cuyo desarrollo sólo intervienen hombres (cinco), encerrados en un calabozo policial a consecuencia de una aventura carnavalesca. Como nota original está bien realizada, pero es un trabajo sin mayor importancia.

La otra novedad es "Mujeres y flores", fantasía lírica luminosa, danzante, cantante y ajetreante de González Cadavid, música de Terés, que después de laboriosos ensayos, de los que podemos dar fe, ha debido subir a escena en la semana anterior. Indudablemente ha de constituir un éxito largo, porque cuenta con todo lo indispensable para agradar al público hispanófilo de la Comedia. Con los elementos de que dispone la compañía y presentada con todo lujo y buen gusto, cabe afirmar, sin haberlo visto, que se trata de una de las obras que mayor rendimiento han de dar a esta sala.

El numeroso elenco que en ella actúa, y en el que hay figuras que gozan de todas las simpatías de los auditorios adictos a esta clase de espectáculos, tienen oportunidad de gran lucimiento, y por lo que conocemos saben aprovecharla con todo acierto.

NO SE ENOJE, GUIDOBONO

Nuestro simpático amigo Julio C. Traversa, empresario del Sarmiento, anda disgustadillo con nosotros estos días, porque nos hemos permitido dirigirle algunas bromas amables a su último hijo espiritual, el caballero Guidobono. Hace mal el joven Traversa al tomar tan a pecho las ironías de la crítica. Es sabido que ésta, coqueta y maliciosa como una mujer, censura a veces lo que más ama y entonces nuestro ingenuo y simpático amigo, debió sospechar que en el fondo de nuestros alfilerazos se escondía la admiración que siempre nos ha inspirado su blonda cabellera y como de debajo de ella ha brotado ese producto que ha corrido una airosa carrera en el cartel del Sarmiento, fácilmente puede deducirse que también admiramos a Guidobono... Sincerándonos, agregaremos que no hemos llegado a aplaudirlo, pero nos hemos reído francamente. Con que ya lo sabe, don Julio...

"LA LINDA TAPADA", del maestro Alonso, en el AVENIDA

La compañía Pozas-Ligero, que nos dió a conocer durante su actuación en el Mayo, la bella zarzuela "La bejarana", ha trasladado su sede al Avenida, presentándose con el estreno de "La linda tapada", preciosa zarzuela de Tellaeche y el maestro Alonso, que ha obtenido un completo éxito. Se trata de un libreto interesante, en el que se desarrolla un conflicto sentimental que aun sin tener mayor trascendencia mantiene el interés de las escenas y, sobre todo, ofrece al compositor motivo de inspiración dentro de la variedad que este género de piezas requiere.

Muy superior al texto es la música, que puede calificarse como de las más inspiradas que se han dado a la escena española en estos últimos tiempos. Su carácter eminentemente español y la musicalización de motivos populares, que en ella abundan, hacen de esta obra uno de los exponentes más destacados en el movimiento de renovación de la vieja zarzuela española, que tantas bellas páginas ha producido en otros días.

"La linda tapada" fué bien puesta en escena por la compañía del Avenida, siendo interpretada con acierto y aplaudida por el público con gran entusiasmo.

"EL CABALLERO NEGRO"

Pertenece esta pieza a un género indefinido, que podría denominarse teatro cinematográfico o cine hablado, en el que, más que el desarrollo de un conflicto pasional o la pintura de costumbre, se presentan al público cuadros y escenas aislados y que apenas guardan entre sí la conexión que les da la permanencia de un protagonista a través de todos ellos. Esta obra de don Alberto J. Ballestero, ofrece así, también, algo de las revistas hoy tan en boga, pues en sus siete cuadros aparecen decoraciones, cantos, danzas, escenas dramáticas, episodios cómicos y un abigarrado desfile de personas y cosas en forma arbitraria, pero entretenida.

El público, que tiene siempre algo de niño, presencia boquiabierto este mundo fantástico y "ballesterino" y sale encantado de haber evocado su grata niñez.

Los elementos que maneja Vaccarezza, dieron una interpretación correcta a la pieza.

CHEZ DE ROSAS

La sala de Enrique De Rosas, el inteligente actor que en estos momentos representa la esperanza mayor del buen teatro nacional, acaba de dar a conocer una nueva obra del prestigioso autor, Francisco Defilippi Novoa.

"Tu honra y la mía", comedia dramática, fué recibida con aplauso y sin tiempo para referirnos a ella con mayor detenimiento, lo aplazamos para otro número.

NACIONAL

La pieza de Sánchez Gardel, "El dueño del pueblo", ha determinado un nuevo éxito en el teatro de Carca. La colonia catamarqueña, en masa, invade la sala y proclama a todos los vientos la excelencia de la obra. Entre ellos, Angel S. Ponferrada, periodista que asegura que Catamarca es el París criollo, y no pierde ocasión de ensalzar los hijos de aquella lejana provincia, sus alfajores y la paz beatífica del reino de Madueño.

Lamentamos no ser catamarqueños, aunque gustamos de las empanadas y alfajores. Por lo demás, fuerza es confesar que la pieza de Sánchez Gardel se ha afirmado en las carteleras del Nacional.

NUEVO ESPECTÁCULO EN EL MAYO

Gustó la compañía española de Casimiro Ros, que reemplazó a Ligero, apenas éste se trasladó al Avenida.

Los viejos juguetes cómicos, "Dichos y refranes" y "De caza mayor", así como el número de fin de fiesta, Les Harthurs, fueron aplaudidos.

REVISTAS, MÁS REVISTAS

En el Marconi, dentro de pocos días, se inaugurará una temporada de revistas, género que va invadiendo todos los teatros. La "vedette" Lía Gloria, la tiple cómica la Chinchilla, la característica Aurelia Ferrer, la actriz Carmen Lemus, la Olga Castagnetta—un puñado de artistas de todos géneros y nacionalidades — constituyen los principales elementos de la nueva compañía que está formando el empresario Miguelito Gea.

La revista está en auge y no hay más que aguantar.

LA TRAGEDIA CONYUGAL

"Trifón y Sisebuta" se mantiene en el Nuevo con mucha fuerza aún. Este año, Casaux tuvo la fortuna de acertar con la pieza del debut. Y si bien el éxito de boletería no coincidió, esta vez, con el éxito artístico, hay que confesar que el ochenta por ciento de la aceptación de la pieza, se debe a la interpretación del gran de actor y de Pierina Dealessi, artista llena de condiciones.

CASINO

La cantante francesa Lennett Ger, debutó con buena aceptación. El programa de esta sala resulta muy atractivo, por la multiplicidad de artistas de variedades, todos de feliz desempeño.

GRAND SPLENDID

Continúa amenizando los espectáculos cinematográficos el celebrado dúo Gardel - Razzano. El cartel de películas preparado para esta semana, es de los que pueden calificarse de inmejorables, por la excelencia de las cintas a exhibirse.

Como siempre, la concurrencia está constituída por lo más granado de nuestra sociedad. Chicas y jóvenes atienden simultáneamente la pantalla y la expresión de las miradas, en las que Cupido se agazapa ocultando su carcaj...

CAPITOL

Muy interesantes las funciones de esta acreditada sala cinematográfica. Películas destacadas integran los programas diarios y atraen numeroso público calificado.



Actualidad Cinematográfica



Escena del cinedrama Paramount "Como un claro de luna", interpretado por Bebe Daniels, Nita Naldi y David Powell, que Max Glücksmann exhibe desde el sábado último.



Pasaje de la comedia "El rey del circo", en la que actúa de protagonista el célebre Max Linder, superproducción que la New York Film estrenará el 12 del corriente.



Una escena de la película Ajuria "El secreto de la felicidad", donde actúan Laurette Taylor, Patt O'Malley, Hedda Hopper y Edith Yorke, que la Sociedad General exhibe desde el viernes pasado.



George O'Brien y Dorothy Mac Kaill, protagonistas de la superproducción Fox "Del abismo a la cumbre", que se estrena hoy.



Miss Dupont, Gastón Glass y Virginia Lee Corbin, tres de los muchos escogidos intérpretes de "¿Quién salva a quién?", cinedrama que la Sociedad General estrenará el domingo próximo.



Lilyan Tashman, Owen Moore, Madge Bellamy y Mary Carr en "El rastro", cine drama Splendid que la New York Film estrenó el sábado anterior.



Escena de "Mesalina" -muerte de la protagonista— en la superproducción que en breve estrenará la Corporación Argentino-Americana de Films.



SOCIALES



CAPITAL FEDERAL. — Señorita Matilde J. Romero, que recientemente contrajo enlace con el ingeniero Mariano Montemayor.



La señorita Susana Estela Cambaceres y el doctor Rafael M. Maldonado, después de la bendición de su enlace.



BANFIELD. — La señorita Gunda Gerardi y el señor Carlos Castro, después de la ceremonia religiosa.



CAPITAL FEDERAL. — Enlace de la señorita Josefina Madariaga Anchorena con el señor Carlos Bustos Moron. — Los desposados después de la bendición nupcial.



Señorita Hanna Barbieri De Luca, que próximamente se desposará con el señor Florencio Eugenio Alvo.



SAN RAFAEL. — Enlace Labbé-Fajardo. — Los novios después de sus desposorios.

FIESTA CAMPESTRE



Parte de los concurrentes al pic nic organizado por la "Sociedad Benéfica Ayuntamiento Cangas de Morrazo", y llevado a efecto recientemente en una quinta de Belgrano.

Fot. Giraz.

Instrucción pública



Señorita Antonieta Sannia, inteligente profesional, autora del único sistema matemático de corte y confección, aprobado por la inspección general de escuelas profesionales de la capital.

ELOGIO DE CALAMUCHITA

Los turistas argentinos, y, sobre todo, los del litoral que son nuestros visitantes en los veranos y que llenan los hoteles, hospedajes y viviendas que existen en nuestras hermosas sierras, dando alegría y vida a esas regiones, no conocen, todavía, la hermosura de las sierras del sud de la provincia y creen que después de Capilla del Monte, La Falda, Los Cocos, La Cumbre, Río Ceballos, Ascochinga, etc., no queda nada por conocer.

Existe, sin embargo, así como Mina Clavero, el Departamento Calamuchita que tiene, como el norte y oeste de la provincia, paisajes hermosísimos y lugares mucho más deliciosos que los conocidos ya, con la gran ventaja de tener muchos ríos caudalosos, de agua purísima y transparente donde



Un automóvil atravesando el río de "Los Reartes".



Turistas en uno de los baños de los hermosos ríos.



Una florecita silvestre ofreciendo un cimarrón a un excursionista.



Los medios de transporte utilizados en la actualidad, llamados a desaparecer con el progreso no lejano.



Un grupo de vecinos en las márgenes del río "Del Medio".



Rodeo de setecientas ovejas mestizas, propiedad del señor Patrocinio Gigena

Fots. Amaya

el turista, y sobre todo, los niños, gozarían de los baños y darían oxígeno y sol al cuerpo. Hay en estos lugares abundancia de todo lo principal para el bienestar de los que los visiten, como carne, leche, fruta (manzana calamuchitana), aves, etc., y a precios reducidísimos por la falta de salida y habitantes que lo consuman.

Habría que dotar a esta zona los puentes y vados necesarios para cruzar los numerosos ríos que la atraviesan y poder los habitantes de aquí dar fácil salida a los productos del departamento y tener los medios de transporte modernos, que sin los puentes, es imposible usar. A la vez, el turista, que es progreso, llegaría paulatinamente y esas sierras como las ya conocidas, se verían muy pronto llenas de casas y hoteles y sus moradores tendrían, de seguro, una labor más intensa y un interés superior para hacer producir sus tierras y mejorar sus haciendas.

CORRESPONSAL.



ECOS DE LA TEMPORADA VERANIEGA



COLONIA SUIZA (R. O. del U.) — Señorita Coca Pitalunga.



Señoritas De Klot y Matilde Larreta Aguirre.



CARHUÉ. — Señor E. Moro, su esposa y su hijita Haydée



Señora de Gaffuri, sus hijitas Nené y Lina, y su sobrinita Elsa.



CACHEUTA. — Señoritas Graciela Olmos, Lartigue y Angélica Villanueva.



COLONIA SUIZA (R. O. del U.) — Un interesante grupo de turistas, en el Hotel Suizo



CARHUÉ. — Nuestro corresponsal, señor Carretero, admirablemente acompañado.



MAR CHIQUITA. — Señorita de Cornejo y Morando y doctor Villada Achaval.

Fots. Humbert, Bejarano, Carretero y Jordán.



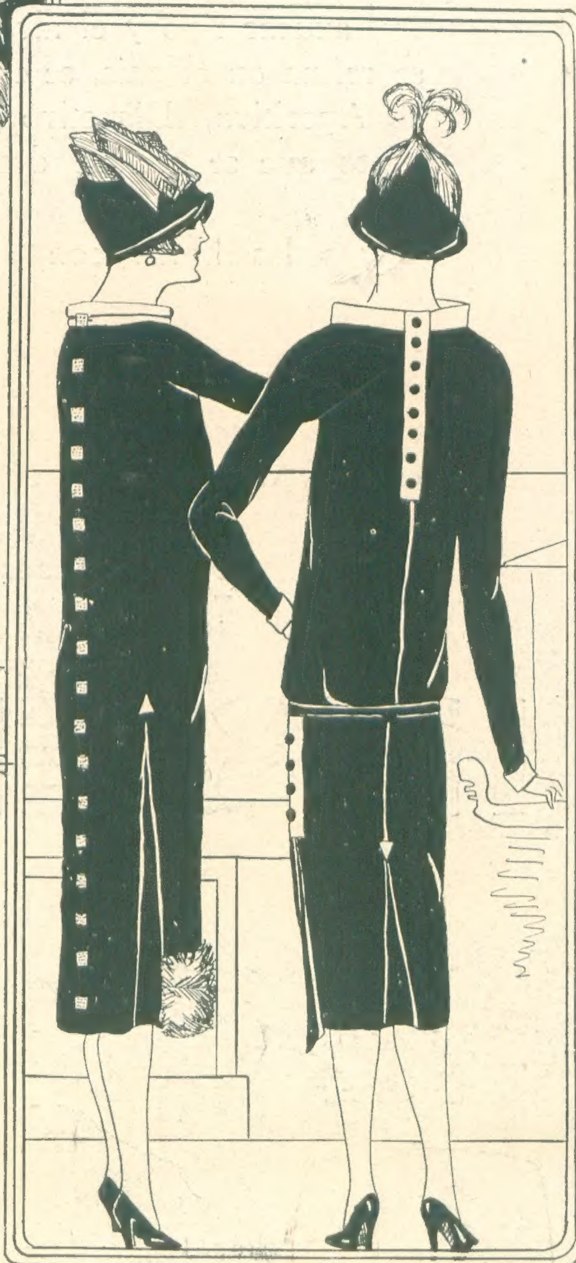
La Moda Actual

MODELOS DE "LA GIRALDA"

CARLOS PELLEGRINI 539

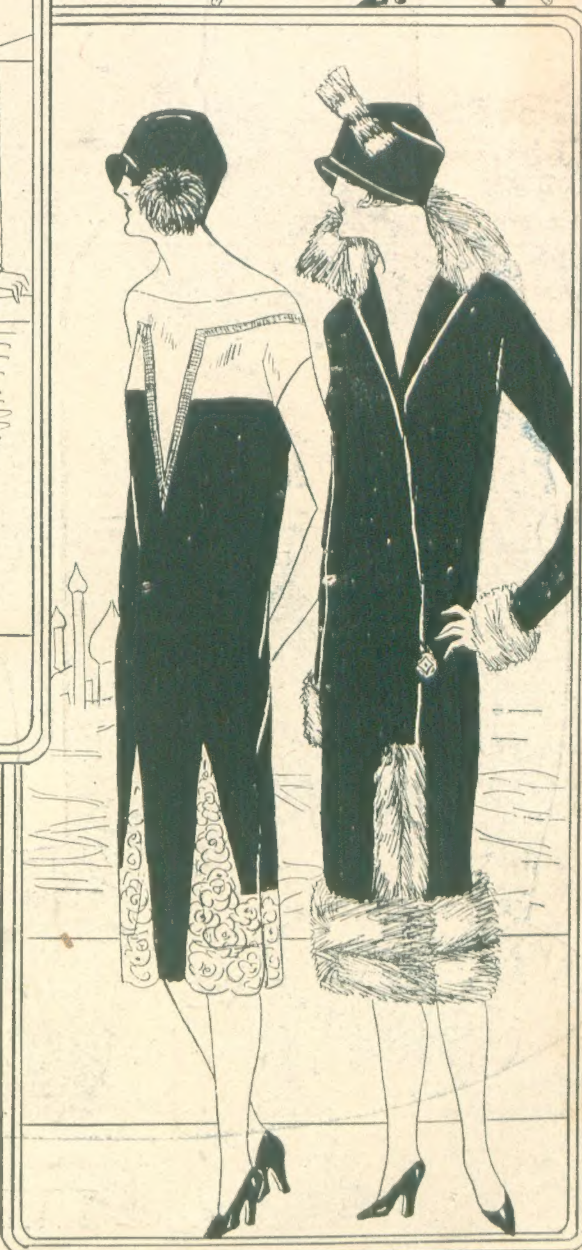














Galletitas

OPERA

Son riquísimas. Finamente elaboradas con relleno de 10 gustos diferentes: vainilla, limón, menta, frambuesa, cerezas, chocolate, coco, chocolate con coco, frutilla y naranja. Son especiales para postre, te con leche, chocolate, licores, etc

El Aperitivo y Digestivo de mayor fama y aceptación

CON cáscaras de naranja especialmente elegidas, azucar fino y el alcohol de mejor calidad que se refina en el pais, se elabora la HESPERIDINA, el Aperitivo, Digestivo y licor fortificante más grato que se conoce desde hace más de 60 años.

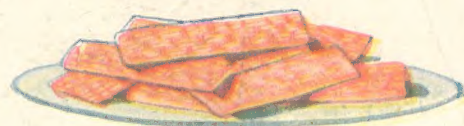
Todas las horas son adecuadas para deleitarse con la inimitable y vieja HESPERIDINA. Pruébela Vd. antes de comer, con soda o en cocktail. Verá qué deliciosa es. Igualmente es riquisima después de cenar, como licor, acompañando el café. Sienta muy bien.

En venta en todos los almacenes, en botellas de 3/4 de litro y 1 litro

HESPERIDINA

BÁGLEY







Galletitas

MITRE

A través de los años, esta excelente galletita de tan antigua marca, mantiene su prestigio a base de pura calidad y continúa gozando de la preferencia especial de las familias. Sírvalas con el desayuno, te de la tarde, o con una copita de Hesperidina.

Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.